ASTROLOGIA Y YOGA

SERGIO GIORDANI

LUIGI LOCATELLI

ARIEL ESOTERICA

6

ARIEL
ESOTERICA

SERGIO GIORDANI LUIGI LOCATELLI

ASTROLOGIA Y YOGA

Editado por Ariel Ltda.
Guayaquil. Quito. Bogotá.

NOMBRE DE LA EDICION EN ITALIANO:
L'UOMO E LA MAGIA

COPYRIGHT © SOCIETA EDITRICE INTERNAZIONALE – TORINO

TRADUCCION: ALBERTO OSSES
CARATULA: SERAFIN DIAZ
SUPERVISION EDITORIAL: PATRICIO TAPIA

1a. EDICION

COPYRIGHT © 1975, POR CROMOGRAF S.A.
Todos los derechos de este libro son propiedad artística y literaria registrada de acuerdo a la Ley para todos los países de habla española, no pudiéndose reproducir ninguna de sus partes sin previo permiso escrito de CROMOGRAF S.A.

IMPRESO POR CROMOGRAF S.A.
Coronel 2207 y Cañar – Guayaquil – Ecuador

Sensible al interés que existe por los estudios esotéricos, ARIEL presenta una selección de los interesantes y documentados libros acerca de Parapsicología, Ocultismo, Yoga, Metafísica, Espiritismo, Meditación Trascendental y otras disciplinas de similar jerarquía. Y junto a tales estudios, respaldados por las firmas de humanistas, científicos, maestros y religiosos de la talla de Hermes Trismegisto, Rudolf Steiner, Eliphas Levi, Leo Talamonti, incluye obras mundialmente celebradas como clásicos del género, tales como Popol Vuh, El Kybalión, Diccionario del Ocultismo, la Psiquis y lo Místico, entre otros.

Ha primado en ARIEL un sentido muy amplio y ecléctico para la selección de obras y autores, con el fin de ofrecer el más variado panorama de los conocimientos del esoterismo en el presente siglo, sin sujetarse a la parcial visión de alguna escuela filosófica.

ELECTRONICA CELESTE

Tras el mesón blanco, modernísimo, bajo la luz de neón levemente azulada, el vestido rojo fuego de las hostess parece estar rodeado por un aura de vibraciones magnéticas. Las muchachas se mueven con precisión y celeridad. Son afables, sonrientes. Tranquilizan a los clientes que demuestran un ansia injustificada; hacen sentar sobre largos divanes, dispuestos a lo largo de las paredes, a aquéllos que tienen tiempo libre y prefieren pasarlo en la gran sala de espera. Es un ir y venir continuo, especialmente cuando se encienden los letreros luminosos, las grandes vitrinas de los autosalones y de las compañías aéreas. En aquel pedazo de Champs Elysées, descendiendo de L'Etoile, está quizás lo mejor de la técnica industrial moderna. Día y noche, a cualquier hora, se puede ver y comprar de todo: discos y perfumes, libros y píldoras, licores y máquinas fotográficas. Se vende también el futuro, en el vasto emporio astrológico indicado por una gran e invitadora escritura luminosa: "Astroflash".

De trescientas a quinientas personas llegan, cada día, a consultar a las eficientes hostess de uniforme rojo. Música estereofónica, decoración moderna, subrayada por el zumbido incesante del **computer** y de la tele–escribiente conectada a la "memoria electrónica", que predice el futuro a mil cien líneas por minuto. En su

mayor parte son jóvenes, y sobre todo varones, los clientes del astrólogo electrónico, que proporciona sus respuestas en siete idiomas.

La operación completa requiere apenas cinco minutos. Pero la rapidez no es necesaria para satisfacer la prisa de los clientes, que tal vez quisiesen una mayor calma, un contacto más a sorbitos. La eficiencia de la organización es un elemento indispensable para lograr hacer frente al gran número de visitantes, que desde el comienzo de la jornada forman una pequeña multitud, pintoresca y heterogénea.

El "Astroflash" representa uno de los polos de mayor atracción, en el París de hoy, de la astrología concebida como consumo de masas. El otro polo es una mujer obesa, con el rostro redondo y risueño de un ama de casa campesina, madame Soleil.

Germaine Soleil tiene sesenta años, nació bajo el signo de Cáncer, como se preocupa de precisar, pero con tales coincidencias en la posición de las constelaciones como para hacer pensar en una predestinación, comenzando por el apellido, que es auténtico, pero que podría parecer adoptado a propósito para publicitar su profesión de astróloga.

"Con Escorpión ascendido, el Sol en la octava casa, en conjunción con Neptuno: el don de descubrir las cosas ocultas, los secretos misteriosos, una capacidad de intuición muy superior a la media, y un notable magnetismo. Tiene también a Júpiter y la Luna en Capricornio, Mercurio en Leo, en la décima casa, junto a Libra, signo de equilibrio. Piscis en la cuarta casa; una buena constitución. Saturno en Géminis, en conjunción

con Venus, por eso tiene amores difíciles, pero amistades extraordinarias" y además deseo de conocer, calor humano, capacidad comunicativa. Ahí tenemos su autorretrato, que prevé incluso el éxito fulgurante iniciado con una trasmisión radiofónica y sellado por la mención de Pompidou, en el curso de una entrevista publicada, quien, aunque en tono festivo, revelaba ser uno de los fieles de madame Soleil.

Ahora, en su departamento—oficina, en la planta baja de un modesto edificio de la plaza del Comercio, arreglado como una vivienda de la pequeña burguesía camuflada de oficina comercial, con la chapita de la entrada punteada como una sigla social, S.O.L.E.I.L. las cuatro secretarias a duras penas logran contestar todas las llamadas del teléfono que suena ininterrumpidamente (se calcula que las llamadas diarias son por lo menos seis mil), dando citas para un horario de consultas que comienza a las nueve y media y llega sin interrupciones hasta las tres de la madrugada. ¿Qué cosa piden ancianas solteras, mujeres infelices, maridos dudosos, industriales perplejos, políticos preocupados, novios inquietos? ¿Qué sabiduría puede ser destilada, con la ayuda de las fechas de nacimiento, por madame Soleil?

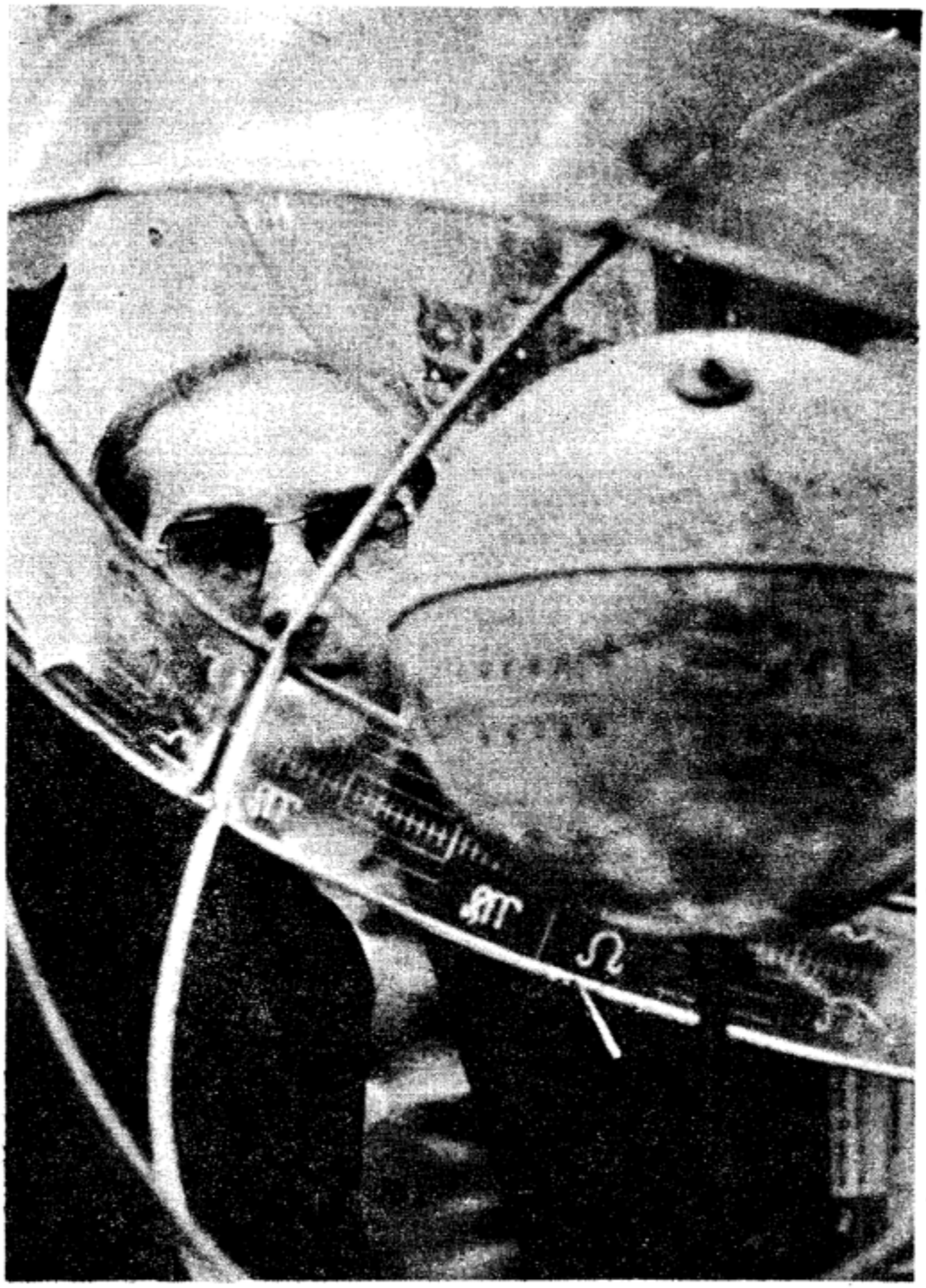
Son diecisiete mil las personas que, cada día, quisieran consultarla: un fenómeno que ha interesado a psicólogos y sociólogos y que, según se ha escrito, revela las angustias y las inquietudes de nuestra época. La duda, frente a situaciones tales, no respecta ya a las reales capacidades de la astróloga y de la astrología para proporcionar respuestas atendibles, sino más bien a la necesidad de asegurarse aún recurriendo a la revalorización de lo irracional. "En su ardiente sed de

conocer el porvenir –ha escrito Paul Couderc– los hombres ven con interés a cualquiera que pretenda develarlo. No es necesario que el astrólogo eduque al público para llevarlo a aceptar sus quimeras; la clientela preexiste, está ansiosa de escuchar al mago, más bien dicho, está ansiosa de creerle. La razón no es un punto de partida común a todos los hombres: es una conquista frágil y siempre amenazada. No estamos en peligro por exceso de racionalismo: una ligera noción científica se superpone todavía con frecuencia a una mentalidad primitiva".

A los puntos polémicos, Madame Soleil replica con su sonrisa bonachona: "Yo tengo miles de años de experiencia". Y tal vez quiere decir que, más que su sabiduría astrológica, es su sabiduría popular de la que la gente muestra tener necesidad, de su buen sentido unido a la gran capacidad de escuchar y comprender los problemas del prójimo.

Si la suya es la manifestación clamorosa de una astrología tradicional, superficial y moralista en la que el conocimiento de los astros, la intuición y la astucia son la base de una respuesta tranquilizadora para el futuro, el éxito del "Astroflash" presenta características del todo distintas. Aquí predomina la técnica, y la interpretación del signo zodiacal propio es confiada al **computer.**

Volvemos a los Champs Elysées, a la "bodega de informaciones astrológicas" que es la sede principal con sucursales abiertas en New York, en Bruselas, en Buenos Aires. He aquí cómo "Astroflash" se presenta en un **dépliant** publicitario: "Astroflash" ofrece a su clientela una gama de estudios muy vasta: retrato



André Barbault es el astrólogo más famoso de Francia. "Actualmente, un buen astrólogo no puede ignorar la psicología y el psicoanálisis. Quien usa el horóscopo para predecir el futuro, la fortuna y el amor, engaña al público".

psico–astrológico; previsión de las tendencias para los próximos meses; previsiones a largo plazo (cinco años); estudio del carácter de su hijo; búsqueda de la afinidad entre los **partners** de una pareja. Cada **dossier** está formado por siete páginas de cuarenta líneas cada una. Está en preparación el estudio de las aptitudes para los empleos. El hecho de poder dar a la clientela un **dossier** personal, rico en informaciones, significa prestar un auténtico servicio: no tanto el de divertir, como piensan los escépticos, como el de informar a cada uno sobre la propia personalidad. El retrato psicológico le permite a cada uno conocerse mejor, conocer mejor a los otros y, por consiguiente, comprenderlos mejor.

En lo que se refiere a las previsiones, la astrología, que no está en condiciones de prever hechos precisos, puede sin embargo determinar con anticipación los períodos favorables que hay que aprovechar para emprender una acción y puede también determinar el paso a sucesos desfavorables, durante los cuales es recomendable comportarse con prudencia. La experiencia cotidiana de "Astroflash" justifica la opinión de C.G.Jung: "Hemos nacido en un momento determinado, en un lugar determinado, y tenemos, como las buenas cosechas, las cualidades del año y de la estación que nos han visto nacer". El porvenir de "Astroflash" está asegurado por la joven edad de su clientela que se manifiesta cada vez más interesada en la astrología. El 55 por ciento de sus clientes son de sexo masculino, la mayor parte tiene una edad entre los dieciocho y los treinta años. El éxito de "Astroflash" se debe a la exactitud y al rigor de los cálculos, y a la calidad de la interpretación astrológica. Todos los estudios han sido programados bajo el control de André Barbault, maestro de la astrología moderna, autor de

más de veinte libros de astrología. "Astroflash" se basa sobre los datos clásicos de la astrología, pero corregidos y enriquecidos por los recientes aportes de la psicología y del psicoanálisis.

Sólo el estudio, en la casa de André Barbault, tiene señas relacionadas con la astrología. Reproducciones de antiguas tablas en todas las paredes, una gran biblioteca, una amplia mesa de trabajo sobre la que campea un mapamundi planetario de plexiglás transparente. El resto del apartamento es convencional, frío, sin características precisas. Pero también el estudio no tiene nada que pueda golpear la fantasía del visitante. Casi calvo, de cabellos ralos en la nuca, anteojos de lentes ahumados, hermosas manos bien cuidadas, Barbault, en un primer momento, tiene la apariencia de un hombre tímido y reservado pero, a medida que la conversación se extiende, se acalora y llega a ser locuaz, la charla se hace fluida y a ratos chispeante, con una voz agradable, musical. Se tiene la impresión de que puede continuar hablando por horas, por un día entero, sin haber agotado sus conocimientos. El tema, naturalmente, es el que más lo apasiona, como estudioso. El éxito de "Astroflash" lo satisface, naturalmente, pero no lo embriaga. Durante días y días permanece en casa, zambullido en las investigaciones, en la comparación de los horóscopos, en el estudio orientado con pedantería, con minuciosidad, para encontrar pruebas y demostraciones científicas de la astrología. Es seguro de sí, y demuestra también un gran roce mundano, el conocimiento de personajes famosos y acreditados. En su revista, "Astrologue" escriben Sartre y Lévi–Strauss, pero sus enemigos dicen que logra obtener colaboraciones ilustres porque la astrología es rica, mucho más que la literatura, que la antropología, y el

arte. Barbault, sin embargo, hace poco por incrementar su notoriedad y sus ganancias. Es considerado como uno de los grandes de la astrología, a la que ha dado un contenido nuevo, modernizándola y modificándola aún en sus fines. De ahí la hostilidad de los tradicionalistas y de los vendedores de horóscopos. Ha escrito una veintena de libros desde que comenzó sus estudios, hace más de treinta años, siguiendo los pasos de su hermano mayor, Armand. Conocido con el pseudónimo de Rumelius, Armand Barbault había tenido una época de gran fortuna, en los años de la última guerra, cuando publicó una previsión sobre la muerte de Mussolini. En diciembre de 1938, en el periódico "L'Avenir du Monde", escribió: " . . . Este complejo de configuraciones planetarias pondrá fin a la vida política del sujeto, o por enfermedad que requiera de una intervención quirúrgica o por una desgracia repentina. El año 1945 aparece como el más peligroso para la existencia y la salud de Mussolini".

Pero ahora, André Barbault no comparte la técnica ni la finalidad de los horóscopos del hermano. El futuro de la astrología, para él, no está en la predicción o en la previsión, sino en la exploración psicológica del individuo. No recibe a más de cuatro personas por día, porque quiere realizar su trabajo escrupulosamente.

Hasta hace treinta años, en Europa, los astrólogos serios eran los ingenieros, eran sobre todo técnicos, personas curiosas de la mecánica celeste, que tenían un espíritu matemático y hacían cálculos para cuadrar la posición de las constelaciones que regían la vida de cada individuo. Hoy, para Barbault, las personas que se dedican a la astrología con seriedad, llegan a ella a través de la psicología. Los primeros en realizar esta

innovación han sido Jung, en Suiza, y en Francia, Alain Dit, un gran psicoanalista. Jung ha dado una importantísima definición: la astrología y la alquimia son las dos psicologías del inconsciente colectivo del pasado de la humanidad.

"Hay que saber que la astrología, como arte adivinatorio, es un producto subdesarrollado –dice Barbault–. Uno se puede servir de la astrología con fines de adivinación, pero no es éste su objetivo esencial que consiste, en cambio, en el conocimiento psicológico basado sobre símbolos, sobre arquetipos, y aquí nos encontramos con Jung. Estos símbolos no obstante, son tratados como los ve Freud. Por lo tanto, para mí el futuro de la astrología no está en la predicción ni en la previsión, sino en la exploración psicológica del individuo. Además puedo decir que el astrólogo que no ha pasado a través de la psicología y el psicoanálisis, no es un buen astrólogo. Jung y Dit descubrieron que el análisis de un tema de un mapa del cielo, da los mismos resultados que la explicación psicoanalítica del individuo. La astrología al nivel de Ptolomeo no es aceptable. En parte es una verdad y en parte una superstición. Por esa razón hay que liberarse de ese aspecto superado, supersticioso, negativo".

"La suya es una interpretación interesante y nueva; ¿qué eco ha encontrado en los distintos países?

"Las reacciones han sido las más extrañas. Comencemos por las negativas. El mundo astrológico anglosajón está decididamente cerrado a esta interpretación mía, se mantiene ligado a las tradiciones. En Alemania ya andamos mejor. Comienzan a surgir grupos que se abren en la dirección psicoastrológica.

Diría que se ha encontrado en los alemanes una mayor apertura porque se había advertido, desde la última guerra, la exigencia de una renovación, tal vez para alejarse de un tipo de astrología que se había comprometido con el régimen nazi. En los Estados Unidos la astrología es mística, ocultista, profética, adivinatoria. El campo cultural es mucho menos crítico que en Europa. Un norteamericano se maravillaría de una astrología sin magia y sin metafísica. Ustedes conocieron en Hollywood a Carroll Righter. Pues bien, ella hace un tipo de astrología que en Francia era practicado hace treinta años y que ahora ya no podemos aceptar. Cuando un astrólogo dice que en un país estallará una guerra o que una persona podrá ganar una gran suma de dinero, no hace más que decir mentiras. Pero en los Estados Unidos hay también excelentes astrólogos. ¿Conocen a Hoody Year? Es un viejo pionero de la astrología. El está definitivamente sobre la línea astrológica de Jung. Como ven, no es cuestión de edad. En Italia, Rosanna Zerilli es una excelente intérprete de la idea psicológica de la astrología. Una mujer joven, inteligente, culta, que está llevando a cabo serias investigaciones con esta orientación. Es un pecado que, con el nombre de doctora Horus, esté escribiendo sobre astrología en un tipo de revista bastante comercial. De todos modos tiene una buenísima formación psicológica".

"¿Cómo es posible que usted quiera racionalizar la astrología, cuando los deseos del público se dirigen justamente a aquello irracional que la astrología satisface? "

"Si la astrología quiere racionalizarse, se recurre a la estadística; si quiere psicologizarse es porque aquel

fondo de verdad que hay en la astrología, como en otros conocimientos irracionales o parapsicológicos, es aún salvaje, incierto, fugaz. Y es tarea de nosotros, los astrólogos, sacarlo afuera y llevarlo a la luz, puesto que la tradición astrológica es también en parte verdadera y en parte falsa. Nosotros debemos desarrollar y cultivar la investigación. Lo irracional es subdesarrollo. En el significado freudiano, irracional significa acomplejado. Lo irracional irrumpe en nuestra sociedad y arroja al aire nuestras programaciones. A quien acusa a la astrología de ser un viejo avío del pasado, yo respondo en cambio que la astrología es revolucionaria respecto a nuestra sociedad. Lo demuestra el hecho que los jóvenes se interesan en ella con entusiasmo porque sienten en la astrología una potencia que quiere y debe salir afuera, y que está barriendo con un orden intelectual demasiado limitado y, por esa razón, falso, porque no representa las aspiraciones de todos".

UNA CENA CON EL CARNERO

La cita es para las cinco de la tarde. El lugar: una villa con patio, discreta copia de una villa toscana, en Hollywood, cerca del teatro chino Grauman. Lo llaman el astrólogo de los artistas. Es alto, de figura delgada, un rostro pálido típico de quien no ve con frecuencia el sol. Se llama Carrol Righter, pasa la mayor parte del tiempo en su casa, asistido por una cocinera (miss Virgo) y un mayordomo (Mr. Libra), y trabaja con cuatro secretarias y un matemático.

"No me agrada salir —afirma— pasaría todo el tiempo agitado con la idea de que alguien que tiene necesidad de mí no me encuentre en casa". El teléfono de la villa suena enseguida. Es casi siempre Righter quien responde porque sabe que se trata de clientes que absolutamente quieren hablar con él. Carrol tiene una gran memoria visual y una vez establecido el signo zodiacal de su cliente, nunca lo olvida. Su clientela está constituida sobre todo por gente del cine y su estudio está tapizado con fotografías de artistas famosos que ha conocido durante los treinta años de su carrera. Allí está la foto de Marlene Dietrich, de Tyrone Power, Van Johnson, Peter Lawford, Robert Cummings. Además de los actores, ricas familias de petroleros y políticos, generalmente de tendencia conservadora como el gobernador del Estado de California, Ronald Reagan.

Finalmente los jóvenes, muchachos y actricitas dispuestos a todo para ganarse la vida y meterse a un mundo que ha llegado a ser menos accesible, más duro y con escasas perspectivas para el futuro, como es el Hollywood de hoy. Algunos clientes de Righter han transformado la inseguridad en fanatismo, como el director William Dieterle, que no comienza una película sino en ciertos días bien determinados, ciertamente favorables para él.

La cita que tenemos con Carrol Righter comprende una invitación colectiva a toda la **troupe** para asistir en su casa a una recepción dada en honor del signo de Aries. Por las exigencias técnicas de la filmación, como ocurre habitualmente en estas ocasiones, llegamos una hora antes. Junto a nosotros se detiene ante la villa un camión cubierto por un toldo, que transporta cuatro bellísimos ejemplares de ovejas australianas y un forzudo carnero con los cuernos retorcidos. Durante un rato, la calle en pendiente que atraviesa las colinas de Hollywood permanece bloqueada por esta extraña caravana de animales conducidos hacia la casa de Righter, por el chofer del camión y por un vigilante negro que lleva en la mano la cuerda a la que está atado el carnero. A la mitad del prado, en declive, ante la entrada de la villa de estilo toscano hay una jaula de metal en la cual, después de algunas vueltas y algunas tentativas de fuga, entra el piño entero de animales.

Carrol Righter aparece en el espacio ubicado al centro de la casa rodeado por sus colaboradores. Su figura alta y el aspecto autoritario exigen una atención inmediata. Ciertamente no parece un místico, sino un gran profesional burgués. Con su corte se acerca a la jaula, muestra su complacencia ante los animales y es rodeado

por los primeros invitados que, evidentemente deseosos de acapararse su presencia, han anticipado su llegada. Saludando con la mano a un público que, a decir verdad, no existe (evidentemente el gesto debe ser una deformación profesional). Carrol vuelve a entrar en la villa seguido por el séquito de entusiastas representantes del dólar americano, que han descendido en su autoprestigio.

En la sala de recibo de la gran casa, el **staff** del mago ha montado un fichero para encontrar a los clientes que poco a poco van llegando. Carrol, para nosotros, además de la suntuosa recepción, ha organizado también una demostración de su costoso y frecuentado curso trienal (asistir a un curso completo de lecciones requiere un pequeño patrimonio).

Muy pronto la villa está llena de gente. Formar parte de la tertulia de Righter, estar en su círculo, quiere decir mucho para las actricitas en busca de libreto o para los actores que ya están en decadencia. Aquí la astrología hace presa de un ambiente en crisis, inseguro de su mañana, deseoso de una afirmación que se hace cada vez más improbable.

Carrol Righter es un curandero de almas y de carreras. Medio sacerdote y medio abogado, como se autodefine. Y efectivamente lo demuestra haciendo gala, a pesar de su edad, de una energía envidiable; "Hello mister Aries, qué tal miss Libra, cómo le va mister Leo. Acuérdese de firmar ese contrato, miss Escorpión! . . ." y se exhibe en perfectos, aunque algo militarescos, besamanos con las innumerables y enjoyadas señoras.

Muy pronto se adueña del ambiente cierta euforia.

Bebida obligada es el **whisky**, servido en vasos labrados, con el signo zodiacal de cada uno para indicar visualmente los signos de los invitados. Dispuesta entre las columnas blancas y rodeada por un prado bien cuidado, la infaltable piscina: ésta es la zona preferida por los actores unidos en un clima informal.

La irrupción en la casa del carnero, nervioso por las luces, por los **flashes** de los fotógrafos, determina el **clou** de la reunión, creando un desorden divertido y excitante. Todos tratan de tocar al pobre animal mientras el guardián negro, que lo tiene atraíllado, trata de encaminarlo por las diversas salas, yendo junto al inagotable Carrol que, al paso, sabe ser el centro de la atención, de las fotos y de la película.

Luego viene el show final, y no sabríamos decir si es casual o programado. El sirviente negro que tiene por la traílla al carnero, se resbala en el pavimento de mármol de la sala principal y suelta la cuerda. El animal busca desesperadamente una salida mientras los invitados, divertidos y a ratos también asustados por la fuga del carnero, escapan precipitadamente por la salas de la villa como buscando refugio ante un gran peligro. Gritos, aullidos, carcajadas nerviosas.

Cuando la confusión llega al máximo, después de una última tentativa de captura por parte del negro, el carnero termina por caer a la piscina levantando chorros de agua que salpican a los invitados que están a la orilla. Es como una señal (y tal vez lo era en serio). Los más jóvenes, los exhibicionistas (y qué otro lugar podría ser más apropiado que aquél), se quitan los zapatos y los sacos y se arrojan al agua entre los gritos y las carcajadas de todos. Algunas actricitas indecisas son empujadas a la

piscina. Todos los ingredientes del mundo hollywoodiano: actores, mujeres adineradas, una hermosa casa, el whisky, el baño con ropas. Es como asistir a un antiguo film del que recordamos las escenas más sensacionales.

Carrol Righter es el decano de los astrólogos de Norteamérica. Cada día tiene artículos en 306 periódicos que llegan a 30.000.000 de hogares. Pero Righter no es suficiente para dar una idea del panorama astrológico norteamericano: él es sólo uno de los diez mil astrólogos que ejercen a tiempo completo en los Estados Unidos, además de los 175.000 que ejercen a **part–time.** Una sociedad denominada "Time Pattern Research Institute, Inc." ha programado un **computer** que imprime páginas de horóscopo a una velocidad de 10.000 palabras en dos minutos. Las grandes revistas ilustradas van a la vanguardia en este **boom** de la astrología. La cadena Woolworth ha lanzado una serie completa de copas para cocktail, para cognac y servilletas con los signos del zodíaco. En Manhattan, St. Crispin ofrece a su clientela de Park Avenue tarjetitas astrológicas para invitaciones. El propietario de un instituto de belleza de New York se hace propaganda con la presencia de un astrólogo estable y con doce lociones especiales para el cabello, una para cada signo del zodíaco. **El Diario de una bruja**, de la adivina Sybil Leek, ya ha llegado a la tercera edición. Jeane Dixon y Maurice Woodruff hacen sus predicciones durante un programa de televisión. La Midpenínsula Free University, de California, ofrece cinco cursos sobre este tema: Junghian Astrology, Advanced Astrology, Out of Aquarium and into the Aquarian, Occult Things and the New Age, Occult and Astrology Workshop. En la Heliotrope Free University se dicta un curso de magia

práctica. El doctor Ralph Netznir, psicólogo de la Universidad de Stanford, usa la astrología para curar a parte de sus clientes, como lo hacía Jung que a menudo se servía de horóscopos para sus pacientes.

En Norteamérica, los críticos de la sociedad descubren en esta moda los efectos de la alienación producida por la sociedad tecnológica. Pero hay también quienes, por el contrario, creen descubrir en el encuentro del mundo racional del paciente con el mundo mágico oriental las posibilidades de un reencuentro del hombre universal. Danny Weiss, miembro de Apostólico Studios, que dirige el presidente de la liga de astrólogos norteamericanos, Al Marrison, sostiene que el retorno a la astrología es el resultado de un despertar de la conciencia religiosa. La gente había perdido la fe en su antigua creencia. Pero "si tú crees en el orden del universo, entonces creerás en la astrología, porque el orden de las estrellas expresa este orden universal."

Carrol Righter nos espera en su estudio para concedernos una entrevista. Cuando entramos se encuentra sentado en su silla de madera oscura, estilo renacimiento, con incrustaciones. A sus espaldas, la gran pizarra con flechas, diagramas y signos zodiacales de su última lección. Con un gesto cardenalicio nos invita a sentar mientras esboza una sonrisa cortés. Pero hay un rastro de tristeza en su expresión. Tal vez es efectivamente un hombre solo, como más tarde nos dirá en un momento de confidencias. No habiéndose casado nunca, su vida afectiva se realiza con sus clientes.

"Mister Righter, ¿siempre ha hecho de mago? "

Carrol sonríe. Luego, con los ojos semicerrados en un gesto paciente, como si quisiera caminar con la mente hacia tiempos pasados, nos dice:

"No, no exactamente; mi educación y mi trabajo me habían llevado lejos de cualquier interés por esta disciplina. Soy uno de los cuatro hijos de una familia de la buena sociedad de Philadelphia y mi vida se enrumbó por las rutas tradicionales del estudio, el deporte y la familia. Fue una amiga de mi madre, Evangelyne Adams, astróloga famosa de los años Veinte, quien me predijo mi carrera. Al estudio de la señorita Adams, en Carnegie Hall, llegaba gente rica y poderosa. El rey Eduardo VII (escorpión). Enrico Caruso (piscis) Mary Pickford (aries) J.P. Morgan (aries). El éxito le llegó repentinamente a miss Evangelyne: el 16 de marzo de 1890, llamada al hotel Windsor de New York, consultó justamente esa tarde el horóscopo del propietario del hotel, Warren Leland, e inmediatamente le advirtió, que estaba bajo una de las combinaciones más nefastas del planeta. Al día siguiente el hotel se incendió y la hija de Leland junto a otras personas de la familia, perecieron en el fuego. Leland, trastornado, no pudo dejar de contar a los periodistas lo que Evangelyne le había predicho. Para la joven astróloga fue el éxito. Pero la señorita Adams fue también una benemérita de nuestra profesión, porque combatió ante los tribunales a fin de que la astrología, en el código de New York, fuera considerada cosa aparte de la clarividencia ilegal. Ella misma fue acusada de clarividencia y dirigió personalmente su defensa. Pidió ser sometida a prueba. Le proporcionaron los datos de un Mister X (que luego resultó ser el hijo del juez) y logró dar una imagen tan precisa del desconocido, que el mismo juez terminó por declarar: "Usted ha elevado la astrología a la dignidad de una

ciencia exacta". Evangelyne era amiga de mi familia. Supo la hora de mi nacimiento y me dijo que mis cartas eran perfectas para interpretar las estrellas. No hice caso a las palabras de esa simpática mujer y continué los estudios doctorándome en leyes. Por un corto tiempo ejercí de abogado y luego pasé a trabajar para la Opera de Philadelphia como organizador de conciertos. Pero un hecho dramático me convenció que lo que había dicho la señorita Adams era el único camino que debía seguir. Fue luego de una enfermedad que me sobrevino a causa de una vieja herida en la espalda. Los médicos me dieron seis meses de vida. Fue en esta circunstancia que, cogido por la desesperación, me acordé de mi horóscopo y descubrí que tenía "protecciones físicas en el Sud–oeste". Me trasladé a Los Angeles y al cabo de un año ya estaba en condiciones hasta de bailar. Así, de astrólogo principiante, pasé al profesionalismo. Era el año 1939".

"Mister Carrol, ¿cree usted que la profesión de astrólogo puede ser emprendida por cualquiera? "

"No, claramente no. Básicamente se requiere de un gran amor por la gente, un instinto que lleve a interesarse por los otros, a comprender sus problemas. Y además un gran espíritu de sacrificio. Hay que estar a disposición de quien tiene necesidad de nosotros, día y noche. Es una misión. Como ser médico o sacerdote".

"Sabemos por sus colaboradores que trabaja de noche también. ¿Nos puede hablar un poco de su trabajo y de las numerosas actividades que desarrolla? "

"Cuando no trabajo sobre las cartas de los clientes, dicto los artículos para los periódicos. Luego me dedico

a los libros: he publicado mi **Astrological Guide to Mariage and Family Relationship.** He terminado la **Astrological Guide to Business and Financee".**

"¿Da una buena renta su profesión? "

Carrol Righter tiene un ligero sobresalto, un gesto de enojo como si lo hubiésemos asaltado a traición. Levantando el brazo derecho como para detener cualquier otra pregunta en tal sentido responde:

"No comment".

EL ASTROLOGO POBRE

La casa de Gavin Arthur está a los pies de una colina en la que hay diseminadas viviendas de lujo, en un barrio residencial de San Francisco. Un criado de librea lleva de paseo a dos alanos negros.

Pero luego de la última bocacalle, al término de la pendiente, repentinamente el paisaje cambia: ahora es el San Francisco de los pobres, de los negros, de los marginados. Ante la entrada, junto a la acera, está parqueado un auto, con los vidrios quebrados. Cuatro niños negros entran y salen del auto, que para ellos se ha transformado un poco en casa y un poco en juguete. El edificio es viejo, arruinado, con las murallas descascaradas, los colores y los olores son los de la miseria. Aquí vive Gavin, el astrólogo de los pobres, el astrólogo pobre.

Es viernes, día de los **hippies**. Por la noche, sus ventanas se iluminan y los vidrios pintados con los signos del zodíaco se incendian. Es la única mancha de color y de luz en la fachada gris y apagada. La vivienda está en el último piso. Durante toda la tarde, el flujo de jóvenes que vienen a buscar al astrólogo ha sido ininterrumpido. Ahora, en la noche, cuesta entrar a la casa. Muchos permanecen en las escalas, sentados sobre los peldaños. Entre los inquilinos, Gavin debe haber

sabido conquistar cierto ascendiente puesto que le han permitido llenar las paredes de la entrada y de las escalas con signos Zodiacales, escrituras con cierto sentido mágico, símbolos astrales, sobre grandes fondos pintados con colores violentos. Y junto a los jeroglíficos y a los colores, se siente un olor acre, ácido, desagradable, que se hace más picante a medida que se sube hacia el apartamento. Es el olor de una cincuentena de gatos, dueños absolutos del ambiente, aumentado por el humo del tabaco y la marihuana.

Los jóvenes son **hippies**; sólo en parejas, o en familias completas, con los niños en brazos o dormidos en cunas portátiles, amarrados a la espalda, han venido a escuchar la respuesta sobre la suerte del mundo y de la humanidad, tal vez para encontrar una justificación a la huida de los problemas, de lo cotidiano, de las responsabilidades. Un consumo de astrología que para muchos de ellos es también el signo de una suave protesta, o como dicen, una forma de reencontrar la propia alma. Entran y se sientan donde pueden encontrar un poco de espacio, en el suelo, sobre las camas, sobre los divanes, apoyados en los muebles. Casi todos han llevado un poco de fruta, algunas bananas, miel, presentes que depositan sobre las mesas, en medio de baratijas y chucherías sin valor, sobre numerosos altarcillos dedicados cada uno a una divinidad, junto a las multicolores lámparas liberty. Sentados, intercambian algunas palabras, algunos fuman, otros se abrazan. Así es en todos los rincones, en todas las habitaciones. Al centro, junto a una pared cubierta por un gran círculo rojo, dividido en sectores amarillos y verdes, marcado con los signos del zodíaco, vestido con una camisa de color rojo violento, está Gavin Arthur, astrólogo cósmico.

Era un hombre apuesto, ahora es un hermoso viejo: cabellos y barba blancos, manos huesudas, mirada profunda, aguda, penetrante. En el cuello collares y pectorales, anillos en los dedos, junto a él un bastón para apoyarse cuando debe alzarse. Una pierna extendida sobre una silla, una mueca al lado izquierdo de la boca, residuo evidente de una hemiplejía. Donde no hay muebles, chucherías y lámparas, hay libros, amuletos, candelabros, objetos mágicos traídos del Oriente, donde Gavin ha vivido por largo tiempo antes de volver a los Estados Unidos convertido a su religión de la magia, rechazando la religión del éxito y de las ganancias, para la cual había sido educado por su familia.

Los suyos eran gente de condición elevada. De la educación y de la riqueza ha quedado el recuerdo en dos fotografías con dedicatoria de los presidentes Hoover y Roosevelt: son la prueba de lo que relata Gavin, que se declara nieto de Chester Alan Arthur, un vicepresidente de los Estados Unidos que en 1881 fue nombrado presidente luego del asesinato de Garfield. En la actividad de Gavin ha quedado un signo de la tradición política de la familia. No hace previsiones personales ni horóscopos individuales. Su astrología sólo produce horóscopos político–sociales, que no le producen ninguna ganancia. El nieto del presidente Chester Alan Arthur vive en la miseria. Para él la política no ofrece ni ganancias ni poder.

Confundido, metido entre los **hippies,** se distingue porque es considerado un maestro, un guía espiritual. Sus palabras son recogidas con atención, casi con fe. Se define como un **hippy pre–hippy** un precursor del

rechazo a la sociedad de consumo que se ha volcado a la búsqueda de los últimos paraísos, en un viaje sin meta hacia el Oriente, siguiendo el ejemplo de los artistas del siglo pasado, fascinados por el exotismo. Para él no se trata de un impulso estético, sino de una exigencia ideológica. Las etapas de su vida, de un continente a otro, de un país a otro, están allí, sobre las paredes, en aquellos racimos de fotografías que forman casi un contrapunto con los altarcillos orientales. Ahí está retratado joven, con el torso desnudo, con un gran pez recién pescado, expresando vitalidad y energía, con el corte de los cabellos y la barba que lo hacen asemejarse a un Hemingway exótico, en una aldea de pescadores de Indonesia. Ahí está, muchachito, junto a dos mujeres de cabellos negros, esponjados, con blusas de encaje, con un auto de lujo al fondo y el chofer de uniforme. El lleva pantalones de terciopelo, a media pierna, está serio, con aspecto grave. Ahí está ya maduro, sobre la cincuentena, con la cabeza afeitada y envuelto en el manto de seda amarillo, el **dhoti**, como un bonzo hindú, pero ante un rascacielo de New York. Ahora está aquí, rodeado por voces que lo llaman elevándose unas sobre otras.

Cada uno tiene una pregunta que hacer: "Maestro, ¿qué piensa de la experiencia de la hierba? " o bien "Mister Gavin, ¿qué piensa del gobierno de Nixon? ", pero de inmediato la interrogación es sofocada por carcajadas y burlas. Aquí la provocación no espera respuesta. Luego otra pregunta: "¿Qué piensa de una sociedad que produce un individuo como el teniente Calley, capaz de asesinar con alevosía a mujeres y niños en Viet–nam? ". Las respuestas son en voz baja, ronca, con un tono profundo y acatarrado, que les dan un aire mágico. Pero las expresiones son desprejuiciadas y llenas

de ironía. El lenguaje es rebuscado, culto, a veces refinado. El significado es irónico y violento, aún cuando evita comprometerse en una respuesta directa, precisa. El acoso de las preguntas hace subir la tensión, contribuyendo con el humo, la bulla y el calor a crear una atmósfera excitada en la que prevalece lo irracional.

Gavin está siempre al centro. Su camisa roja es un punto catalizador de la atención de todos. Pero él parece desdeñoso, casi indiferente. Comienza a hablar con nosotros en voz baja, como si volviese a tomar el hilo de una conversación recién interrumpida.

"Me han llamado más de una vez a la televisión; algunos semanarios me han pedido entrevistas. Pero yo respondo sólo una vez y siempre es la misma cosa. No me interesa la publicidad, y no me interesa ser usado para la publicidad de los otros. Las preguntas que estas personas quisieran hacerme, se refieren sólo a previsiones sobre los políticos, sobre los negocios o sobre los amores de alguien. Pero yo no creo en este tipo de astrología. No soy un adivino y no quiero hacer previsiones sobre la suerte de éste o aquél. Yo soy un astrólogo cósmico."

"Si observo las posiciones de los astros, es sólo para obtener respuestas que puedan orientar a todos los hombres. Y hoy la pregunta a la que es necesario dar una respuesta precisa, porque tiene relación con la supervivencia de todos, es si habrá una guerra y cuándo. La paz o la guerra: éste es el tema principal, yo diría que el único en mi investigación astrológica. Actualmente está por comenzar un período muy peligroso. Probablemente habrá una nueva guerra en el Medio Oriente, luego el conflicto se extenderá a otros países,

comprendido el nuestro, naturalmente, porque para nuestros políticos la guerra no es el hecho luctuoso que es para muchas personas, sino sólo una cuestión de ganancias y de prestigio internacional".

Gavin habla, los jóvenes lo escuchan, pero a medida que avanza con sus preocupadas previsiones cósmicas, la tensión disminuye. Luego de un rato, en las habitaciones vecinas muchos han dejado de escucharlo. Muchachos y muchachas se abrazan sobre las camas, en el suelo, sobre las alfombras. Fuman, se acarician absortos en sí mismos. Y también en la habitación del maestro, sus palabras de guerra comienzan a caer sobre jóvenes que hacen el amor. Ahora Gavin está hablando de la necesidad de una política de izquierda, para dar paz y orden al mundo. Astrólogo **leftist** pobre, desoído, opositor de los astrólogos de moda que viven en la órbita de personajes ricos y sustancialmente reaccionarios.

VUELOS CHARTER PARA EL PARAISO

"Sai Baba Om, Sai Baba Om, Sai Baba Om" cantan con modulación lenta, con una voz apenas susurrada pero cargada de intensidad emotiva, en una penumbra sugestiva, envueltos en el perfume sutil y penetrante de las hierbas quemadas en un rincón. Cantan moviéndose con una oscilación imperceptible, los ojos semicerrados, la cabeza doblada hacia atrás, como si esperasen ver aparecer algo misterioso y conocido al mismo tiempo, de improviso, sobre el cielo raso o sobre las paredes del frente. Son los seguidores de Sai Baba, un santón hindú que vivió hace cientos de años y que ahora se ha reencarnado. Dirige el canto una mujer de edad mediana, propietaria de un negocio de decoraciones modernas, insatisfecha con un divorcio y una viudez, con veinte kilos de exceso que le pesan, con tres hijos que ya han preferido vivir independientemente, con sus ingresos suficientes pero no abundantes con la soledad, con una incapacidad para encontrar en sí misma motivos para renovarse.

Es viernes por la noche. Cerrado el negocio, la señora Margaret Flower monta en su Mustang automático, recorre las grandes avenidas de Los Angeles, atravesando por la nebulosa edificación caótica y provisoria que constituye esta imprevisible ciudad, carente de una fisonomía auténtica y significativa, hasta el número

7720 del Sunset Boulevard. Se estaciona frente a una pequeña villa con las ventanas cerradas en la que un cartelito indica: "Sai Baba Om Center". Es la sede californiana de los seguidores de Sai Baba, uno de los pilares del gran puente que une la fama de mágico y místico, de divino y de consolador, la riqueza angustiada e insatisfecha de gran parte de los habitantes de esta ciudad–región con el misticismo absoluto, antiguo, pobre y célebre de la India.

"Sai Baba Om" cantan hombres y mujeres. Es difícil traducir **Om**: es Dios, el Infinito, el Eterno, el Todo, el Verbo primordial y creador. Y "Sai Baba" en su manifestación terrenal. Es hombre y Dios al mismo tiempo. Una encarnación mágica y misteriosa que exige adoración y da consuelo, confianza, seguridad. El estado más populoso e industrializado de la Confederación occidental del culto pararreligioso de Sai Baba. Una divinidad importada para adorar con el fin de encontrar un espacio de libertad que el rápido enriquecimiento, nacido sobre las ruinas del mayor centro cinematográfico del mundo, no ha logrado salvaguardar.

El frenesí en la edificación y producciones de televisión han sustituido económicamente a la industria del cine. Pero el fin de las grandes producciones ha hecho descubrir la precariedad, ha acentuado la inseguridad, ha provocado un impulso hacia el pasado remoto. Y así ha comenzado la adopción de ritos y divinidades importadas por un hábil hombre de negocios, ex–escenógrafo de Hollywood, y actualmente mercader de magia y misticismo. La habilidad del señor Richard Bock, un hombre maduro, ceremonioso y corpulento, está en el haber sabido olfatear el negocio allí donde muchos habrían sabido ver solamente un

campo de ejercicios psicológicos y sociológicos. Una vez captada la necesidad de misterio y de fe, se ha transformado en el agente norteamericano de las divinidades hindúes. Verificada la demanda de magia de sus compatriotas, la ha satisfecho importando santones dispuestos a ser adorados por ricos norteamericanos insatisfechos. El culto de Sai Baba se ha transformado en poco tiempo en el negocio más lucrativo de la "Aura Productions". Las paredes de la pequeña villa están tapizadas con fotos del señor Bock junto a diversos santones. Las más numerosas son las fotos de Sai Baba, el dios encarnado, que sonríe complacido a su agente californiano. Un agente que ha sabido dar en el blanco, partiendo del hecho que los discos con los himnos en honor a Sai Baba han llegado al millón de copias vendidas, como lo atestigua un disco de oro, enmarcado y colgado de la pared.

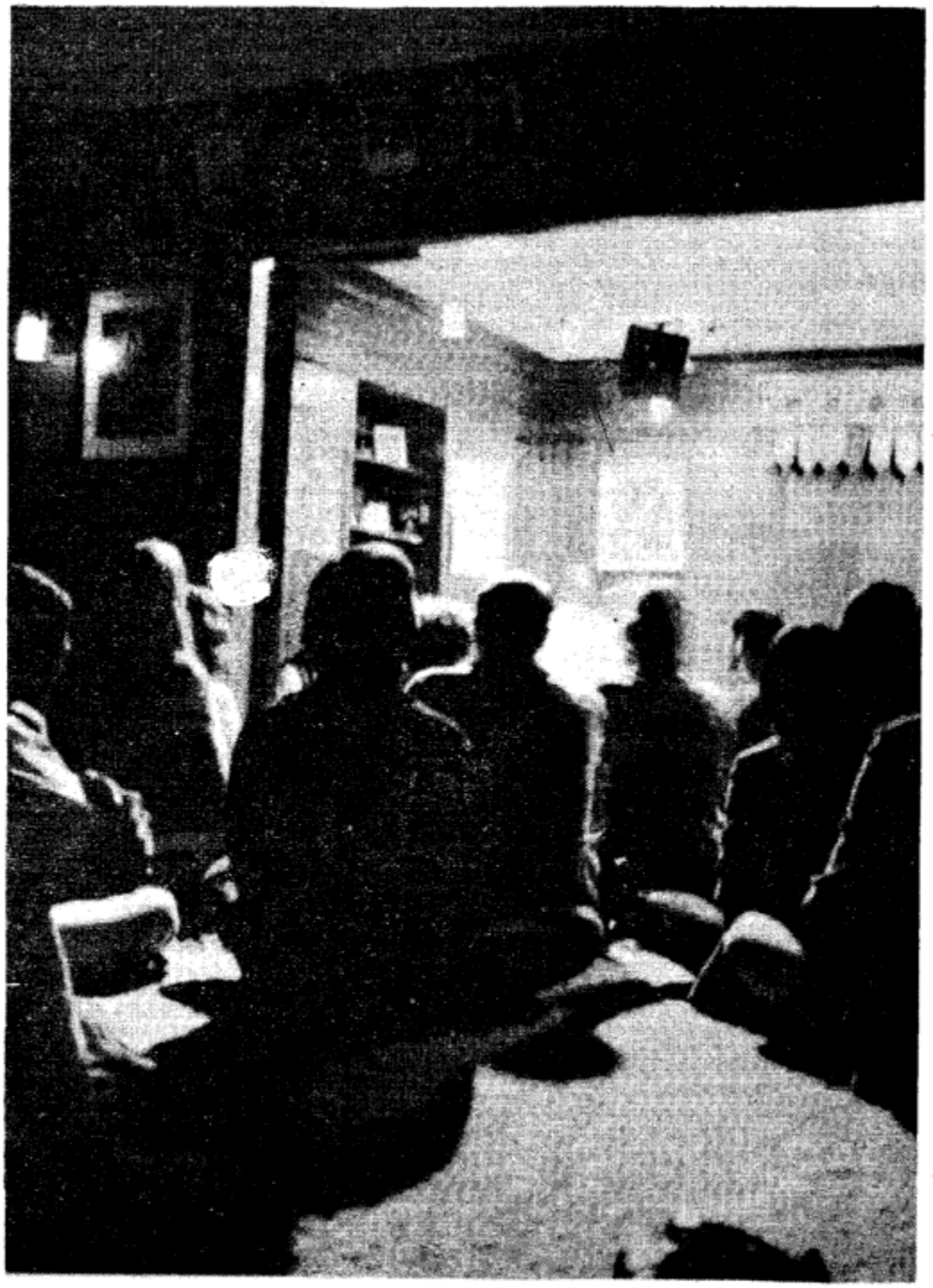
"Sai Baba Om": terminado el canto, la señora Flower se prepara para la segunda fase del rito. Ahora el Dios aparecerá ante sus fieles. Se disminuyen las luces, sobre una pantalla comienzan a aparecer temblorosas algunas imágenes de una película en cámara lenta, acompañadas por el zumbido del proyector bastante primitivo. Son fragmentos de una película rodada por un mal aficionado, con saltos, claridades y negruras involuntarias, rayados por el continuo pasar de la película por los carretes del proyector. Se ve un desolado y polvoriento paisaje hindú, algunos hombres macilentos caminando, un grupo de niños, la fachada de una casa suntuosa y en una ventana un rostro regordete, rematado por una mata de cabellos negros y ondulados.

El prodigio se ha realizado. La pequeña platea emite un suspiro de deseo y de admiración **"ooooh"** . Otras

imágenes, luego la figura de antes, mostrada desde la cintura, que viste un camisón rojo y alza una mano en señal de saludo. "**Ooooh**". El prodigio se ha repetido. Sai Baba ha aparecido una segunda vez.

Se encienden las luces; las imágenes del santón, impresas en California con la inscripción **"I'am here, ¿why fear?"**, "Estoy aquí, ¿por qué tener miedo?", parecen más evidentes, casi una materialización de Sai Baba, en honor de sus temerosos fieles californianos, un signo de su benevolencia, de su protección. Imágenes, libros, medallas, estatuillas, un motivo de satisfacción para el señor Richard Bock que, vestido con una túnica amarillenta, el "dhoti" de los hindúes y acompañado por una mujer en "sari", aparece ante el grupo de fieles al terminar la ceremonia. Es el momento de mayor euforia en la adquisición de discos, libros, imágenes. También nos toca a nosotros, considerados un poco los huéspedes de honor y los neófitos de la reunión, dejar una decena de dólares sobre la mesita de feria aldeana, puesta en un rincón.

"Finalmente podré ver a Sai Baba", el anuncio excitado de la señora Margaret Flower desborda felicidad. Es la primera en la lista del próximo vuelo charter organizado por el señor Bock hacia Putthaparty, el lugar donde vive Sai Baba. "Yo ya lo conozco, he visto sus lugares –dice la señora– He hablado con él. Se me apareció una noche, me ha llamado con su voz, me ha sonreído. Cogiéndome por la mano, me ha hecho visitar su templo de Putthaparty. Son lugares que yo ya conozco. Es la prueba de mi fe en la reencarnación. Tal



Los Angeles. "Sai Baba Om, Sai Baba Om" cantan los seguidores de Sai Baba, un santón hindú vivido hace cientos de años y ahora reencarnado. Se reúnen en esta sala del número 7720 de Sunset Boulevard, sede de un movimiento, cada viernes por la noche.

vez alguna de mis vidas precedentes ha transcurrido en la India".

"¿Pero cómo se ha convertido al Sai Baba? ".

"Ha sido una amiga mía, Katty, la que me ha traído hasta aquí. Vine por curiosidad, pero luego ocurrió un hecho que transformó mi vida, que me da la fuerza de vivir y creer aún. Ocurrió justamente aquí, en esta misma sala, en una ceremonia igual a ésta a la que ustedes también han asistido. Había sólo una decena de personas, que yo no conocía. Fue precisamente mientras cantábamos Sai Baba Om que desde lo alto del cielo raso comenzó a caer un polvo sutilísimo, casi transparente, impalpable. Pensé que era una alucinación mía, pero cuando Richard se puso a gritar "gracias Sai Baba por tu benevolencia" comprendí realmente lo que estaba ocurriendo. Era testigo de un hecho milagroso. Desde miles de kilómetros de distancia, Sai Baba había materializado para nosotros el "vibuthi", el producto dulcísimo de su cuerpo, de su santidad. Un "vibuthi" para nosotros, ¿se da cuenta? y desde una distancia infinita. Es un fenómeno rarísimo, excepcional. Hecho casi como para mí, que todavía me resistía a creer en sus poderes". La señora Flower habla emocionada y locuaz, levanta los ojos hacia el techo blanquecino y luego los vuelve hacia nosotros, atentos y curiosos, pero poco convencidos. Y entonces vuelve a mirar hacia el cielo raso, esperando secretamente quizás que el milagroso "vibuthi" pueda descender también para nosotros, escépticos europeos.

El señor Richard Bock, en ese momento, está menos dispuesto al misticismo que su fiel–cliente. Con cortesía perentoria aparta a la señora Flower, y atravesando el

salón de ceremonias, nos conduce a su estudio, haciendo una seña al operador y al técnico de sonido para seguirnos con la cámara. Una chapa de latón sobre la puerta: "Aura Productions". La sala es la de un **manager**. En las paredes está desplegado todo el muestrario de los artículos que se venden: discos, películas, libros, colgantes, estatuillas, afiches, colores e imágenes exóticas. En las fotos, en las cubiertas de los libros, está él, el hábil **manager**, con diversos trajes, en distintos lugares, en un bosque, en un desierto pedregoso, con un fondo de cascada; siempre con personajes misteriosos: un santón, un "sadhú", un monje errante, un yogi, con Sai Baba. Misticismo en pose, a gran formato, de colores vívidos y pueriles, imágenes **naif** de lo mágico, pero de venta segura en grandes tirajes.

Ante la cámara filmadora, imprevistamente, el señor Bock se transforma. Cuando apareció, con el "dhoti" amarillento, más que un místico hinduísta parecía un **manager** recién salido del baño cubierto con una toalla. Pero ahora ese mismo traje oriental lo hace aparecer con el aspecto extasiado de un penitente milagrero, de un humilde seguidor que se siente el pozo de toda perversidad en presencia de la santidad absoluta, de un peregrino de la fe en viaje de penitencia a través del escepticismo pecaminoso de un mundo aferrado al frenesí del lucro, del bienestar, del placer. Pero con estas hábiles transformaciones, el señor Bock no sólo revela su capacidad de mercader de lo mágico. Logra hacer transparentar la pureza de su fe, la absoluta certeza sobre la autenticidad de los prodigios realizados por sus santones, de la benéfica acción de su labor de proselitismo en la gran ciudad californiana. Y esta capacidad suya, quizás, es lo que convence más que

cualquier otra cosa a sus clientes. A un público incierto y preocupado, llega a infundir su seguridad, de la que Sai Baba u otro santón no son sino la representación.

Es a través de personajes como Richard Bock que Asia llega a California y encuentra en Los Angeles una gran caja de resonancia y de difusión. Formas comercializadas, hábilmente aprovechadas por desprejuiciados hombres de negocios, que sin embargo coinciden con una exigencia auténtica. Las respuestas a las ansias y a los temores, esperadas en vano de la ciencia y la tecnología, son dadas por el sentido de lo mágico importado desde el oriente.

"Jai, Bhagavan, Jai Govinda Divina, tocando devotamente tus pies y esperando hacerlo pronto en persona, deseamos que Bhagavan quiera gentilmente consentir que los portadores de la carta puedan tomar fotografías y películas de lo que te parezca más adecuado para un documental de carácter mundial. Ellos están ansiosos de filmar todo lo que Bhagavan permita. Personalmente pienso que eso es importante para la divulgación del mensaje de Bhagavan, que aparecerá en una película realizada con intenciones serias, lejos del sensacionalismo hollywoodiano. A Bhagavan, como siempre, mi **prem** sin fin, saludos, adoración, gratitud, devoción". Con esta carta del señor Richard Bock, presidente de la "Aura Productions" de Hollywood, nos pusimos en viaje para Putthaparty, pueblo natal de Sai Baba, el reencarnado.

SAI BABA FESTIVAL

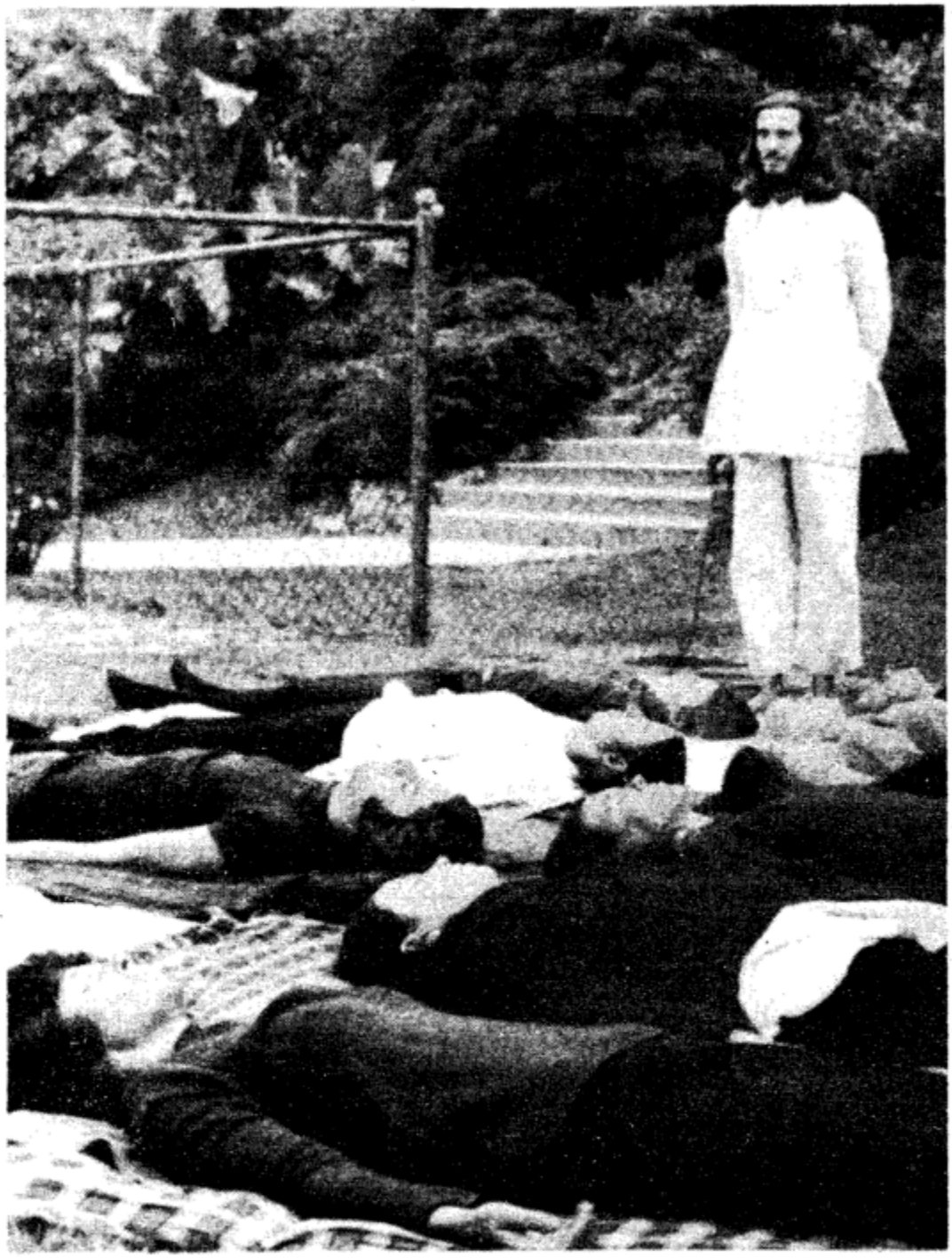
Putthaparty es una aldea a cuatro horas en auto desde Hyderabad, en el sur de la India. Comenzamos el viaje por la mañana temprano, para tomar entera una ceremonia excepcional: la aparición anual de Bhagavan Sri Sathya Sai Baba, el Señor Encarnado.

El camino es estrecho, fatigoso; la ruta es obstaculizada por grupos de personas tendidas sobre el asfalto, dormidas bajo la sombra de los extraños árboles que se levantan en los bordes, por rebaños de ovejas, por vacas flacas, pardas. Nos encontramos, en dirección opuesta, con armatostes fragorosos, viejos camiones desvencijados que marchan con desprejuiciada arrogancia el máximo de la velocidad posible, sobrecargados de obreros, de viajeros tristes y harapientos. Los conductores toman el centro de la delgada cinta que es la carretera y ni insinúan ceder un poco de espacio. Los coches se dirigen uno contra otro, morro contra morro. Los ceñudos choferes de los camiones no quieren desviarse y tampoco el nuestro acepta disminuir la marcha. En su mayoría son de la secta de los Sikh, explica el guía, gente de "karma" activo, descendientes de los guerreros. Ahora toman el volante como si empuñasen una cimitarra. Es un continuo patinar, en el último instante, hacia afuera de la pista asfaltada, para evitar el choque de frente, y

somos nosotros siempre los que cedemos por que contra el camión opónemos sólo un viejísimo coche americano.

Cuatro horas de bruscos virajes, de vuelcos en el estómago, acompañadas por la voz profunda, baritonal y dulce del guía que canta un "mantra", una plegaria interminable. Es un astrólogo de Nueva Delhi, se llama Ramakrishna, intérprete, consejero puntilloso y a veces aterrorizante. "No partan antes de las diez" había advertido la noche anterior. Pero nosotros teníamos prisa. El desobedecerle nos costó una llanta reventada, una salida del camino, el coche de cola capotado en una curva. Después de las diez, todo funcionó bien; también había querido verificar nuestro horóscopo, y hacernos otro sobre los astros que acompañarían el desarrollo de nuestro trabajo completo.

Una brusca frenada del chofer, un grito del astrólogo guía que desciende como tocado por un repentino frenesí de felicidad. "Fortuna, fortuna", grita y se inclina sobre el asfalto. Ante él, erguida, con el capuchón tenso, la lengua vibrante, había una cobra. Un carro le había pasado por encima, destrozándola, mientras se deslizaba a través del camino. Pero todavía estaba viva, y se enderezaba hasta donde podía, hasta donde las vértebras no habían sido aplastadas. El resto del cuerpo, gris, metálico, estaba abandonado sobre el asfalto y recorrido por estremecimientos. Una cobra viva en nuestro camino, un signo afortunado, de benevolencia divina. Alrededor de nosotros, la gente se ha detenido, nos mira con atención y con admiración, en silencio. La única voz que se escucha es la de Ramakrishna; el encuentro con la cobra es un signo que puede anular cualquier elemento desfavorable de nuestro horóscopo.



Los Angeles. Una lección de yoga impartida por un "maestro" que ha pasado bastantes años en la India. Maestro y alumnos viven en comunidad en una pequeña villa junto a las mansiones de las estrellas de Hollywood. Gran parte de los habitantes de esta ciudad ricos, angustiados e insatisfechos, se aplaca con el encuentro de teorías místicas hindúes.

Hacia el término del viaje, el camino se convierte en una pista de tierra apisonada. Las aldeas son cabañas con el techo de paja, hasta que aparecen indicios de un nuevo bienestar. Probablemente éste es el primer prodigio de Sai Baba: haber llevado gente, movimiento, dinero, a una región pobre, árida, escuálida, carente de cualquier mañana distinto de la invencible hambre de siempre. La pista de tierra ahora es más ancha, empedrada. Ya no hay asfalto, la gente tendida en tierra ha desaparecido. Hay grupos de mujeres que marchan en fila, sosteniendo sobre la cabeza cestos de mimbre colmados de piedras que son descargadas y esparcidas sobre el camino. Después de algunos kilómetros nos encontramos con la aldea y un letrero pomposo sobre una barraca de madera: "Hotel–Restaurant". Hay una multitud de pequeñas banquetas, parecidas a las que habían en la villita del señor Richard Bock, en Los Angeles, con decenas, centenares, millares de estatuillas de Sai Baba, cadenillas, imágenes, pendientes, muñecos de goma, alcancías de terracota, carteles coloreados, llaveros con la efigie de Sai Baba.

Una fábrica de naranjadas, coronada por una gran efigie de Sai Baba bendiciente, nos indica que si el Oriente ha entrado casi con violencia en California, California comienza a penetrar, engañosamente, en Oriente.

El centro de la aldea ya está ocupado por una muchedumbre que ha llegado a ser densa. El automóvil trata de avanzar y es imposible, a pesar de las imprecaciones y las maniobras del chófer. Hombres, mujeres, jóvenes, todos se dirigen hacia el templo–residencia de Sai Baba. Cada cabaña de paja y de madera se transforma en negocio, hasta la gran plaza

donde se venden flores y frutas.

Un alboroto excitado e impaciente, un movimiento intenso de la multitud, se advierten en la cancela de entrada de la residencia–templo. En el interior hay un gran edificio, bastante feo, de dos plantas, el único en todo Putthaparty, blanco como un gran hotel de una ciudad de provincia, como una estación ferroviaria de importancia secundaria. Sobre la punta del techo, una pequeña columna sostiene un busto de yeso de Sai Baba, con su cara regordeta y su sonrisa ambigua, la cabellera crespa, abultada, escarmenada quizás.

"Por lo menos aquí se reúnen 20.000 personas cada vez", dice Ramakrishna. Hay un gran espacio atestado de vehículos. Entre los hindúes hay bastantes europeos, muchísimos norteamericanos, fascinados, casi en éxtasis, indudablemente los más fanáticos. Y también jóvenes **hippies,** mujeres de edad, persuadidas de obtener un último éxtasis, vertidos aquí por el puente aéreo California–Putthaparty que en estos días funciona a un ritmo ininterrumpido.

Un grupito de hombres, los cortesanos de Sai Baba, recogen la carta de credenciales del señor Richard Bock. Nos miran desconfiados y curiosos. Por las palabras que nos dirigen se hacen evidentes las distintas funciones: el secretario, el administrador, el gran sacerdote que conducirá el ritual, el maestro de ceremonias que organizará el encuentro con algunos grupos de fieles que esperan desde hace días, y con los enfermos que esperan sanar. Hay también un periodista encargado de enviar artículos a los periódicos norteamericanos sobre el extraordinario evento de esta extraordinaria jornada, la extraordinaria reencarnación de la divinidad, que se

Putthaparty, India. La aldeíta, miserable y perdida, esta viviendo un momento de singular bienestar. La mayoría de los habitantes han transformado sus cabañas en negocios con centenares de carteles coloridos, estatuillas, llaveros, alcancías, todo con la imagen de Sai Baba.

ocupa de nosotros y de nuestra carta. Pero esta evidente estructura comercial no llega a cubrir del todo una auténtica consistencia, una profundidad e incluso , una verdad que el fenómeno mágico adquiere aquí en la India. "Yo estoy aquí, ¿por qué tener miedo? ", dicen las mismas inscripciones sobre las fotos, sobre los afiches impresos en California, vendidos en los negocios, sobre banquitos, en el mercado pegados sobre los muros del templo—residencia de Putthaparty. .

El rito comienza en el interior de una enorme barraca, un edificio provisorio entre el teatro y el templo, decorado con tapetes, cortinas y esteras de colores vivaces. En el interior están los que han llegado primero; están aquí desde hace varios días, y no se han movido más para no perder el privilegio del lugar conquistado con la paciente espera. Sai Baba está por llegar: permanecerá con sus fieles por todo la jornada. Durante cinco horas se hará admirar, enseñará a vencer los deseos, a encontrar la paz del alma, la unión con lo divino. Realizará prodigios, dará una nueva y pública prueba de sus poderes paranormales, mágicos. Asombrará a todos, fieles e incrédulos. Hará discutir a los científicos y expertos de la más moderna parapsicología con su prodigio más frecuente: la materialización de objetos.

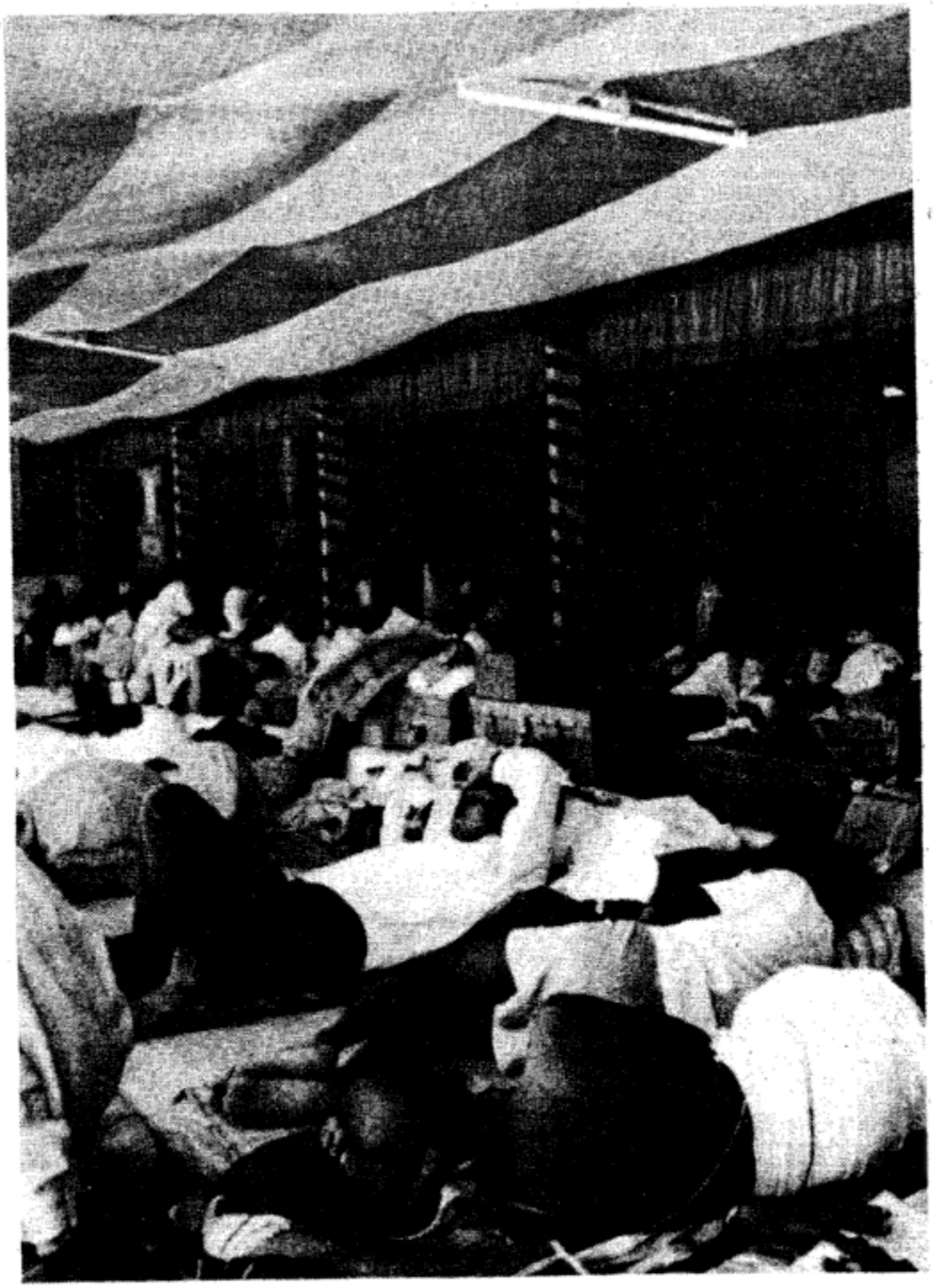
Recién es pasado el mediodía.

En el templo—teatro, las mujeres están al lado derecho, los hombres al lado izquierdo, una división rigurosa que no admite excepciones ni siquiera en los niños. Muchos duermen, envueltos en un pobre trapo desteñido, apoyan la cabeza sobre valijas de cartón, sobre envoltorios donde guardan las cosas de comer.

Hay enfermos, rostros y cuerpos desfigurados, tumefactos, enflaquecidos. Alguien lleva evidente las señas de la ruina física que quizás ni siquiera el milagro de Sai Baba podrá detener: de entre los pliegues del "dhoti asoma un catéter del que gotea un líquido espeso, opaco; llagas incurables, ojos fijos, absortos, desesperanzados, expresiones resignadas, que ya ni aún el dolor físico puede modificar, Al exterior del edificio, la multitud ha rodeado la casa, se desparrama por el terreno, hasta perderse de vista.

Comenzamos los preparativos para el inicio de la ceremonia. Un grupo de sacerdotes, del "ashram" dedicado al culto de Sai Baba, silenciosos, ligeros, salen y se disponen en dos filas desde la entrada de la casa. Otros siembran de pétalos el recorrido que realizará el cortejo y forman un tapete decorado, colorido, fantástico, algo similar al adorno de flores de calles y ventanas de nuestras fiestas campesinas. De las ventanas que hay sobre la puerta de la villa, cuelgan festones de color, rojos, amarillos, oro. Tras una tienda aparece de repente la gruesa y apacible cabeza de un elefante que tendrá un papel importante en la ceremonia. Lo están vistiendo con una gualdrapa violácea, adornada con grandes piedras negras y por vidrios amarillos y verdes. Aparece también una banda, con los bronces relumbrantes, y un pelotón de agentes con uniforme color kaki. La muchedumbre se anima pero permanece ordenada en su lugar.

Un repentino resplandor rojo anaranjado, casi una llamarada que incendia la espera. Con una perfecta selección del tiempo, Sai Baba se asoma por un instante en una ventana. Poco después, el resplandor reaparece junto al elefante, semicubierto por la tienda. Una mano



Putthaparty, India. Sai Baba, reencarnación de un santón del año 800, se dirige hacia el templo donde se desarrollará la ceremonia anual en su honor, durante la cual realizará "milagros" ante la multitud.

acaricia la trompa. Luego más distante, en otra ventana, visible para aquellos que están fuera, al descubierto, que se contentan con asistir desde lejos, viviendo solamente los ecos de la ceremonia. Es el momento.

Sai Baba aparece en la puerta. Alza las manos unidas hacia el cielo, las agita suavemente, ondulando como si enviase efluvios hacia lo alto, como si aumentara las vibraciones positivas de su cuerpo, destinadas a derramarse sobre todos sus fieles. Un primer gesto para infundir bienestar y felicidad, nos explica nuestro guía. La banda ataca un himno de ritmo militaresco, el elefante se encamina a lo largo del recorrido adornado con flores, luego sigue la banda, el cortejo de sacerdotes– novicios, y finalmente él, la reencarnación de Sai Baba, protegido por el toldo escarlata de una sombrilla que sostiene un discípulo, escoltado por dos agentes.

Camina lentamente, cada paso hace resplandecer el rojo naranja de la ligera túnica que lo envuelve; sonríe con una fija intensidad que atrae y molesta. Tiene una cara regordeta, de líneas marcadas, vulgar, de boca sensual, los ojos parpadeantes, la expresión astuta, la mirada no es nunca directa sino que se desliza oblicuamente. Es el centro de la atención pero inasible, presente pero distraído, deseado pero huidizo. Una divinidad benévola que se ofrece a los fieles, pero sin mezclarse con ellos. Quiere ser humilde y dulce, pero es altanero. Alarga los brazos con gestos delicados y separa la abertura de la túnica, mostrando un pecho de apariencia abotagada, grueso, blando. La gente sigue cada uno de sus pasos arrojándose a gatas para tocarle los pies, para besarlos, y si no pueden alcanzarlos con los labios, los tocan con las manos y luego besan los dedos

que han rozado sus pies. Camina sin hacer caso de todo eso, sin tropezar contra esa valla ininterrumpida de brazos y manos tendidos hacia el suelo, ante su paso. Se deja tocar, se deja besar, se balancea flexible como si quisiese huir y entregarse al mismo tiempo, en un juego excitante al que cada uno es invitado a participar. El recorrido es largo, está dibujado por la alfombra florida que se ha dispuesto en el suelo, y lo lleva a hacerse ver por el mayor número de fieles, antes de terminar en la entrada del templo–teatro. Aquí lo recibe un rítmico batir de palmas, un canto cada vez más apremiante, cada vez más veloz, que se amortigua contra las telas coloridas que forman el cielo raso.

Ahora, en el templo, puede ya comenzar verdaderamente el rito. Durará cinco horas. El escenario se repleta con sus discípulos y ayudantes. Sai Baba está al centro. No habla: sólo hace gestos y sonríe. Mostrará a los presentes sus poderes paranormales, mágicos, que le han dado santidad y, sobre todo, proporcionará nuevas demostraciones públicas del poder que más que ningún otro ha maravillado a los escépticos y entusiasmado a sus fieles, que ha hecho y todavía hace discutir a la parapsicología moderna: la capacidad de materializar objetos, de hacerlos aparecer de la nada, creándolos con la fuerza de la voluntad. En un brasero arde el fuego que es mantenido por un aceite que destila sobre la llama escurriendo desde un trozo de madera hueco, sostenido por una mujer y un hombre ancianos; son los padres de Sai Baba. Alrededor del brasero, los sacerdotes han comenzado a entonar una nenia veloz y martilleante, provocando tensión sobre el escenario y en la muchedumbre. Todos los ojos están sobre él, Sai Baba, erguido junto al fuego, inmóvil. Agita solamente las manos. El público acompaña el canto con

oscilaciones cada vez más rápidas, casi en trance. Y cuando la tensión llega a un grando máximo se produce, repentinamente, la primera materialización.

De la mano derecha, la mano que realiza los milagros, deja caer un puñado de brillantes. Caen sobre el fuego provocando un grito de admirada devoción y una crepitación chisporroteante. "Son brillantes verdaderos", explica uno de los discípulos de Sai Baba que ha permanecido cerca de nosotros. Tratamos de seguir los hechos acompañándolos con la cámara filmadora. El objetivo apunta sobre la mano derecha, para tratar de descubrir el secreto. Las manos revolotean con vivacidad, a derecha e izquierda, las mangas suben y a menudo descubren hasta el antebrazo. En la película queda solamente el gesto y el brillo de las piedras que caen sobre el brasero.

Ahora, sobre el escenario, aparece una estatua de plata. Es transportada por los sacerdotes del "ashram". Es de tamaño natural y representa a un hombre anciano, sentado, absorto, con la mano derecha sosteniendo la cabeza, un pañuelo ceñido sobre la frente y anudado en la nuca, y la barba rodeando el rostro. Es la imagen del viejo yogi, vivido hace cientos de años, y que Sai Baba reencarna. Los sacerdotes depositan la estatua y descienden del escenario. Precedidos por el elefante salen para ir a buscar el agua sagrada al pequeño río que cerca de allí deja correr sus aguas. La extraerá el elefante sagrado, aspirándola con la trompa. Todos los gestos son realizados con lentitud, sin pausa, de acuerdo al preciso ritual. En espera del regreso de los sacerdotes, Sai Baba se sienta sobre los escalones que descienden desde el escenario hacia la multitud, se recuesta sobre un costado, apoyando la cabeza negra, rizada, y se hace

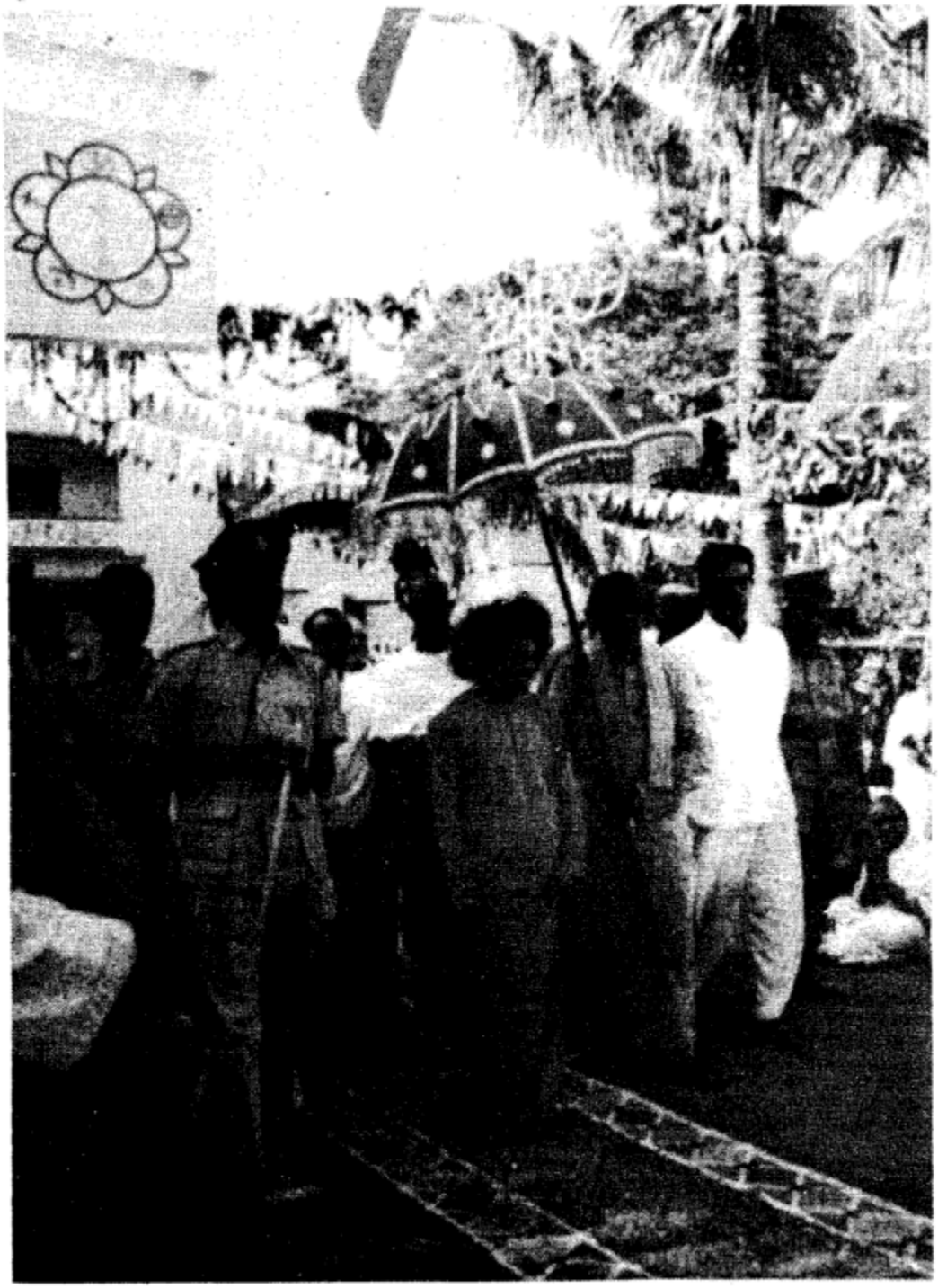
Putthaparty, India. Sai Baba aparece en la puerta de su residencia--templo. Es el comienzo de una ceremonia que se prolongará por varias horas. En el fondo vemos muchachos y mujeres, estas últimas separadas rigurosamente de los hombres.

adorar delicadamente. Mira hacia la gente, pero la mirada no parece fijarse en imágenes y personas. Siempre con su sonrisa inefable hace ondear una mano siguiendo el ritmo de los cantos que la muchedumbre eleva en su honor. Es un momento de descanso que sigue a la materialización de los brillantes, y precede a un momento mágico más importante e intenso: la aparición del sagrado "Vibhuti", la materialización del polvo que tiene poderes de curación. Hay una actitud hermafrodita en la figura del santón, una ambivalencia de hombre–mujer que lo hace más distante, más fascinante, más divino ante los ojos de sus adoradores. Con el agua traída por los sacerdotes, Sai Baba lava la estatua de plata, en un rito que completa la primera purificación, simbolizada por el fuego. La conmovida atención de la multitud se acrecienta para otro milagro. Sai Baba materializa un collar de piedras preciosas. La coloca en el cuello del santón de plata.

Sai Baba comenzó a realizar los primeros prodigios a la edad de diez años. En la escuela de Putthaparty, hace cerca de treinta y ocho años, ayudaba a sus compañeros procurándoles lápices o gomas que materializaba con un gesto de la mano. Lo relatan sus biógrafos, que ahora disputan entre sí para describir maravillas cada vez más excepcionales y precoces. Cuando un muchachito sufría por alguna herida, el futuro taumaturgo calmaba el dolor "tomando hojas verdes del Himalaya que materializaba al instante, y se las hacía masticar tragando el jugo". Los adultos de la aldea decían qué todo eso era magia, por consiguiente el niño era un mago de magia negra. En ese período, Satyanarayana, como entonces se llamaba Sai Baba antes de descubrir que era la reencarnación del centenario santón, era dejado solo, mantenido lejos de todos. Luego comenzó a

materializar un polvo blanco, suave, impalpable, dulzón, parecido a la ceniza, de un poder milagroso: el "vibhuti", que hacía sanar las enfermedades. Era llevado como talismán, restregado sobre el cuerpo para prevenir los males. El muchacho materializaba el "vibhuti" con un gesto: le caía de la palma de las manos, le descendía de la frente, de los ojos. Hasta ahora, han calculado sus biógrafos, ha producido por lo menos cinco toneladas, creándolo de la nada, con la fuerza de su mente.

Durante las procesiones en público, a veces, Sai Baba, sentado en su silla de plata cubierta de flores, coge las guirnaldas que le son ofrecidas y las lanza hacia la multitud de devotos. Durante el vuelo los pétalos se transforman. En una ocasión cayeron al suelo caramelos de menta, otra vez cayeron monedas, o bien retratos del viejo Sai Baba, o del mismo Sai Baba, dicen los biógrafos. O bien abandona su cuerpo: lo hizo una vez delante de muchas personas cuando, quedándose rígido, cayó de espaldas sobre los cojines, como si hubiese muerto, y la multitud contuvo la respiración, espantada. Después de cinco minutos, el cuerpo se reanimó. Y Sai Baba dijo: "Dondequiera que yo esté, cualquiera sea la cosa que yo esté haciendo, cuando un fiel me llama, debo correr en su auxilio". En esos minutos de inmovilidad, según se supo después, había volado a otra parte, para socorrer a un compañero suyo que estaba gravemente enfermo. Se había sentado en su lecho, había materializado el "vibhuti" y lo había frotado sobre los ojos del enfermo. "Sai Baba vino hasta mí, y me ha sanado". Algunos de estos viajes lo han llevado verdaderamente lejos: a la frontera de Saa, a la costa de Bombay, a Suiza, a los bosques de las laderas de los Himalaya.



Putthaparty, India. En la residencia–templo de Sai Baba, los fieles, llegados de todas partes de la India, esperan el comienzo de la ceremonia anual. Son cerca de veinte mil y, entre éstos, son muchos los enfermos que esperan la curación del santón.

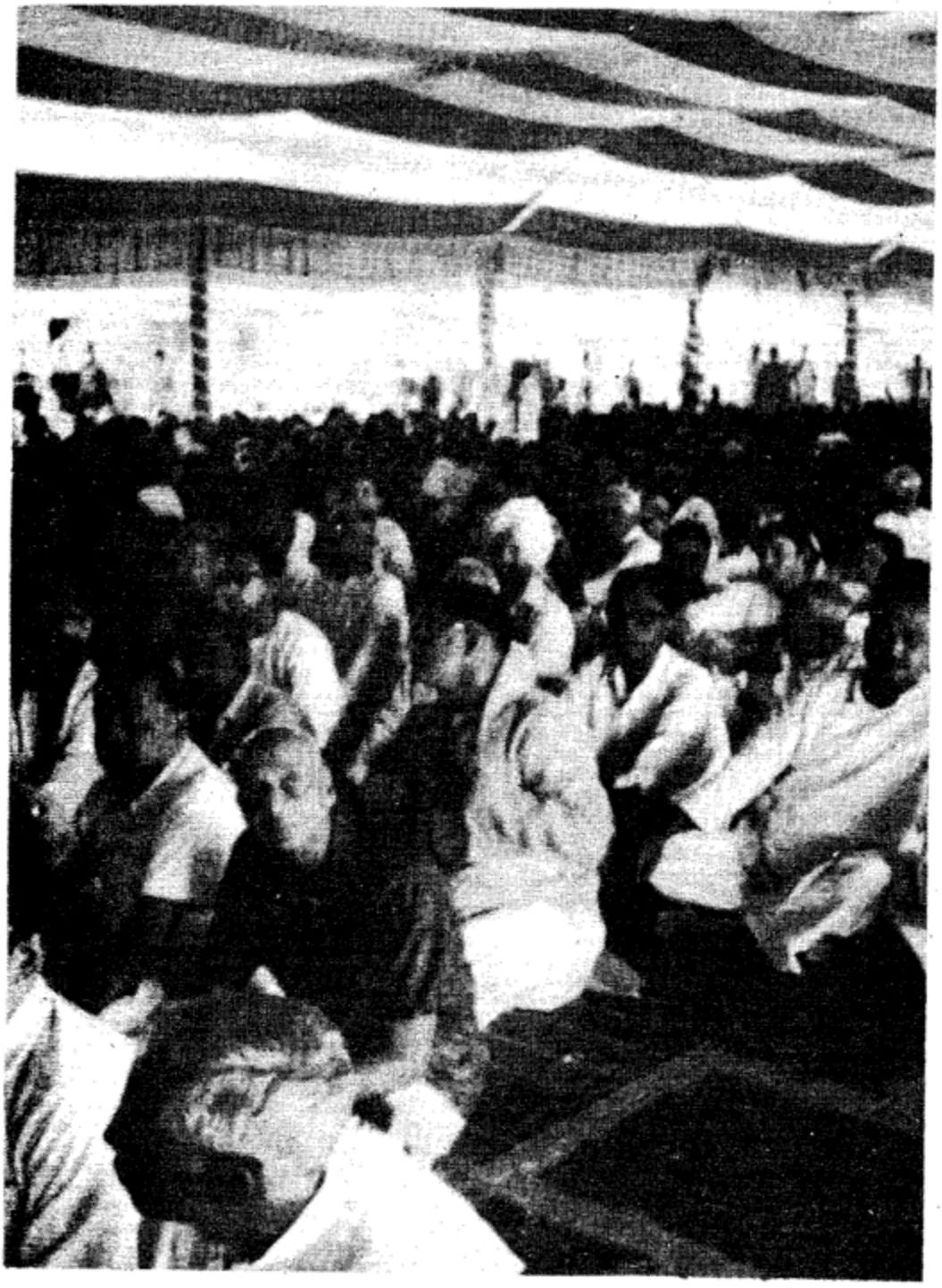
Hacia el término de las cinco horas de ceremonia, en el templo–teatro, Sai Baba está por realizar el milagro más esperado por la multitud. Le presentan un vaso que hasta ese momento había estado en un ángulo del escenario. Lo habíamos visto, también lo habíamos filmado con la cámara de cine, escudriñando en su interior con la luz despiadada del flash. Parecía vacío.

Sai Baba levanta el vaso, lo muestra a los fieles, lo da vuelta, introduce por la abertura la mano derecha, que entra hasta la mitad del antebrazo. Agita la mano con un movimiento circular que se hace cada vez más veloz, más rítmico. Y, repentinamente, un borbotón violento, una expulsión de aire y de polvo sale por la boca del vaso. Un polvo blanco, fino, casi un talco, las cenizas de Siva, el sagrado "vibhuti", medicina taumatúrgica, alimento del alma, talismán. Un flujo continuo, agitado y hecho brotar por la mano de Sai Baba, que ahora sonríe, casi con un aire de triunfo. El polvo cae a su lado, sobre el pavimento por bastantes minutos. Produce, según cuentan, más de medio kilo al día. Tan leve como parece, medio kilo debe ser una cantidad enorme. Finalmente Sai Baba emerge de la nube, sudoroso, fatigado, casi jadeando. La materialización le ha hecho gastar bastante energía psíquica. Luego, después de otra pausa, desciende entre los fieles silenciosos y atónitos, los bendice rociándolos con una ramita empapada de agua sagrada. Moja a sus discípulos, a los enfermos, a los europeos, a los norteamericanos que sonríen felices, en éxtasis, exaltados por la emoción, por el prodigio, por la intensa atmósfera mágica que se ha creado. Cuando pasa ante nosotros, Sai Baba nos toca el pecho con la mano abierta como una señal de llamada, una caricia, una invitación a seguirlo.

Y lo seguimos hacia la puerta de la casa. Aquí nos atiende uno de los sacerdotes. Nos ruega que tengamos paciencia. La tarde ya está llegando a su fin. Con voz dulce, persuasiva, con palabras veloces, el sacerdote nos declama los poderes y los prodigios de Sai Baba. Nos relata su historia, nos sintetiza su enseñanza, que es similar a la que enseñan todos los religiosos hindúes: vencer los deseos para encontrar la paz del alma, la unión con lo divino. Escuchamos, pero en realidad continuamos preguntándonos dónde está, en aquello que vemos, el límite entre magia y habilidad de ilusionista. Toda aquella gente es indudablemente sincera, pero ¿cuánta sinceridad hay en los fenómenos que hemos visto? Muchos han advertido la señal que nos hizo Sai Baba, y ahora la atención, la curiosidad, es para nosotros.

Un sirviente lleva a la casa la gran silla de plata de Sai Baba. Entramos en una sala pequeña, rectangular, sin muebles. La silla es colocada al centro, alrededor hay alfombras y cojines. Sai Baba se sienta en el trono, nosotros en torno a él, en el suelo, incómodos, casi empequeñecidos. A pesar de su posición dominante, no puede ocultar totalmente cierta molestia, casi una aprensión por nuestro interés. En un inglés mediocre, a veces incomprensible, ayudado a menudo por uno de sus seguidores, el último de sus biógrafos, quiere saber de dónde venimos, nuestra fecha de nacimiento, mes, día, hora. Evidentemente está molesto, pero de igual manera realiza un nuevo prodigio, destinado a nosotros. Con el acostumbrado, ágil y flexible giro de la mano, materializa un topacio destinado al director de la **troupe**. Para los demás, platillos grabados con su imagen.

Fuera de la puerta de entrada nos espera una pequeña



Putthaparty, India. Los fieles de Sai Baba esperan el comienzo de la ceremonia. Entre los hindúes hay también bastantes europeos, muchísimos norteamericanos fascinados, casi en éxtasis, indudablemente los más fanáticos.

multitud. Aún tenemos en las manos los objetos recibidos. Los miramos con curiosidad y de pronto, el biógrafo–intérprete nos invita a mostrarlos a la gente, a alzarlos en alto. Sin dar un significado particular al gesto, alzamos las manos para mostrar los objetos. De inmediato hay gritos de admiración. Ha sido realizado otro prodigio, esta vez para los escépticos europeos. La noticia se esparce. Probablemente al día siguiente llegará también a los periódicos de Nueva Delhi. Sin darnos cuenta, también nosotros habíamos entrado en el juego. Tal vez Sai Baba había intuido que no caeríamos en la ilusión de las materializaciones, pero sus hábiles discípulos habían pensado en aprovechar la ocasión para excitar a la muchedumbre, que no esperaba otra cosa que ver aumentar la gloria de su ídolo, la fama de los poderes mágicos de Sai Baba.

Algunos días más tarde, al regresar a Nueva Delhi, durante una cena en honor de un diputado de las provincias meridionales de la India, aventuramos dudas y suposiciones sobre los presuntos prodigios, sobre las materializaciones, sobre la veracidad del fenómeno. El político tuvo una reacción violenta e inesperada. "Los poderes de Sai Baba no se discuten. Ya son suficiente los testimonios de sus prodigios. Basta leer cualquier periódico y ver que de ellos se habla todos los días. También nuestros científicos han querido estudiar estos hechos. Estaban escépticos pero han tenido que desdecirse". La única concesión que logramos arrebatar es una simple alternativa a la convicción más difundida: probablemente no se trata de materializaciones, sino más bien de "traslados". También en este caso se trata de un fenómeno estudiado y descrito por la parapsicología: los objetos no son creados de la nada, sino que son transferidos de un lugar a otro, violando las

leyes del tiempo, del espacio, de la impenetrabilidad de los cuerpos, haciéndolos aparecer en ese momento, aún viniendo desde grandes distancias, con la fuerza de la mente. Otra reserva tiene que ver con la duración de los poderes de Sai Baba. Ya ha sucedido otras veces, en la abundante historia mágico–religiosa de la India, el que un Yogi haya perdido rápidamente sus poderes, corrompido por la riqueza y el orgullo.

Sai Baba cura a los enfermos, los ciegos, los dementes y ahuyenta los espíritus malignos. "Viaja", con su cuerpo espiritual, alcanzando hasta lugares lejanos, y asumiendo cualquier aspecto físico ilusorio o desapareciendo de acuerdo a su voluntad: esto lo cuentan también sus biógrafos. "Lo extraordinario y lo milagroso han tenido siempre gran importancia en nuestro país. En toda época han habido muchas personas capaces de realizar cosas fuera de lo normal como, por ejemplo, crear del aire un perfume, destrozar una copa con la mirada o realizar curaciones espectaculares. También yo he escuchado decir por parte de respetables hindúes "¿qué valor hay en aquello que hace Sai Baba?". Muchos yogis son capaces de hacer lo que hace él. Y todo eso es verdad. Algunos religiosos, de santidad muy elevada, llegan a decir que los milagros no se deberían hacer. Pueden ser dañinos y obstaculizar el progreso espiritual, distraer del camino hacia la santidad más elevada, podrían despertar el egoísmo y el orgullo. Podrían dar la impresión, a quien los realiza, de haber llegado a la meta. Estos fenómenos, mejor dicho, son el signo de un camino espiritual aún imperfecto, son subproductos del espíritu y pueden fácilmente desviar al aspirante a yogi. Pero yo creo que estas advertencias no tienen nada que ver con Sai Baba, que es un "avatar", un santo, un "realizado en Dios".

Putthaparty, India. Sai Baba al centro del escenario donde señalará el comienzo de la ceremonia. Con él están los monjes de su "ashram" y (a la derecha en la foto) sus viejos padres.

No hay ningún deseo de riqueza ni de orgullo ni de autocomplacencia en él". Así había proseguido diciendo, durante nuestra reunión en Nueva Delhi, el político hindú, tratando de esclarecer la posición de Sai Baba en el multitudinario empíreo de los santones de su país. "Los hombres en su mayoría son lentos y apáticos. Para ser sacudidos de su inercia tienen necesidad de algo espectacular. Por eso se realizan tantos prodigios".

EL EXTASIS DEL YOGI

Ocho trenzas que llegan hasta el suelo, cuatro en el lado derecho y cuatro al izquierdo, cabellos crespos, espesos, unidos apretadamente, como lianas, que lo acompañan y envuelven en cada movimiento. No se los corta desde cuando era muchacho. Tenía tal vez doce o trece años cuando abandonó la casa, en las regiones meridionales, y se encaminó hacia el norte, en un largo viaje que debía terminar aquí, en las faldas de los Himalayas, a más de mil metros de altura, para alcanzar la plenitud de sus poderes.

El cuerpo es sano, fuerte, musculoso, ágil, sin una arruga, resplandeciente. Podría tener unos cuarenta años. Pero tiene más de setenta. Vive, en invierno y verano, en una gruta excavada en las paredes húmedas de la montaña, verdosa por los hilos de agua que se filtran por las hendiduras de la roca. Duerme sobre la tierra apisonada. Viste sólo un trapo descolorido, amarrado por un cordelillo alrededor de las caderas. Un taparrabo que le cubre solamente el pubis. En invierno y verano permanece semidesnudo y en esta región, al final del verano, ya comienza a nevar. Es zona de tigres que cambian el color de la piel abandonando el amarillo del verano por el blanco del invierno. Ahora estamos en pleno verano, y en la gruta hace un frío que hiela aunque afuera la temperatura es más benigna. El yogi

está sentado sobre un gran trozo de madera, bajo una cabaña hecha con palos y ramas.

El techo de la cabaña fue la primera señal divisada luego de tres horas de camino en busca de este yogi sin nombre, sin historia, sin edad. "Está allá arriba, hemos llegado", había dicho el guía, indicando luego, con el brazo extendido, una terraza natural en la parte superior de una pared vertical de roca verduzca, maciza.

Saliendo de Rishikesh, la ciudad sagrada del hinduísmo, nos habíamos encaminado hacia las fuentes del Ganges, más un torrente que un río, que se lanza hacia el valle con ímpetu fragoroso. Queríamos un encuentro que nos hiciese comprender una dimensión distinta de aquella comercializada, clamorosa y pública de las exhibiciones de Sai Baba, de las demostraciones de poder mágico y místico a través de las materializaciones. La dimensión de un poder dirigido hacia el interior, realizado en el silencio, en el aislamiento, en la lejanía.

En Rishikesh, el corresponsal de un periódico nos había dado ciertas indicaciones generales. Conocía a este yogi, había escuchado palabras de admiración por parte de muchos que decían haber estado cerca de él. De todos modos se podía intentar el viaje. El nos habría acompañado gustoso.

El camino es largo, a ratos difícil, fatigoso. El sendero sube con bruscas repechadas, se encarama cada vez más rápidamente, penetra por desfiladeros oscuros, se adentra en bosquecillos espesos, se insinúa bajo grandes árboles, intensamente verdes, hace compañía al estruendo de un torrente, tal vez el primer hilo helado y

arremolinado del Ganges, o se encuentra con un silencio absoluto, interrumpido sólo por el alboroto de una tribu de simios.

Nos sigue un pequeño tropel de muchachitos que nos ayudan a transportar la cámara filmadora, los equipos, las cajas con película. Caminan ágiles, descalzos, sin sufrir con el peso de los bagajes, que sostienen en equilibrio sobre la cabeza. Cada cierto rato desaparecen, sumergiéndose en la vegetación, trepando por senderos invisibles e impracticables, desviándose de nuestro recorrido. Luego surgen tras una roca, sobre un peñasco, adelante de nosotros. Con frecuencia, escarban el terreno con un bastoncito, hurgan entre las piedras, para descubrir la presencia de alguna serpiente venenosa. Avanzamos durante bastantes horas por un paisaje áspero, escarpado, frío y húmedo. Grandes árboles, y seguir subiendo aún.

"Allí arriba está". A la entrada de algunas grutas, hay hombres sentados, inmóviles, indiferentes a nuestra llegada: son los compañeros del yogi, su pequeña comunidad de "sadhú", de adeptos y ascetas. En lo alto, hay una escalera tallada en la roca viva, con peldaños grandes, escarpados. Hay seis o siete hombres, de barba y cabellos largos, silenciosos, con una pequeña tela alrededor de las caderas o una túnica de lienzo, dispuestos en torno a la entrada de la gruta. El yogi está adentro de la pequeña cabaña.

Entramos. Por algunos instantes permanecemos sin movernos. Nuestros ojos deben habituarse a la oscuridad del interior. Luego lo advertimos, inmóvil, sentado sobre un tronco de árbol, absorto. Formando un semicírculo en torno a él hay algunos peregrinos. Intuimos un

coloquio sin palabras, una comunicación de pensamientos, de sensaciones. También en silencio, depositamos a sus pies un presente, el único que podía aceptar, como se nos había explicado: un racimo de bananas. Sonríe apenas, en silencio.

Permanece callado por una media hora. Sentimos su pensamiento que se dirige a hurgar en nosotros, a conocernos, a establecer con nosotros un contacto psíquico, una simpatía, un encuentro. Luego nos mira de nuevo, con la misma sonrisa imperceptible. En este momento, sugiere el hindú que nos acompaña, podemos dirigirle la palabra.

Estamos frente a sensaciones muy distintas de las provocadas por la ambigua figura de Sai Baba. Aquel hombre no hace nada de particular, no trata de provocar nuestra curiosidad ni de asombrarnos. No gesticula ni anuncia prodigios. El mismo es, quizás, un prodigio. Y el prodigio no está constituido por su físico íntegro y juvenil a pesar de la edad avanzada; no es su capacidad de mirar por horas el sol enceguecedor del mediodía; no es su vida que ha transcurrido en los bosques de los Himalayas, olvidando nombre, origen y parientes; no es su desnudez capaz de soportar el frío acerbo del invierno y penetrante del verano, y de rechazar cualquier enfermedad aunque vive en una cueva que trasuda agua y hielo; no es, en suma, su cuerpo incorrupto, conservado por las fuerzas psíquicas. El prodigio es algo más, algo distinto, algo impredecible. Lo habremos descubierto, al término de las jornadas transcurridas allá arriba, en el "ashram" alojado sobre aquel pico rocoso.

Planteamos una pregunta, si es posible alcanzar la

Himalaya, India. En las selvas de los Himalayas una comunidad religiosa reunida en torno a su maestro, un yogi rodeado de fama de santidad.

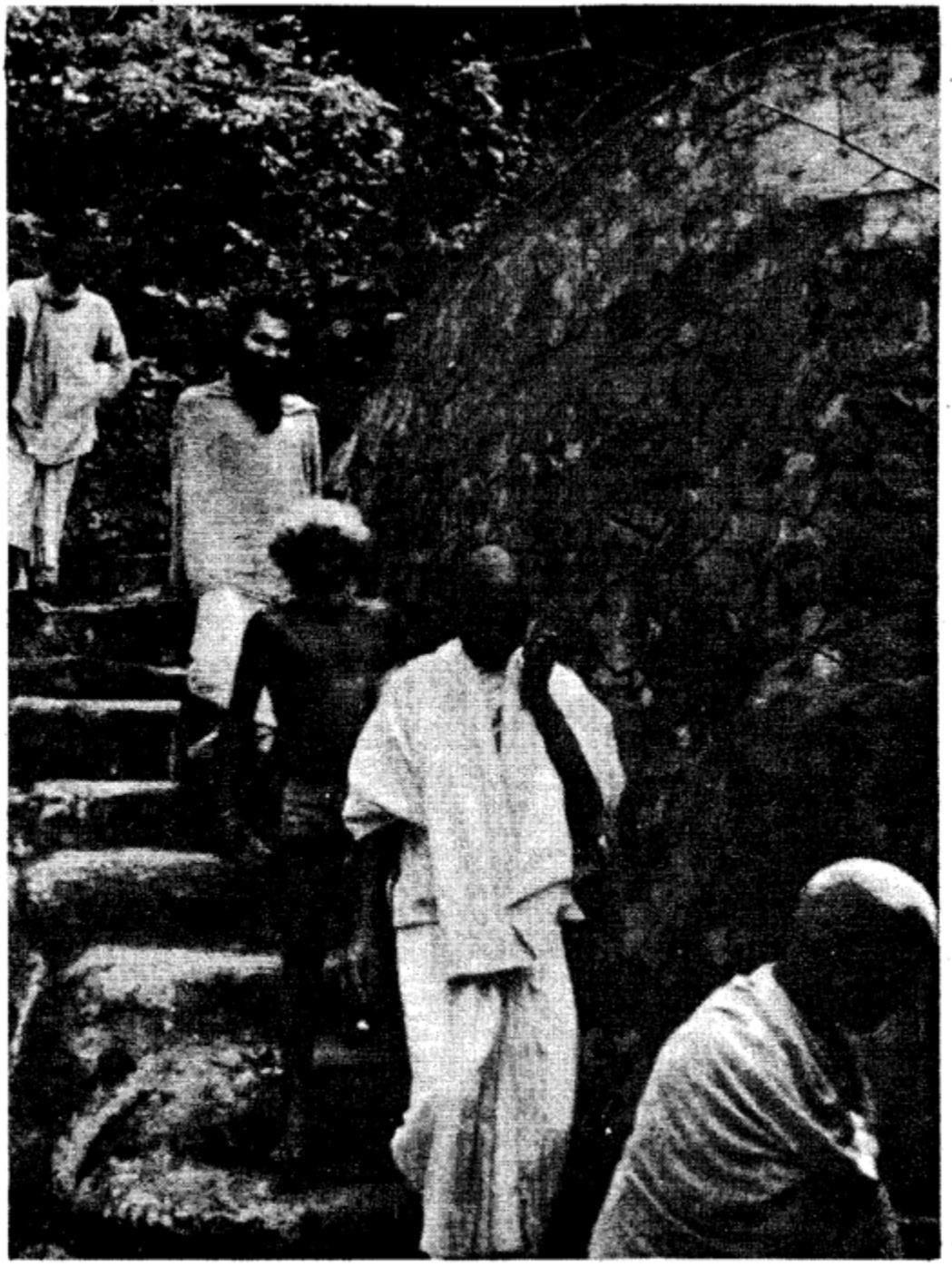
perfección, el "Samadhi", que une con Dios en un éxtasis paranormal, obtenible sólo en el último estadio de la concentración mental, a un hombre contemporáneo, que vive en las grandes ciudades. Su voz es tranquila, lenta, débil, sin entonaciones, sin inflexiones, como un sonido surgido de un instrumento, intensa, persuasiva. Sí, es posible, traduce el intérprete, pero es mucho, mucho más difícil. Está distante de nuestros problemas, de nuestra capacidad de conversar mediante palabras. Para él, aceptar esta comunicación, es salir a nuestro encuentro. Pedimos que nos diga algo de su historia, de cuando decidió transformarse en yogi y por qué, mediante qué experiencias había obtenido su actual grado de desapego respecto a su ser para alcanzar una total compenetración con el cosmos, con el todo. Cantidad de preguntas, una entrevista tradicional.

Tiene las manos juntas, los dedos entrelazados. Sonríe. No tiene historia, no tiene cuándo ni dónde. Es sólo presente, sin pasado y sin mañana.

De acuerdo a la doctrina hindú, está en el máximo de la realización. Para volver a la divinidad no tiene necesidad de otras reencarnaciones. Todo, según nuestra forma de valorar cosas y personas, está fuera de la lógica: la eterna juventud, el alejamiento de la realidad, los poderes mágicos ejercitados sobre sí mismo. Comienza a hablar: "Un hecho común a toda la humanidad es la aspiración a la felicidad. Pero para quien está atado a las cosas del mundo, es mayor el deseo de conquistar ventajas concretas. Mientras más obtiene estas cosas, más apura el deseo de llegar a la verdadera felicidad y se da cuenta de que en cada conquista de cosas materiales, el deseo de la verdadera felicidad no es satisfecho. La verdadera felicidad no está en las cosas del mundo y cada uno debe preguntarse a sí

mismo "¿quién soy? ", "¿cuál es mi camino en la vida? " "¿qué cosa quiero alcanzar? ". Y es ahí entonces que descubre que la verdadera felicidad consiste en el logro de la conciencia de la propia alma, del propio yo, descubre que cada uno lleva esta felicidad dentro de sí. Sirve para esto un ejemplo. Muchas veces en el campo te encuentras con charcos de agua que llega a estar verde por la suciedad. Pero si tú tomas un bastón y remueves la suciedad, puedes ver la claridad del agua. Y así ocurre con tu conciencia. La suciedad del mundo, que obra como una cobertura de tu yo íntimo, debe ser barrida para dar paso a un alto grado de conocimiento."

Lo vemos subir la escala, apoyándose en un grueso bastón, entrar en su gruta, sentarse con las piernas entrecruzadas, las manos apoyadas en las rodillas. Desaparece toda expresión de su rostro. Pierde también aquella indefinible dulzura, palidece lentamente, la respiración se hace más débil. El guía nos explica que aquellos que han llegado hasta los grados superiores de la disciplina yoga, adquieren espontáneamente los "siddhi", aquellos ocho poderes sobrenaturales que permiten, a quienes los poseen, obtener cualquier cosa, puesto que ya forman parte de los "seres celestes". Solamente así se puede comprender la capacidad de resistir por largo tiempo sin tomar alimentos, de resistir el hielo sin ropas, de entrar en "samadhi", el momento culminante de la doctrina yoga, el último estadio de la concentración mental, de la experiencia paranormal, del éxtasis. Pero los métodos espirituales y las prácticas que permiten alcanzar los "siddhi" son inaccesibles para nuestra mente. Incluso algunos discípulos del yogi, que viven con él en el "ashram", aún no han encontrado el camino para llegar a los conocimientos superiores. "El encuentro entre el estudiante que busca la verdad –dice



Himalaya, India. La pequeña comunidad, terminada la meditación, se dirige a la gruta que se encuentra más abajo para consumir la única comida de la jornada, hierbas y frutas. Las selvas de los Himalaya hospedan a numerosas comunidades además de yogis solitarios.

el guía– y el yogi que es su "gurú", su maestro, es decidido por el destino. El futuro yogi encontrará a su maestro sólo cuando haya alcanzado una madurez interior. Y si, posteriormente, el "gurú" y el díscípulo se debiesen separar, seguirán en comunicación sin importar la distancia, su voz sufre una transformación repentina, y se hace parecida a la del maestro".

El encuentro había sido positivo como experiencia personal, pero para nuestro reportaje, que tenía necesidad de manifestaciones exteriores, espectaculares, para concretar la documentación de la existencia real de los poderes mágicos en el mundo contemporáneo, el yogi de la montaña no nos había dado mucho. Estábamos impresionados y satisfechos del conocimiento de aquel extraño individuo, pero no habíamos podido registrar ningún episodio particular. Nuestras sensaciones, acrecentadas quizás por la misma sugestión de ambiente, no podían ser transformadas en secuencia cinematográfica.

Caminamos todavía por más de una hora. Al atardecer estábamos resbalando por el camino, inobservados como a la llegada. Nuestro guía–intérprete nos había ayudado a proseguir la búsqueda. Las laderas de los Himalaya hospedan a muchos yogis solitarios. En el borde superior de una cascada vaporosa, que brotando de una caverna se arrojaba en un salto de una veintena de metros, erguido sobre una piedra, descubrimos otro yogi. No nos habíamos percatado de él en verdad. El guía lo indicó agitándose por algunos minutos antes de que pudiésemos identificarlo, parado sobre una pierna, con la otra doblada y apoyada en la corva de la rodilla, inmóvil, con los brazos cruzados, los ojos fijos en el vacío. Llamamos, gesticulamos. El yogi parece

insensible. El guía busca un paso, bajo el ramaje verde, trepando por las orillas de la caída de agua; llega hasta un lugar más cerca, pero sin poder continuar. Lo llama, le dice algunas cosas que no alcanzamos a comprender, le indica tal vez nuestra presencia porque alarga un brazo hacia abajo, en nuestra dirección. Luego se vuelve hacia nosotros resignado: no hay nada que hacer.

Seguimos buscando aún al día siguiente. Encontramos otro yogi. Esta vez, por el contrario, él viene a nuestro encuentro, haciendo grandes gestos de llamada. Está en un calvero, al centro de una hondonada, en forma de anfiteatro, rodeada por algunas grutas naturales. Descendemos casi en carrera, respondiendo a gritos, mientras el guía nos sigue a disgusto.

Tiene alrededor de sesenta años, de barba descuidada, cabellos largos y grises. Ojos oscuros, profundos. Sonríe y nos invita a sentar en una piedra junto a él. Nos ofrece fruta y, sin necesidad de dirigirle preguntas, comienza a relatar su historia. Había formado parte del "ashram" del yogi, pero después se había alejado. El guía traduce molesto y tiene una actitud despectiva. Sacude la cabeza: "No, no. Vámonos. Es inútil". Nos tira de un brazo. "No es un yogi –explica– lo han expulsado". El hecho nos provoca curiosidad, pero el guía no está dispuesto a dar demasiadas explicaciones: "Lo han expulsado por indigno".

Para volver a Rishikesh, el camino pasa cerca del "ashram" del viejo yogi. Y lo vemos. Está al centro de la plataforma de piedra. Sentado en la posición de "flor de loto". Permanecemos por largo tiempo mirándolo. Parece de piedra, los rasgos rígidos, el pecho inmóvil, sin respirar. Un alumno de la comunidad nos dice que

Ya no recuerda su nombre, su edad, su historia. Ha vencido el hambre y el frío. Sus ojos pueden mirar durante horas el sol. El yogi del Himalaya, según sus seguidores, ha alcanzado la perfección del espíritu, no tendrá necesidad de otra rencarnación.

después de una concentración de grupo había entrado en "samadhi", el éxtasis que corona la doctrina yoga. Solamente él, en el grupo, tenía este poder. Para ellos, para la comunidad, él es la máxima enseñanza.

EN LAS FUENTES DEL GANGES

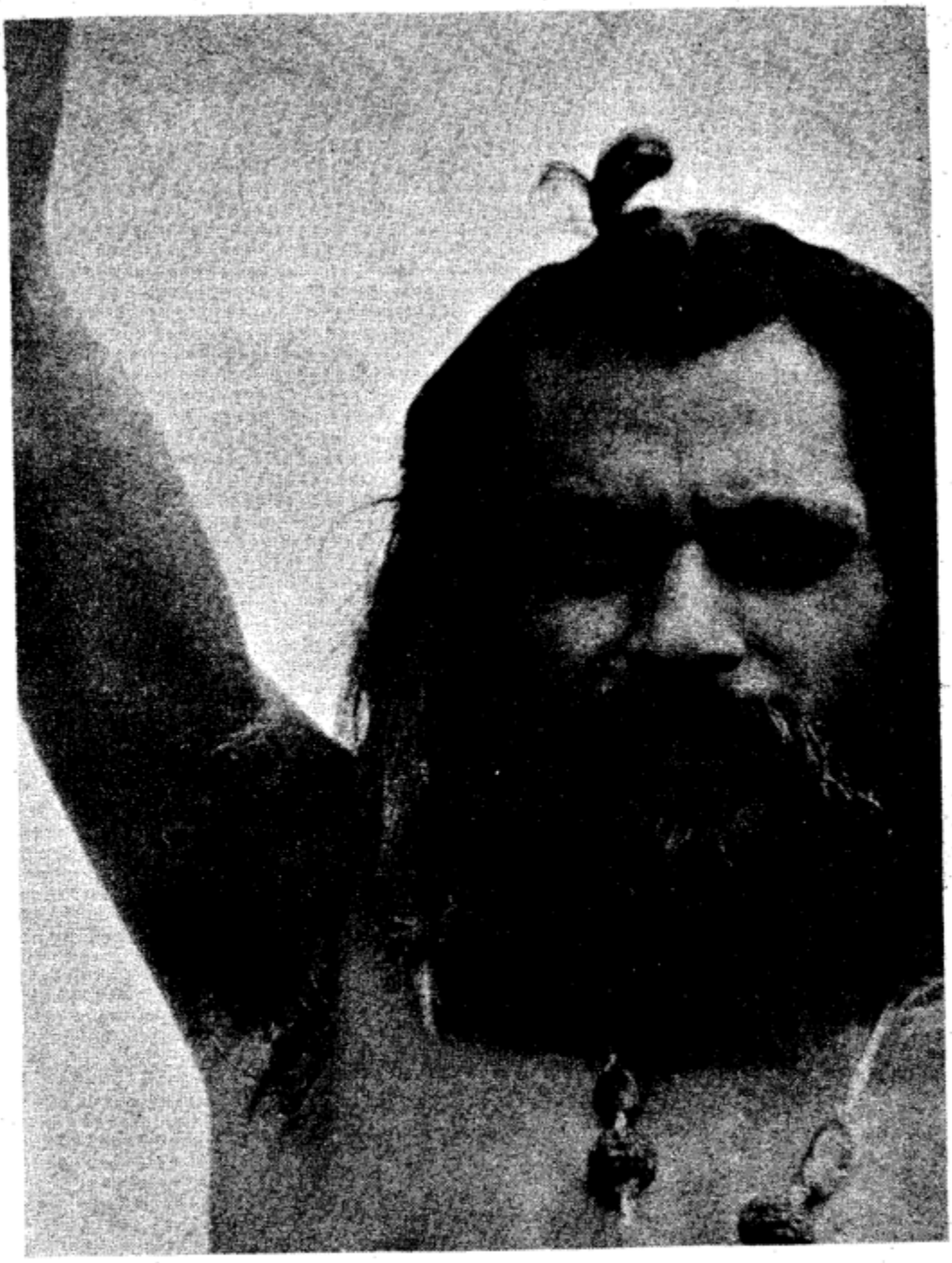
"Sociedad de la Vida Divina": es el centro más importante para la enseñanza dela doctrina yoga. La sede está en Rishikesh, una de las más importantes entre las ciudades sagradas del hinduísmo, un centro de "rishi", de santones shivaístas. Llegamos aquí luego de viaje entre los bosques y rocas de los Himalayas: intentamos filmar las técnicas yogas relacionadas con el control del cuerpo. Se trata de un nivel elemental del yoga, uno menos alto del que se alcanza con la concentración de la mente, pero que ofrece mayores posibilidades espectaculares.

En la sede de la "Sociedad de la Vida Divina" hay movimiento. Es el día de la celebración del nacimiento del jefe de la Sociedad, un hombre delgado, de rostro pueril, grandes ojos sonrientes, de cráneo rapado. Sri Swami Chidanandaji Maharaj está adornado con grandes collares de flores, en cuclillas sobre una alfombra multicolor. Han venido a visitarlo "gurúes" y "sadúes", monjes de los "ashram" y visitantes de otros países. Hay también muchos jóvenes, en su mayoría norteamericanos, llegados hasta aquí luego de haber vivido la experiencia hippy y son los más emocionados de la concurrencia. Un religioso condesciende a detenerse con nosotros. No puede permitir presentar nuestra petición al jefe de la Sociedad, que llama

Presidente, quizás para facilitarnos la comprensión de su posición jerárquica, sin antes habernos obligado a escuchar un breve curso de yoga.

"Yoga –comienza– es una palabra sánscrita que significa "unión del alma individual con el alma universal". Es una filosofía que pertenece a la más antigua tradición hindú. Transmitida durante siglos oralmente, el primer documento escrito es el "Shveta–Stvatava–Upanishad", en el que ya se hace mención a posiciones del cuerpo a técnicas respiratorias: "Así como un espejo cubierto de polvo resplandece deslumbrante cuando es pulido, así el alma que vive en el cuerpo resplandece cuando reconoce su verdadera naturaleza, averigua su verdadero objetivo y se libera de la angustia". El padre del yoga es Patanjali, que vivió en el año 700 antes de Cristo. En sus preceptos están señaladas las doctrinas del yoga clásico: la meta es la abolición de los sufrimientos para llegar a ser todo uno con la divinidad. La práctica yoga permite desarrollar poderes sobrenaturales, como predecir la duración de la vida de una persona, saber abandonar el propio cuerpo para morar transitoriamente en el cuerpo de otros. Pero a estos poderes no se les atribuye una importancia particular. Son conquistas accesorias del desarrollo espiritual de los yogis. Para ellos, el mundo interior es la realidad verdadera, mientras las cosas de la vida consideradas reales son sólo apariencia. El Yoga está al alcance de todos, porque no es una confesión religiosa, no va en contra de ninguna religión. Pero puede ser una ayuda espiritual para los practicantes de otras religiones.

"Las bases del yoga son el autocontrol y la disciplina del cuerpo y de la mente. Si un yogi usa los poderes que ha adquirido con fines egoístas, va directo a una derrota. Ya no es más un yogi divino: se convierte en un



Rishikesh, India. Santones "shivaístas", "rishi" "guru" y "sadu" llegan a Rishikesh, una de las ciudades sagradas del hinduísmo, en una peregrinación ininterrumpida. Es aquí que el agua del Ganges, saliendo de los bosques de los Himalaya, forma el curso del río sagrado.

hechicero de magia negra o en un charlatán del yoga, que se exhibe en las plazas para recoger algunas monedas.

"Muchas personas que llegan hasta aquí desde el Occidente, son atraídas por los ejercicios yoga porque piensan obtener la capacidad de leer el pensamiento, la comunicación telepática, y otros extraños poderes mágicos. Si alcanzan este objetivo, no permanecen aquí por mucho tiempo y vuelven a sus países ansiosos de asombrar a los otros o de comercializar sus nuevas facultades. El verdadero yogi, que está empeñado en alcanzar el nivel más alto de la superconciencia, por el contrario rechaza los poderes psíquicos que se pueden manifestar en él. Numerosas personas se han perdido, alejándose para siempre del resultado final, si bien en Occidente han conquistado la riqueza con el ejercicio de las prácticas mágicas".

El hombre nos habla con voz calmada, suave. Alrededor de nosotros hay silencio, un silencio apenas herido por una tenue salmodia que repite en continuos trémolos nasales la sílaba Om. En un país poblado de yogis, de santones, de monjes, constelado de ciudades santas y de "ashram", estamos en el centro de la más intensa espiritualidad. Es algo así como Asís para el mundo católico. Y aquí San Francisco es conocido, venerado, su espiritualidad es considerada similar a la del hinduísmo.

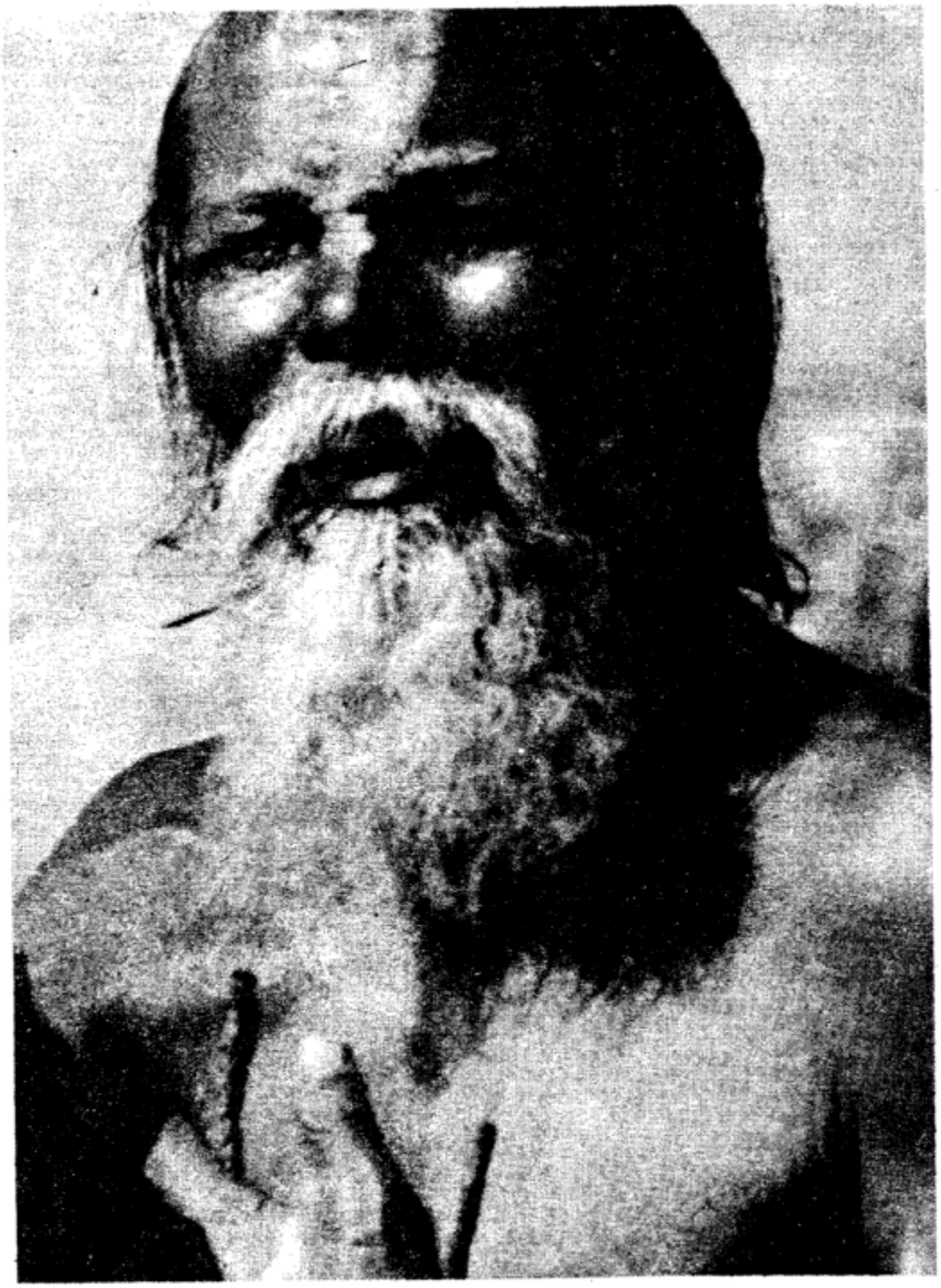
En Rishikesh el Ganges desemboca en la llanura y se ensancha. De una orilla a otra es atravesado por atestadas lanchas a motor. El río comienza aquí su vida religiosa, baña a los monjes vestidos con los "dhotis" anaranjados cuando, con las primeras luces del alba,

descienden de sus ermitas. Todavía no es el Ganges de Benarés, que recibe multitudes de fieles, cenizas de cadáveres, desechos. Aquí es límpido. Los bosques de mangos, en torno a la ciudad, son morada de simios, elefantes sagrados y "ashram" que ahora se están transformando en escuelas de yoga para norteamericanos y europeos, llegados aquí tal vez para buscar un nuevo equilibrio, después de haber rechazado las leyes inexorables de la sociedad occidental.

Nos damos cuenta que todos los problemas sociales parecen lejanos escuchando la larga exposición, aún aquellos que angustian a la India, con la superpoblación destinada a aumentar, a pesar de la campaña gubernamental para la limitación de los nacimientos, y con una gran miseria. Problemas que la religión considera secundarios respecto a la unión individual con Dios.

"El objetivo del yoga es el logro de una mística tan absoluta como para superar dolores y necesidades, para eliminar el pensamiento, conduciendo al yogi a derramarse en el supremo ser divino, como un río que va hacia el océano y allí desaparece perdiendo su indivualidad.

"El yoga comprende muchas disciplinas, aunque el fin, como hemos dicho, es siempre la Conciencia suprema. En el "Karma Yoga", por ejemplo, la realización es alcanzada con el trabajo y la acción; en el "Jnana Yoga", con la ciencia y el estudio; en el "Bhakti Yoga", con la devoción y el amor por el prójimo; en el "Mantra Yoga", con la repetición de invocaciones y sonidos determinados. El "Raja Yoga" es la forma más elevada de yoga: se inicia con el "Hatha Yoga" que



Rishikesh, India. Un peregrino de visita en la "Sociedad de la vida divina", el más importante centro de enseñanza de la doctrina yoga. Rishikesh está empapada de una intensa espiritualidad, como Asís para el mundo católico.

procura al cuerpo salud y vigor para resistir las dificultades de las etapas más avanzadas del adiestramiento. El "Hatha Yoga" es el yoga del bienestar físico y comprende seis fases. La primera fase es llamada "Asana", o posición; la segunda "Pranayama", o control de la respiración; la tercera "Pratyahara", o control de los nervios; la cuarta "Dhrana", o control del espíritu; la quinta "Dhyiana" o meditación; la sexta "Samadhi", esto es el estadio de la felicidad suprema o de la iluminación espiritual.

"El cuerpo es el templo del espíritu viviente, y por lo tanto la misión es llevarlo al más alto grado de perfección. Además los estadios más avanzados de conocimiento requieren una gran resistencia física. Y el cuerpo sin estas técnicas preparatorias no podría soportar los esfuerzos".

"¿Pero puede un hombre moderno, de nuestra civilización occidental, mejorar las propias condiciones físicas practicando el yoga? "

"Sí, puede practicar las posiciones yoga y los ejercicios de respiración y de relajamiento. Pero debe tener la precaución de no adentrarse sin un instructor, en los estadios más avanzados de las técnicas yoga".

"¿Hay límites para poder iniciar las prácticas del yoga? "

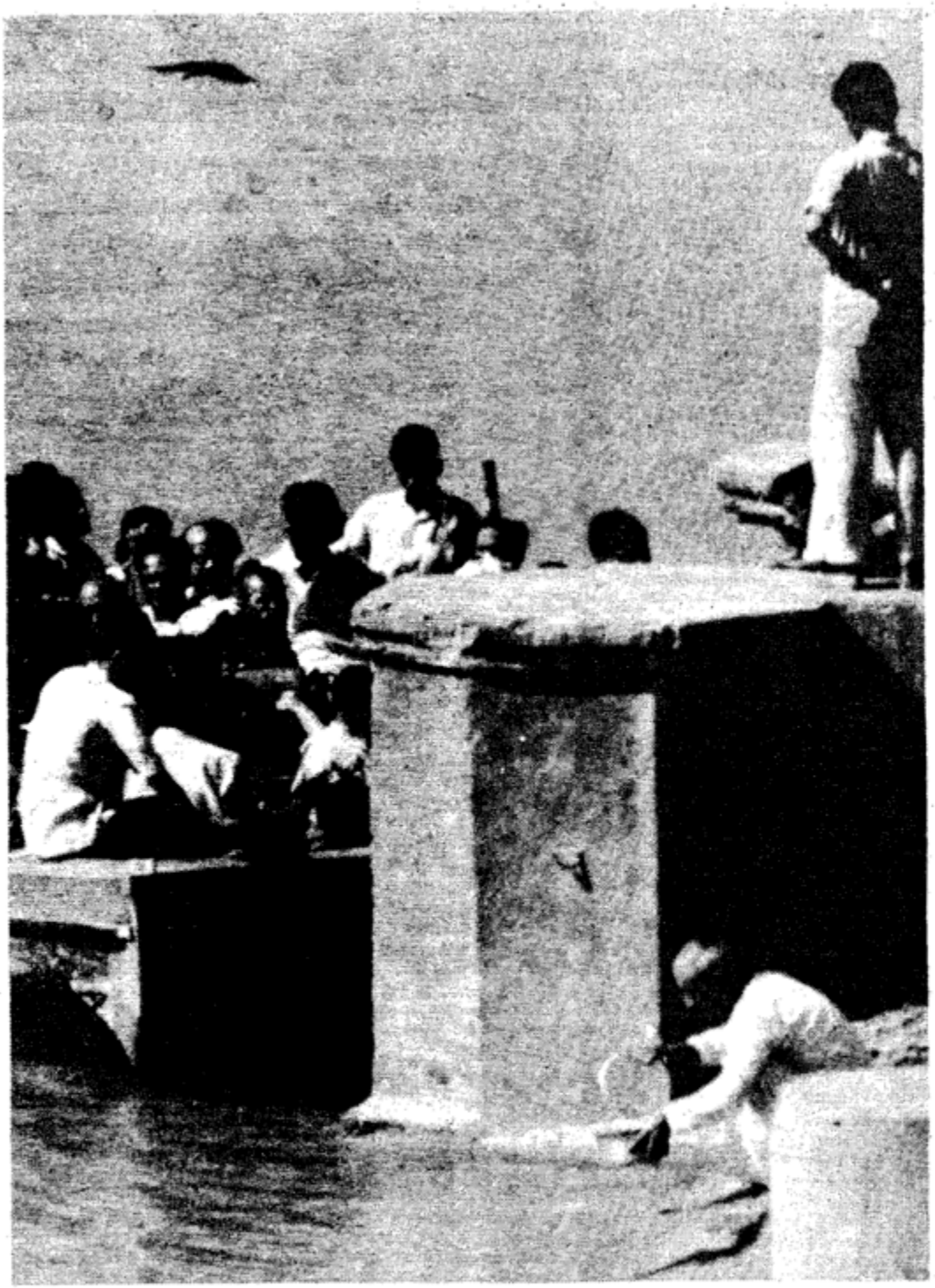
"Se puede iniciar a temprana edad, aún a los seis o siete años, pero sería peligroso en cambio después de los sesenta y cinco. Quien lo inicia pronto puede continuar el yoga por toda la vida".

"¿Y cuál es la diferencia entre los ejercicios yoga y las otras gimnasias? "

"Las Asanas" son técnicas aplicadas a la anatomía del cuerpo viviente, mientras que las gimnasias se aplican sólo a los músculos del cuerpo. Las posiciones yoga no desarrollan los músculos, sino que tienden a regular las funciones del organismo completo, a estimular la actividad de las glándulas, del sistema nervioso y de la mente. A través de estos ejercicios, algunos de los cuales han sido estudiados sobre el modelo del movimiento de los animales, el alumno adquiere equilibrio y vigor y todas sus capacidades son potenciadas".

Mientras el religioso concluye la descripción de la "Sociedad de la Vida Divina", nos damos cuenta por primera vez que somos partícipes de un extraño espectáculo. Hay un atardecer intenso y profundo, pero sin los resplandores rojizos de nuestro cielo mediterráneo. Los últimos rayos del sol son más tenues, acuarelados, de un naranja rosado. Nos llegan muy claras las voces salmodiantes de los religiosos, acompañadas por el redoble de un tamboril y el tintineo de unas campanillas: Figuras en sombra sobre los malecones del río. Luego algunas luces, centelleantes, blancas, las de acetileno, y amarillentas, ondulantes, las de las lámparas a petróleo. En la penumbra del atardecer, la pequeña ciudad adquiere una nueva claridad. De las casitas de Rishikesh salen personajes invisibles durante el día. Se sientan en el minúsculo rectángulo de tierra delante de las casas, se sientan junto a una luz, inmóviles, algunos con viejos libros y pergaminos apoyados en un atril.

"La "Sociedad de la Vida Divina" tiene como objetivo el impulso mundial de la espiritualidad. Nos



Rishikesh, India. De una orilla a otra, el Ganges es atravesado por lanchones a motor, atestados de fieles. Aquí el Ganges es límpido, no como en Benarés que va espeso de desperdicios, cenizas, cadáveres.

servimos de libros que imprimimos nosotros mismos y que tratan del yoga, de la religión, de la filosofía y de la medicina antigua. Además de ciclos de conferencias y charlas religosas, hemos organizado centros de instrucción para la práctica yoga. Tenemos también la "Ayurvedic Pharmaceutical Works" que prepara medicinas de gran calidad conocidas ya en la India y en el exterior. La Sociedad controla el "Yoga–Vendana Forest Academy" que recibe estudiantes de todas partes de la India y de los países de Europa, América, Asia, Indonesia y Malasia. Esta academia yoga tiene la misión de proporcionar los conocimientos de las diferentes técnicas del yoga y de preparar a los estudiantes para la más alta meditación en el plano espiritual. Bajo la guía de la dirección de la "Sociedad de la Vida Divina", los alumnos de la academia yoga han abierto y abrirán escuelas yoga en diferentes lugares del mundo.

"Para terminar, la Sociedad quiere ofrecer un paraíso de paz para la personalidad del hombre moderno, atormentada y traumatizada en el plano psicológico. El objetivo es la Vida de la Divinidad Universal. Actualmente, en el mundo, la demanda de espiritualidad es enorme. Todos llegan hasta aquí, sobre todo desde Norteamérica. Nos hemos encontrado impotentes para satisfacer esta demanda. Aquí hemos mirado por un instante en torno a nosotros, buscando a los mejores, que no son muchos. He ahí la razón de porqué también hemos tratado de atraer a nuestro seno a aquellos yogis que viven su vida de meditación en la soledad de las selvas que nos rodean. Tratamos de hacerles comprender que ha llegado el momento de ir al encuentro de los otros, de hacer partícipes de nuestra ciencia a los hermanos del mundo. Petición muy delicada y a menudo rechazada. Pero algunos han respondido a

nuestro llamado. Y han bajado de las montañas para venir en medio de nosotros, transformándose en maestros para todos. Aquél que les presentaremos esta noche es precisamente uno de los más famosos yogis de la montaña, que ha pasado ahora a dirigir nuestra academia de yoga, aquí en Rishikesh".

Después de las últimas casas de Rishikesh, de inmediato nos rodea la selva, árboles tupidos, senderos apenas dibujados en la hierba, cubiertos por el follaje, en lontananza se divisan los picos violáceos de las montañas, un nudo de vegetación apenas interrumpido por los lugares poblados. Cuando llegamos al "ashram" de yoga ya está oscuro. En los últimos minutos habíamos caminado a tentones, siguiendo a un guía, pero el silencio y la oscuridad nos habían hecho pensar que éramos conducidos fuera del camino. Vacilábamos al apoyar los pies en el suelo. Finalmente un gesto del guía indicó algo entre los árboles que ya se habían transformado en manchas oscuras. Luego comenzó a trepar la colina para avisar al yogi de nuestra llegada. Quedamos solos por más de una hora, frente a la mancha oscura indicada por el brazo alzado del guía antes de desaparecer. No podíamos ni sabíamos dar un sólo paso adelante y tampoco volver atrás. Y además, ¿dónde ir? ¿Y el encuentro programado con el yoga bajado de la montaña?

Finalmente vemos un resplandor, una linterna que se mueve, en mitad de la subida, hacia nosotros. Luego se sienten pasos. Finalmente llega el guía, acompañado por dos muchachas que se presentan. Son una americana de Los Angeles, quejumbrosa, de media edad, que ha recibido el encargo del yogi para cuidar de la administración de la escuela, y una deliciosa sueca,

rubia, de cabellos cortos. Tiene una mirada cautivadora pero mantiene siempre los ojos bajos. La voz nasal y las preguntas burocráticas de la norteamericana rompen la atmósfera encantada. Debe ser la ex–secretaria de algún manager rico y pedante. Tratamos de abreviar diciendo que ya teníamos la cita con el yogi para las diez de la mañana del día siguiente. Ya la habían fijado en la sede de la "Sociedad de la Vida Divina".

Un hombre huidizo, huraño, taciturno. Se ha presentado por pocos minutos en una sala grande, desnuda, con las paredes blancas y los marcos pintados de azul, el piso de ladrillo. Un ambiente modesto como en ciertos conventos del campo. Delgado, de edad mediana, cubierto por un paño blanco ceñido en los costados y pasado entre las piernas, cabellos oscuros, largos, desgreñados. Mientras pasamos de una a otra sala del "ashram", conociendo a los huéspedes, muchos norteamericanos, jóvenes y adultos, el yogi asoma por el patio, tras una ventana, por una puerta. Luego desaparece. Queremos pedirle que nos dé una demostración de ejercicios yoga de alto nivel, de los que él es capaz, lo sabemos. Ha estado durante años y años en los bosques de los Himalaya, y ahora, invitado por la "Sociedad de la Vida Divina" ha venido a dirigir el "ashram" y a enseñar el yoga. Ha aceptado, pero conserva su desapego de las cosas y las personas, manteniendo su absoluta e indiscutida autoridad sobre el grupo de alumnos. Es él quien los escoge, luego de un período de prueba, para conducirlos consigo hacia los grados superiores del yoga. Su no es inapelable, y la devoción, el respeto y la dedicación que recibe de los alumnos son totales.

Ahora se ha reunido un grupo de alumnos en la sala, y

ejecutan una serie de ejercicios: respiración rítmica, a pleno pulmón, usando la capacidad completa de la caja torácica, que nosotros, habitualmente, llenamos sólo en la parte alta, con una respiración asfíctica. Es el "pranayama", el control de la respiración. Un joven, occidental, de largos cabellos rubios, con túnica blanca, se dedica a una cura higiénica. Levanta una pequeña garrafa llena de agua. Introduce el pico en una fosa nasal, vierte el agua en la nariz e inspira, haciendo correr el agua hacia el interior, y luego la devuelve a través de la otra fosa.

Una muchacha, también occidental, escandinava tal vez, introduce en su nariz un cordoncito de gasa húmeda, lo hace subir hasta llegar a la comunicación con la garganta, luego lo hace salir por la boca. Son movimientos estudiados, delicadísimos, que tocan, conductos delicados y frágiles de la cabeza. Sería imposible practicarlos, sin experimentar dolores agudos y sin provocar lesiones antes de haber alcanzado una precisión de gestos y de ritmos. Una limpieza de los conductos del rostro que debe preludiar a una limpieza interior, un control de los músculos y de los nervios que debe preparar a la sublimación de la voluntad.

El yogi está en un ángulo, y nos observa siempre con sus ojos severos. Para él somos los intrusos que han roto la quieta meditación de su "ashram" los curiosos que jamás llegarán a comprender el significado espiritual de aquellos lavados, de esas respiraciones profundas e intensas, de aquellos ojos mantenidos por largo tiempo desviados y vueltos hacia arriba, hacia la glándula pineal, asiento del pensamiento y la voluntad.

Ahora se acerca, sin hablar nos invita a pedir lo que

queramos. Un ejercicio más elevado, que pueda indicar el grado de perfección al que él ha llegado durante los años de soledad en la ermita de los Himalaya. No, hoy no puede. Debería estar en ayuno durante bastantes horas, y en cambio ha bebido algo, ha comido una fruta. Dice esto y desaparece.

Vuelve después de algunos minutos. Sostiene una bandeja con una pequeña fuente con agua. La apoya en el suelo, al centro de la habitación, delante de él. Se sienta sobre los talones. Permanece inmóvil por una decena de minutos. Luego, de pie, comienza a mover el abdomen, lo contrae, lo infla, lo hace girar. Pareciera que sus órganos internos, estómago, intestinos, hígado, bazo, están desprendidos e independientes. Emergen de la cavidad intestinal y se contraen hacia el interior, originando hinchazones y vacíos.

El yogi se agacha, coge la punta de un rollo de gasa que está sumergido en el agua de la fuente. Lo introduce en la boca y comienza a tragar lentamente. Desenrolla la gasa, una larga venda de más de diez metros, mueve el estómago para favorecer el descenso, traga con un ritmo continuo, hasta que entre los dientes no le queda más que el último extremo. En este punto se inclina lentamente hacia adelante, y voltea el estómago a derecha e izquierda. Es una bolsa separada del cuerpo, que se levanta del abdomen dando la impresión que se hubieran desprendido las vísceras. La hace girar, la recoge, la dilata, moviendo el paquete de gasa en el interior del estómago, de manera que pueda frotar todas las paredes para limpiarlas. Es un ejercicio extremadamente difícil, arriesgado. Bastaría un golpe de tos, una respiración mal acompasada, para provocar la asfixia. La gasa ha descendido hasta el estómago a través

del esófago sin provocar esfuerzos, sin provocar oclusiones, permitiendo al mismo tiempo la respiración. Los órganos internos, que por naturaleza tienen movimientos y reflejos completamente ajenos a la voluntad, están perfectamente dominados, responden a los deseos del yogi, del mismo modo como nosotros podemos ordenar a un brazo que se alce o se baje.

La limpieza del estómago dura bastantes minutos. Y siempre el hombre nos mira con sus ojos redondos, severos. Aferra la punta que tiene entre los labios y comienza a tirarla afuera, de a poco, deteniéndose cada vez. Con un último gesto de la mano se libera de la gasa. Respira profundamente, con un rumor sordo. Luego sonríe débilmente.

ENTERRADO VIVO

Partimos de Rishikesh a Nueva Delhi, y desde aquí, en avión, de nuevo hacia el sur, hasta Hyderabad, para encontrar a otro yogi famoso y popular, que podría darnos demostraciones aún más difíciles. Era preciso hacer un largo viaje, pero convenía ir y tratar de convencerlo. Ya nos habíamos encontrado antes en la zona centro–meridional cuando fuimos a Putthaparty, y luegos nos habíamos dirigido hacia el norte, con el topacio de Sai Baba en el bolsillo y los alfileres–emblema con su fotografía, para buscar al yogi de los Himalayas. Pero este ir y venir era ya un método aceptado para poder realizar la investigación que nos interesaba y una necesidad de las zonas por las cuales nos movíamos. Por otra parte, el teléfono privado en la India es un lujo, una rareza; además, a menudo, sin puntos de referencia precisos, sin informaciones concretas, debíamos partir, en cada oportunidad, para verificar la exactitud de una indicación. Había que seguir el hilo de lo imprevisto, sin poder establecer un itinerario ni un plan de citas.

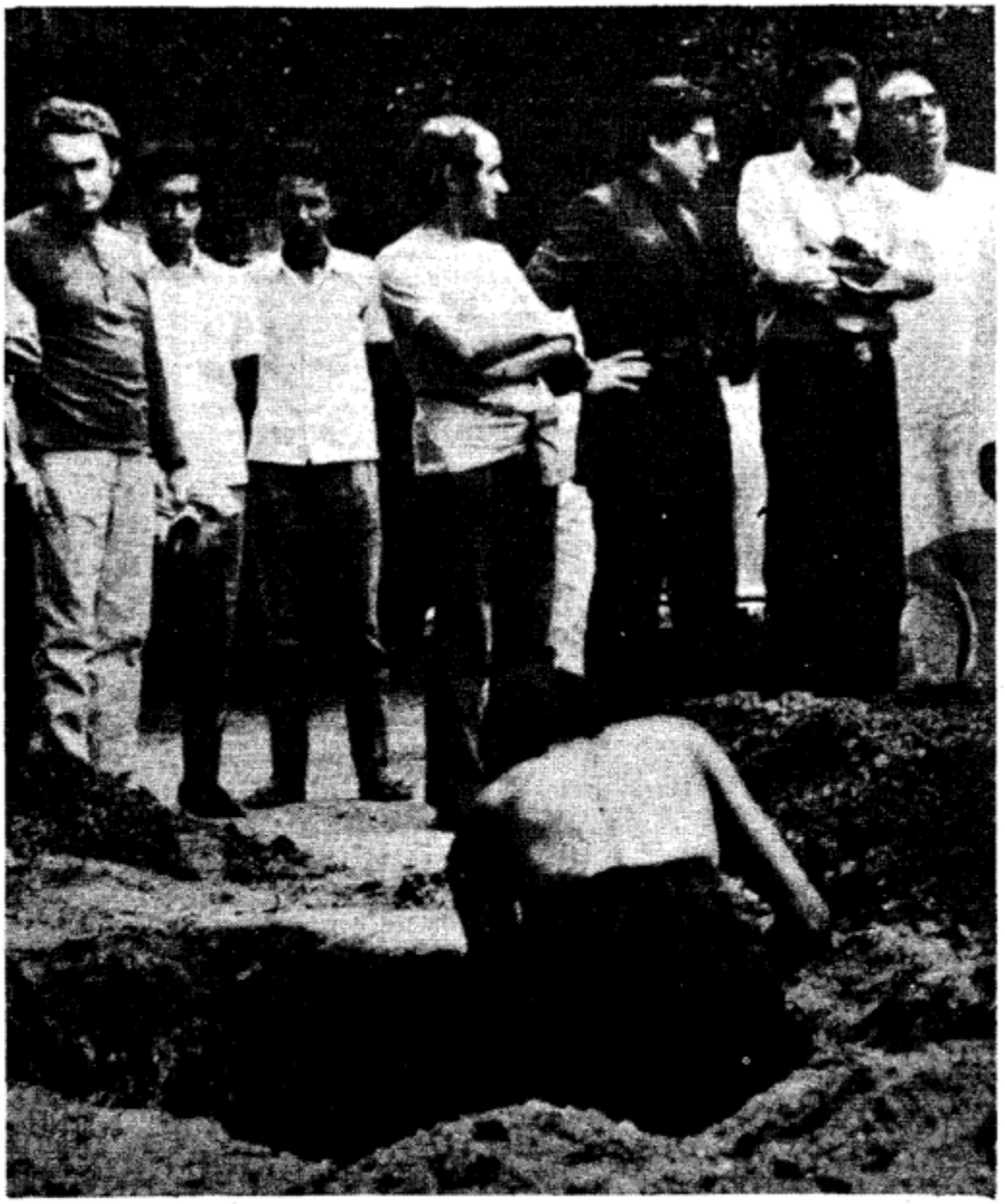
También Rishikesh nos había ofrecido una experiencia interesante. Volvíamos al sur con dudas distintas de las suscitadas por el encuentro con Sai Baba. Habíamos asistido a una serie de "Asanas", ya a alto nivel, para el logro del bienestar físico. Pero, nos

preguntábamos durante el vuelo, ¿todos esos alumnos occidentales, aquellos muchachos norteamericanos hospedados en el "ashram", podrían progresar aún más o estaban ya en el nivel máximo alcanzable por un occidental? Era muy probable que el joven que había adelgazado una cuarentena de kilos en pocas semanas y ahora sabía entrecruzar las piernas sobre el dorso y hacer deslizar los pies por las espaldas, hasta apoyar las plantas sobre las mejillas, sosteniendo el peso del cuerpo transformado en un ovillo casi animalesco, se habría detenido ante el aspecto mágico de las nuevas facultades adquiridas.

A su regreso a Norteamérica lo acogerían como un mago, y probablemente como un maestro de magia. Incluso alguien lo convencería para abrir una nueva escuela de yoga en California, y seguramente encontraría alumnos y seguidores entre las mujeres ancianas e insatisfechas, los hombres frustrados y preocupados por su virilidad en descenso, jóvenes neuróticos e inseguros. Se lanzarían sobre el yoga convencidos de encontrar en ello el curalotodo para todos sus problemas, esperando, mientras meditan con el cuerpo contorsionado y la cabeza enterrada entre las piernas, ser tocados por la felicidad.

En Hyderabad, el presidente del "Patanjali Yoga Research Institute" es el Doctor G.S. Melkote, miembro del Parlamento hindú. Un hombre sobre los setenta años, alto y corpulento, hábil para hablar y para hacerse obedecer por sus colaboradores, notable como hombre político y como experto en yoga.

El Instituto de Hyderabad es una construcción de dos plantas rodeada por un jardín cercado. Hay una escuela



Hiderabad, India. En el jardín del "Patanjali Yoga Research Institute", la "troupe" televisiva italiana asiste a la excavación de la fosa que debera contener el cuerpo del yogi Ramananda. En la foto: el operador Gianni Sanga, el técnico de sonido Claudio Ricordi, el director de fotografía Guido Bertoni, el coordinador Vittorio Giovannelli, el director Sergio Giordani, el productor encargado Filippo Ottavi, el yogi Ramananda y (con el gorro blanco) el presidente del Instituto, el doctor G.S.Melkote, miembro del Parlamento hindú.

yoga, una pequeña farmacia de productos naturales, extractos de hierbas y minerales, un par de salas destinadas a hospital. Aquí se curan, a través del "Pranayama", la técnica yoga de respiración, úlceras, males de la piel y enfermedades de los ojos. El instituto ha nacido para tratar de utilizar los efectos positivos y benéficos del yoga en sus diversas orientaciones, el desarrollo psico–físico y la salud del cuerpo. No hay grandes equipos médico–científicos, a excepción de algunos instrumentos elementales. El ambiente es el de un policlínico ambulatorio adinerado. Pero la empresa debe ser grande, y grande debe ser también el proyecto del doctor Melkore que está a sus espaldas. Lo revela una enorme inscripción semicircular, que está sobre la puerta de entrada, sobre un fondo azul, con letras gigantes. En la única sala, arreglada con cierta pretensión, el presidente nos presenta al personaje que mantiene la fama y la fortuna del Instituto, el yogi Ramananda, un hombre alto, atlético, de cabellos grises, grandes ojos aterciopelados y una eterna sonrisa enigmática y dulce.

Es otro yogi que ha abandonado la ermita y la meditación para bajar a la ciudad, y colocar sus poderes al servicio de la ciencia. Es vice–presidente del Instituto, maestro de yoga, médico de los enfermos del hospital, y él mismo, objeto de estudio y de observación.

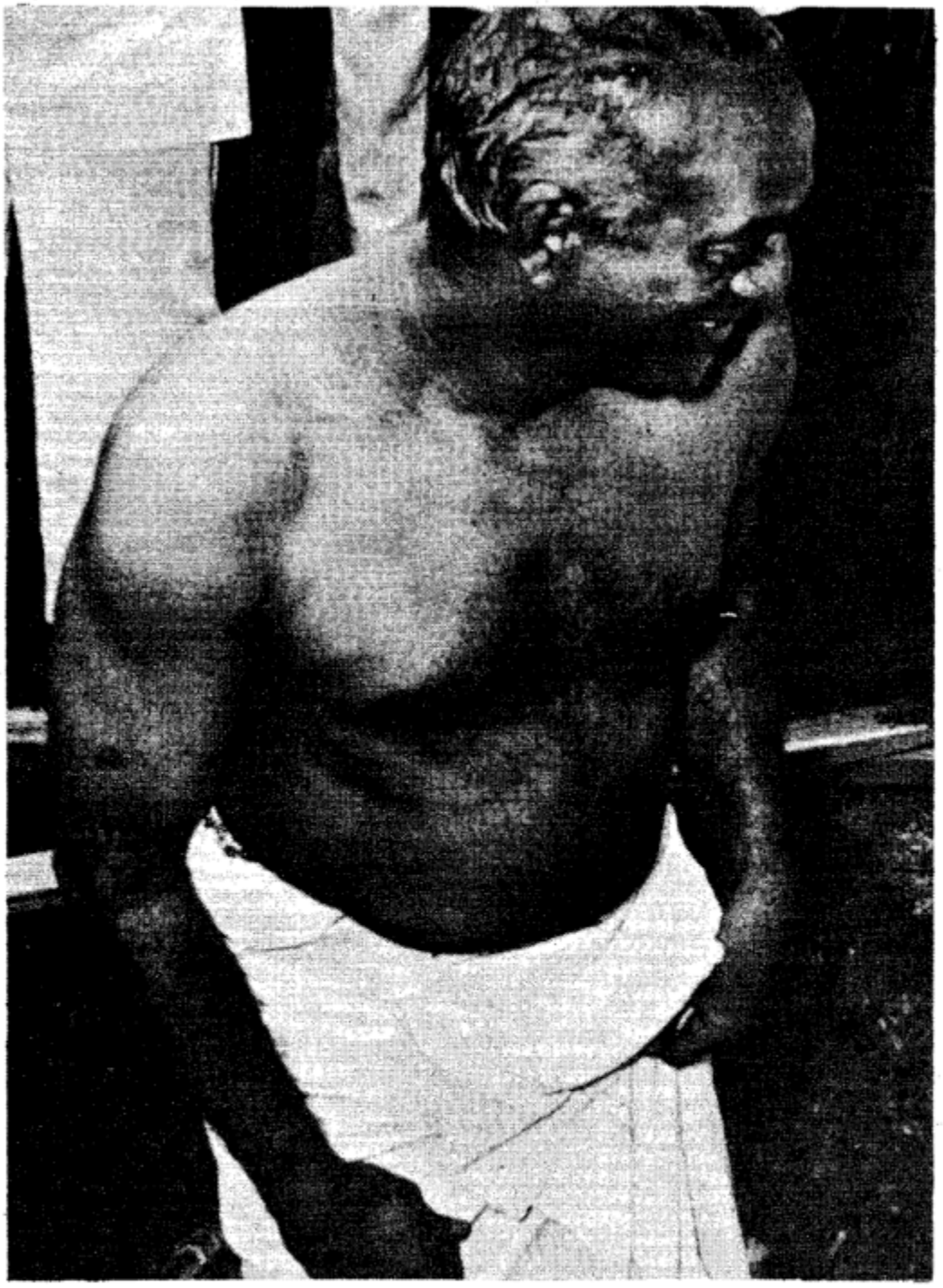
Tiene una bella esposa, con la que se casó al llegar a la ciudad, que en cierto modo hace el papel de enfermera en el Instituto, y un hijo de ocho años. Sobre la mesa de la salita, el niño nos da las primeras demostraciones de su habilidad, ejecutando algunos de los más difíciles ejercicios de "Asanas", con desenvoltura, elegancia y agilidad. Es muy rápido para doblarse, contorsionarse,

hacerse un ovillo, extenderse y cambiar a nuevas posiciones, como una araña humana.

Luego es el yogi quien se extiende sobre la mesa, y mientras tanto la sala se ha colmado de colaboradores del Instituto, de enfermos, de curiosos. Ramananda se somete a un experimento que debería llevarnos a comprender los poderes de su voluntad. Un fenómeno estrechamente ligado al propio cuerpo: por fin algo evidente, verificable. El yogi nos mostrará cómo, con la sola voluntad, podrá reducir la respiración, disminuir los latidos del corazón y las pulsaciones, hasta dar la impresión de que se ha muerto.

Extendido sobre la mesa, con su sonrisa inmóvil, cierra los ojos. La respiración, al principio regular, se atenúa hasta llegar a ser imperceptible. Un espejo, llevado hasta la altura de la boca por el diputado Melkote, queda con el brillo inalterado, sin señas de empañamiento. Parece muerto. En este momento, Melkote nos invita a apoyar una mano sobre el pecho del hombre, a tomarle el pulso. Los latidos son débiles, cada vez menos perceptibles, hasta desaparecer. Así permanece por algunos minutos. Luego, lentamente, Ramananda recobra su estado inicial, y vuelve la respiración, regresa el ritmo del corazón, el latido de las pulsaciones, evidentes, acompasadas, regulares. Con un leve, esfuerzo, el yogi se levanta y se sienta sobre la mesa, ahora su sonrisa es amplia, satisfecho de nuestro asombro.

Pero es sólo el comienzo. Podremos ver algo más extraordinario. Un fenómeno que limita con lo mágico, que todavía no podemos encontrarle explicación. Son bastantes, muchachos y adultos del instituto, los que



Con el torso desnudo y el dhoti que lo envuelve durante toda su vida, el yogi Ramananda desciende a la fosa de un metro de ancho y dos metros de profundidad. Allí permanecerá, sepultado, ocho horas.

palean la tierra en el jardín, cavando una fosa rectangular: deberá contener el cuerpo vivo del yogi. Dos manejan el pico y los otros quitan la tierra acumulada con cestos y palas. Rápidamente la fosa está concluida. Tiene una anchura de un metro y de profundidad un par de metros, de longitud otro tanto. En el fondo se colocan dos troncos de madera, y sobre ellos se extiende una cubierta. Nada más. Durante estos preparativos, el yogi permanece apartado, ha dispuesto sobre un banquito de madera un pequeño altar. Quema incienso en honor de algunas divinidades representadas en dos tablitas pintadas. Es una ceremonia solitaria y recogida, que subraya el contenido singular del experimento al que asistiremos. Ramananda ha aceptado darnos una demostración de sus poderes, pero para él la realización de eso no puede ser sólo algo exterior, público, no debe estar separada de sus significados místicos. El, el yogi, está condicionado por una rigurosa observancia del ritual religoso. Con un gesto autoritario, el diputado aleja a los curiosos, que ya se han transformado en una multitud que se apretuja al borde de la fosa.

Ramananda avanza hacia la fosa, con paso lento y seguro, con el torso desnudo, con un "dhoti" que le llega hasta los pies y que no abandona jamás. Desciende a la fosa y, todavía de pie, junta las manos, las lleva hasta la altura del rostro, hace una inclinación en señal de saludo, y se extiende sobre los troncos del fondo. Se coloca sobre él un lienzo blanco y rápidamente dos hombres comienzan a palear la tierra recubriendo la fosa hasta arriba. Entonces los presentes avanzan, pisotean la tierra removida, la apretan. Un hombre del Instituto desparrama semillas y flores sobre la fosa, símbolos de la nueva vida vegetal que puede nacer sobre el cuerpo del

yogi sepultado. Luego rocía con agua la tierra.

El diputado Melkote nos mira y sonríe. Sonríen también la esposa de Ramananda y las otras personas del Instituto, quizás para demostrar la simplicidad del hecho. Para nosotros, por el contrario, tiene un significado terrible, pensamos en el riesgo que aquel hombre está corriendo bajo tierra. Y también pensamos en un posible truco. Pero el lugar donde excavar la fosa lo habíamos elegido nosotros, la profundidad de la fosa la habíamos indicado nosotros, de modo que fuera posible la toma fílmica. Y todo se ha desarrollado bajo nuestros ojos y ante los lentes de las cámaras. No queda más que esperar la exhumación. "Ocho horas", ha dicho Ramananda. No tendría ningún problema en prolongar el experimento por un tiempo más largo, puesto que antes ha sido capaz de permanecer enterrado en la tumba voluntaria hasta por 28 días, sin comer ni beber, sin cambiar el aire, sin hacer ningún movimiento.

Algunos días más tarde nos dirigimos a Nueva Delhi, al Instituto Panindio de Investigaciones Médicas. Aquí la atmósfera es la misma de los institutos universitarios occidentales. Eficiencia, delantales blancos, equipos, técnicas de alto nivel. Es un edificio nuevo con laboratorios de análisis y equipamientos modernos. El salto desde el "Patanjali Yoga Resech Institute" es brusco, casi violento. Y en este país, el propio Instituto Panindio, es casi una rareza: aquí el experimento de Ramananda será repetido. Los últimos controles sobre un yogi sepultado pertenecen a una decena de años atrás. La experiencia, para los médicos del Instituto Panindio, es una oportunidad de indudable interés: también para ellos no es fácil encontrar sujetos que tengan estas capacidades. Y cuando los encuentran, no

El yogi Ramananda sonríe a la cámara filmadora algunos instantes antes del sepultamiento. Ramananda comenzó a practicar el yoga a la edad de dieciocho años.

siempre están dispuestos a someterse a los experimentos científicos. Puede constituir para ellos casi una contaminación, una profanación, la presencia de aparatos y ojos extraños durante el momento más intenso y sublime de concentración de la voluntad.

Mientras el equipo médico procede a la preparación de los aparatos, se nos pregunta si nos opondríamos a que asistieran al experimento los periodistas extranjeros destacados en Nueva Delhi y algunos representantes de la prensa local.

Aquí el yogi no será sepultado, sino encerrado en una caja blindada, cerrada herméticamente, con una escotilla a un costado para poder observarlo directamente.

"Doctor Chhina, ¿qué cosa es un yogi? "

"Me es difícil responder a esta pregunta por cuanto no considero el problema desde ese punto de vista. Lo que me interesa, por el contrario, es "qué cosa hace un yogi". El yogi influye sobre las funciones de su cuerpo y si yo encuentro efectivamente en él alguna cosa distinta de las otras personas, entonces trato de entenderlo, trato de explicarlo".

"Usted ha dicho que el yogi influye sobre las funciones del propio cuerpo, cosa que los otros no hacen. ¿Podemos definir al yogi como un superhombre? "

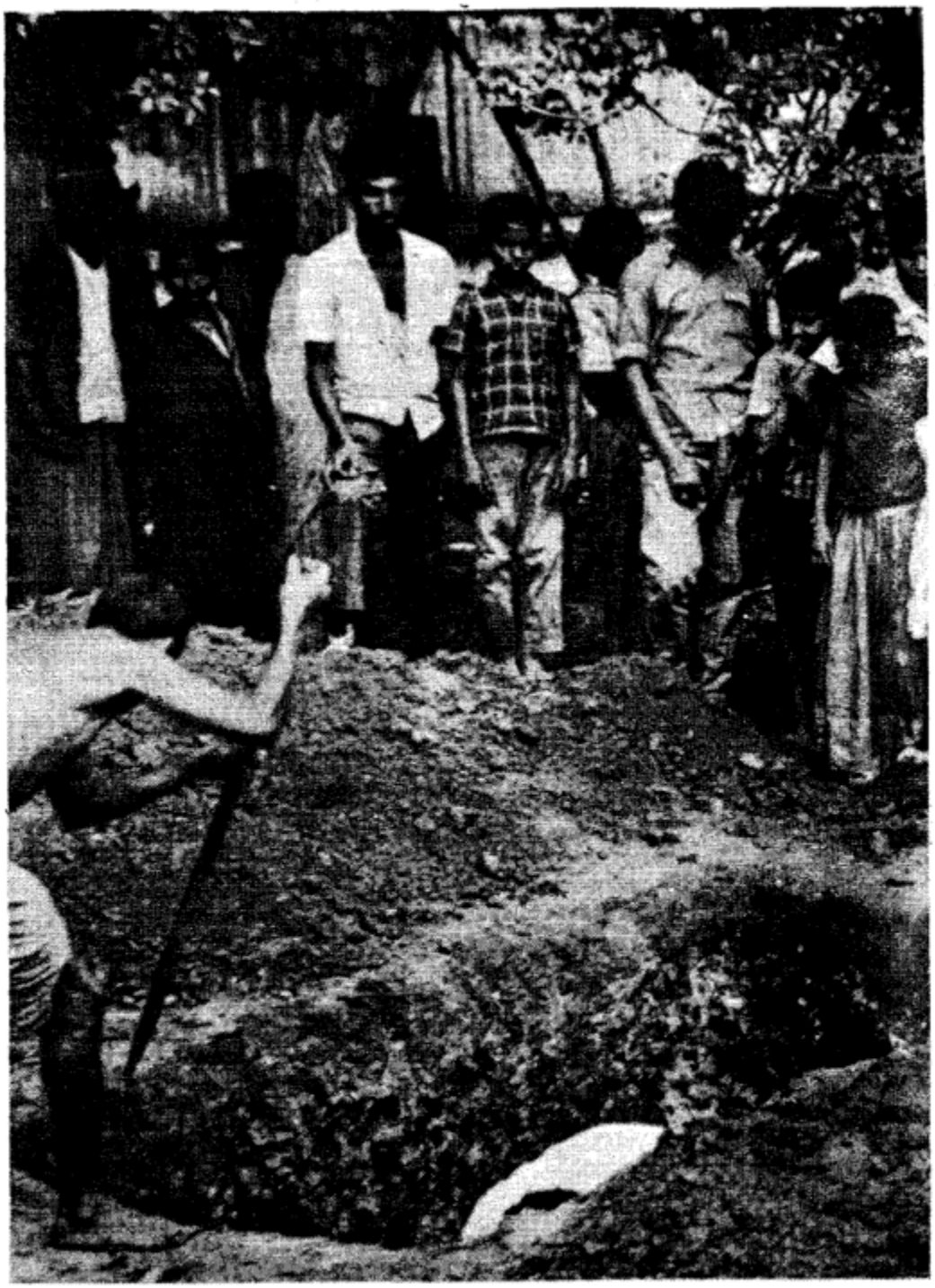
"Ciertamente. Hay cosas que los yogis hacen y que un individuo común no está en condiciones de realizar. Con la práctica y los ejercicios apropiados, ellos obtienen mejores resultados que un individuo normal".

Mientras el doctor Chhina habla, observamos el contraste entre su aspecto, con la barba y el turbante, los ojos oscuros, fijos, magnéticos, en suma el hindú tradicional que hemos conocido a través de las descripciones oleográficas, y los instrumentos científicos que sus asistentes están preparando para el experimento. El doctor Chhina dirige el departamento de fisiología del Instituto Panindio de Investigaciones Médicas. Tiene una cultura y una formación occidentales, y ahora se encuentra à la cabeza del equipo médico que deberá controlar y seguir el experimento al que sometemos al yogi Ramananda.

"El yoga es la ciencia de las ciencias. En la India, desde los tiempos antiguos, no hacemos distinciones entre materia, espíritu y mente. Son la misma cosa a diferentes niveles de existencia. Los estudiosos dicen que la materia y la energía son la misma cosa, y por tal razón la materia puede ser transformada en energía y la energía en materia. Si una persona puede transformar sus percepciones en energía, entonces tendremos un hombre, o un superhombre, como ustedes quieran llamarlo, con los sentidos muy desarrollados".

"Hemos visto en el Instituto Patanjali de Investigaciones Yoga, que con el yoga es posible sanar algunas enfermedades."

"Sabemos que algunas enfermedades, aquéllas que llamamos psicosomáticas, pueden ser fácilmente sanadas con un sistema yoga. En nuestras indagaciones científicas, hemos descubierto que cuando un yogi está en meditación, el electroencefalograma registra una actividad "alfa", que no refleja los estímulos externos. Cuando ha alcanzado este estado de meditación, se



Una pequeña muchedumbre atónita y admirada sigue el sepultamiento del yogi. El yoga, doctrina aristocrática, asombra, con sus poderes paranormales, a los mismos hindúes.

siente perfectamente relajado, y no advierte ni la fatiga ni el dolor. Por eso estoy seguro que las enfermedades psicosomáticas que dependen de este mecanismo, esto es de las emociones y del estado físico que se deriva de ellas, pueden ser curadas con el yoga. Ahora ya sabemos que la práctica del yoga puede conducir a un control voluntario de algunas funciones autónomas del organismo. Algunos yogis afirman que pueden ser sepultados bajo tierra y permanecer allí por días y días sin alimentación de oxígeno. El Yogi Ramananda declara haber permanecido bajo tierra por un período de 28 días. Pero nosotros creemos que cierta cantidad de aire se podría haber filtrado a través de las capas de tierra que estaban sobre él en la fosa. Por eso las observaciones hechas sobre la cantidad de oxígeno y de anhidrido carbónico contenidos en el hueco, no habrían podido dar una idea exacta de la cantidad de oxígeno utilizada por el yogi. Esa es la razón por la que Shri Ramananda repetirá hoy el experimento en este "box" metálico cerrado herméticamente y usado por nosotros para otros experimentos similares".

Lo que el doctor Chhina ha definido como un "box" metálico, ha sido colocado en una gran sala repleta de aparatos, cables y filamentos que terminan todos en la caja de metal a través de aberturas selladas. El box es un poco más ancho que una cabina telefónica normal, pero más bajo. Una persona no cabe de pie. La entrada se sella por el lado exterior. En el interior del box hay un pulsador conectado a una campanilla para permitir al yogi avisar cuando desea poner fin al experimento. Hay también dos recipientes, uno con agua potable, y el otro para recoger la orina eliminada. En la sala, entretanto, se ha reunido bastante gente. Médicos del Instituto, auxiliares, periodistas y fotógrafos hindúes y

extranjeros, e invitados para la ocasión. Hay confusión, una atmósfera en ciertos momentos excitada, de reunión social.

Ramananda entra en la sala en silencio, de tal forma que en un primer momento se desliza casi inadvertido, con su acostumbrada sonrisa. Se quita el lienzo que le cubre las espaldas, quedando con un paño blanco que le ciñe los costados.

Terminado el turno de los fotógrafos, tratamos de hablarle. Nos interesa captar su pensamiento, en estos momentos, mientras se dispone a dar una pública prueba de sus poderes, observado y controlado por médicos, por curiosos, por aparatos. No revela ninguna emoción, ni siquiera el fastidio típico de los yogis ante la intrusión de los extraños en su mundo aparentemente mágico.

"He comenzado a practicar el yoga hacia los dieciocho años, guiado por mi intuición y pasé, aunque inútilmente, un par de años en busca de un "gurú" un maestro yoga. Continué solo realizando las prácticas de "Pranayama", una serie de ejercicios respiratorios. En ese tiempo, con frecuencia tenía visiones que me indicaban lo que debía hacer. Una noche, una visión me sugirió hacerme un corte en la lengua para practicar mejor ciertos ejercicios de respiración. Y así lo hice con la ayuda de un médico. En otra visión, se me ordenó que me hiciera sepultar en un lugar hermético y que continuara viviendo. Obedecí y me encerré en una fosa que fue recubierta con una losa de mármol, luego con tierra húmeda y finalmente con pequeños arbustos. Allí permanecí durante 24 horas. Seguí adelante con estos ejercicios, hasta que en 1951 permanecí en una fosa cerrada por más de 28 días sin comer ni beber".

Se definen los contornos de la fosa para poder exhumar al yogi sin peligro de herirlo. En 1951, Ramananda permaneció en una fosa cerrada durante 28 días.

Ramananda se ha acercado al box, y mientras tanto el doctor Chhina nos ha pasado una ficha que habían preparado sus asistentes, con algunos datos referentes al yogi que habían resultado del examen médico previo al comienzo del experimento: "Altura 1,75. Peso 78 kg. Tórax 96,5 cms. Físicamente bien desarrollado, bien alimentado, ninguna deformación congénita o provocada. Los exámenes físicos demuestran que está sano en todo sentido, presión sanguínea 132–90. Ritmo de pulsaciones 92 por minuto. Respiraciones 20–25 por minuto. El sujeto afirma que: A) puede detener las pulsaciones mediante la contracción muscular de los pectorales, bíceps y músculos de los brazos de manera que la arteria braquial sea comprimida mecánicamente: B) puede anular también las pulsaciones y, voluntariamente, puede volver imperceptibles los latidos del corazón, yaciendo en posición supina y respirando lentamente, por 15 segundos; C) puede caer en trance por largos períodos sin tener necesidad de oxígeno. El período más largo ha sido de 28 días. Pero eso no ha ocurrido estando bajo control médico; D) puede ejecutar determinados ejercicios abdominales y de respiración, que le permiten aspirar fluidos del segmento inferior del intestino y hacer salir por la boca y las narices lo que tiene en el interior del estómago. Con la lengua, que tiene un corte en la parte central, puede hacer ciertos ejercicios, llegando a bloquear la parte posterior de las fosas nasales".

Ahora Ramananda se encuentra en manos de los médicos y los asistentes. Se sienta sobre un pequeño lecho. Con esparadrapos le fijan a la frente y a la cabeza los electrodos para el electroencefalograma; al tórax, las muñecas y los tobillos, los que corresponden al electrocardiograma. Sirven para controlar la frecuencia

de las respiraciones, las pulsaciones, la presión, la temperatura corporal y otros datos clínicos, bioquímicos y fisiológicos durante el experimento. Los cables de los instrumentos le cuelgan sobre la cara, sobre el pecho amplio y desnudo, como una horrible vellosidad mecánica. Las correas de goma, las conexiones de los electrodos, los esparadrapos que aseguran los alambres y los terminales parecen conexiones de alta potencia. Ramananda no pierde nunca su sonrisa humilde y distante, a ratos irónica, al paso que se acerca el momento de entrar en su ataúd temporal, donde vivirá por algunas horas una muerte aparente, observado, controlado, verificado por el frío desapego de los científicos. En esta ocasión no ha realizado los rituales preparatorios, la recogida meditación preliminar, no se ha apartado en recogimiento. La pequeña muchedumbre de fotógrafos, periodistas, médicos y también de curiosos, no se lo ha permitido. Ha realizado una ligera colación a media mañana, ha permanecido sentado a la espera de los preparativos, ha intercambiado algunas palabras con nosotros. Ahora se encuentra de pie junto al box. Levanta al aire un brazo, se inclina para entrar a través del reducido paso. Se sienta en el interior y vuelve su amplio rostro apacible que se ve a través de la escotilla aún abierta. El doctor Chhina está junto a él, le toca un brazo, la frente, los cables que descienden sobre el pecho: no se trata de legitimar ni de explicar un fenómeno considerado por muchos como prodigioso, sino solamente de verificarlo, de comprobar instrumentalmente su autenticidad. El yoga, que en ciertos momentos parece penetrar en lo mágico, no recibiría ninguna gratificación de este experimento. Sólo se obtendría una descripción analítica más exacta, más rigurosa, de los poderes de los yogis.

Un ayudante del Instituto esparce sobre la fosa semillas y flores, símbolos de la nueva vida vegetal que puede nacer sobre el cuerpo del yogi sepultado.

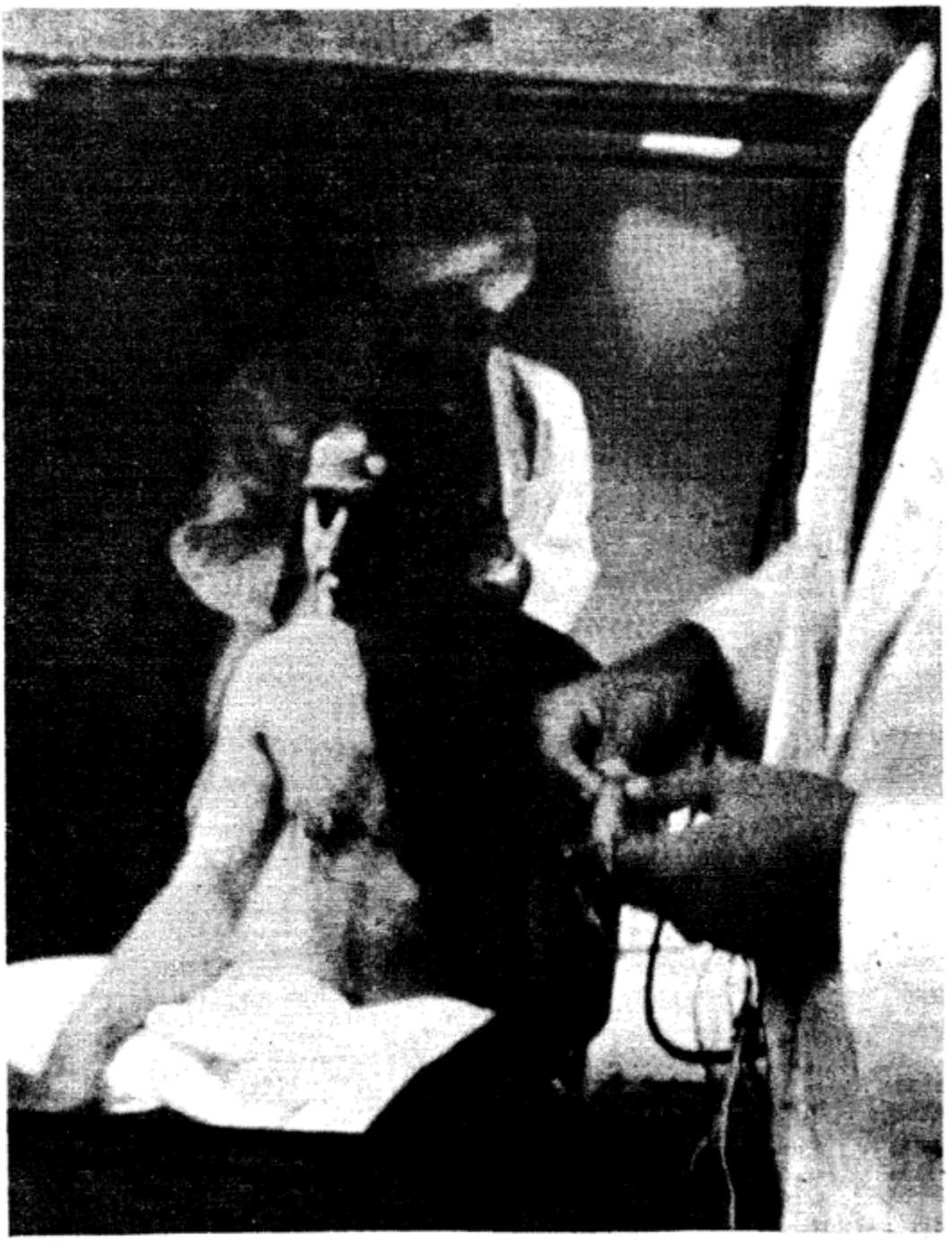
Con una llave inglesa, un auxiliar apreta las tuercas que cierran la escotilla del box. Ramananda está en la sepultura, y ordena a aquellas partes del cuerpo, que en todos los individuos desarrollan sus funciones aparte de la intervención de la voluntad, modificar sus reacciones. Sumergido en su soledad y en medio de todos esos aparatos, parece un astronauta. Sin casco y cabina presurizada, viajará por el espacio de su fuerza psíquica, de su concentración mental.

Los aparatos comienzan a registrar. El electroencefalógrafo revela un ritmo "alfa" muy acentuado, luego una actividad veloz de bajo potencial, la misma que se verifica en el estudio inicial del sueño. Pero Ramananda no duerme. Tiene los ojos semicerrados, siempre sonríe, está inmóvil. No se podría decir que duerme y ciertamente no está muerto. Vive en una dimensión desconocida.

"Pulsaciones: normales 104, actuales O. Respiración: normal 26, actual O. Latidos cardíacos: actuales no perceptibles. Presión sanguínea: normal 129–80, actual imposible de señalar. Período máximo de detención de la respiración: 20 segundos. Notas: A) el control de la arteria radial muestra la desaparición de las pulsaciones. El registro esfigmagráfico todavía muestra débiles pulsaciones; B) la auscultación del corazón muestra que los latidos cardíacos no son perceptibles. Están siendo registrados por fonogramas; C) el electrocardiograma muestra pequeñas variaciones en los sistemas auriculares y ventriculares, por lo tanto se prueba que la actividad eléctrica del corazón no es influída por la aparente falta de los latidos cardíacos. Hay que considerar que es un poco extraño que, si bien la contracción del corazón está aparentemente controlada, no haya influencia sobre

la actividad eléctrica del músculo cardíaco, como muestra el ECG; D) fluoroscopía en posición horizontal en condiciones de respiración normal y después de haber inspirado lentamente y detenido la respiración. Han cesado las pulsaciones cardíacas, excepto un ligero movimiento a lo largo del borde izquierdo bajo el cono pulmonar y en el segmento apical del ventrículo izquierdo. No hay pulsaciones en ningún otro segmento. Este estado dura por cerca de 30 segundos. Cuando vuelve a respirar, vuelve también el latido cardíaco normal".

Al terminar el experimento, la ciencia ha concluído su indagación, pero para muchos, el fenómeno pertenece a la magia: "Los resultados de estas investigaciones respecto al estado fisiológico de este individuo antes, durante y después de su ejercicio yoga relativo a la detención del corazón, llevan a interesantes e importantes consideraciones. Es sorprendente que, a pesar de que las praćticas yogas contemplan ejercicios respiratorios, su eficiencia respiratoria permanezca cerca del nivel de la media normal. El es simpático–tónico a pesar del alto indicador del corazón en reposo y tiende a la hiperventilación aún estando en resposo. Durante la prueba del paro cardíaco, mientras los reflejos somáticos parecían permanecer inalterados, los reflejos autónomos parecían ser influenciados. La pupila permanece en un estado de moderada dilatación y no reacciona ante la luz. El ECG no revela ningún cambio salvo una ligera baja del voltaje. Estos cambios se deben a una atenuación breve y temporal de la actividad de los centros del reflejo autónomo. Su capacidad de controlar los latidos del corazón no parece que se deba a la excesiva descarga del vago. La fluoroscopía muestra que el control de su actividad cardíaca es alcanzada por el



Nueva Delhi, Instituto Panindio de Investigaciones Médicas. El experimento del yogi Ramananda es repetido en un box metálico, ante la presencia de periodistas extranjeros, bajo la dirección del doctor China. Los médicos fijan a la frente y sobre la cabeza de Ramananda los electrodos del electroencéfalograma; al tórax, a las muñecas y los tobillos, los del electrocardiograma.

ligero latido a lo largo del borde izquierdo y el ápice del corazón. Esto confirma la ausencia de latidos cardíacos y la falta de pulsaciones radiales.

"De acuerdo a la moderna fisiología, estos fenómenos pueden ser explicados mediante la "maniobra VASALVA" al nivel del término de la inspiración y comprende la pausa respiratoria durante la cual la actividad del corazón se reduce. Pero hay que decir que el sujeto ha alcanzado un resultado que no es fisiológicamente comprensible.

"En base a las observaciones realizadas es preciso convenir que con las prácticas yogas se pueden alcanzar determinadas manifestaciones anómalas desde el punto de vista fisiológico. Estas prácticas yoga no se pueden calificar como ejercicios físicos normales para desarrollar el cuerpo, pero son aptas para alcanzar la sublimación de la mente y avanzar en las esferas espirituales. En las primeras etapas de la práctica yoga, el control de cada uno de los músculos u órganos se efectúa para mantener el cuerpo no sólo en buen estado de salud, sino también, y es lo más importante, en perfecto estado de control voluntario. El objetivo final de las practicas yogas, parece ser el de obtener el control de las funciones autónomas y hasta de las más elevadas funciones cerebrales. Si eso es posible, es preciso considerar que allí hay una nueva senda en la biología y que debe ser tomada en consideración por el mundo cientíFico".

Ha ocurrido algo sobre lo que la ciencia ha debido tomar nota. Un fenómeno, sin embargo, del que aún no es posible dar una explicación lógica, ratificada por una demostración rigurosa. Si el mecanismo que ha

permitido a Ramananda hacer descender su metabolismo, controlar el corazón y las pulsaciones suspender algunas funciones esenciales a la vida, fuese totalmente conocido, tal vez la ciencia podría dar un paso adelante. El mecanismo psico–físico que regula los poderes del yogi, apartado del halo de misterio y magia que lo circunda, podría ser aplicado a la medicina y quizás podría lograr detener el proceso degenerativo de algunas enfermedades. Tal vez podría lograr alargar la misma vida humana. Pero ésta es una indicación que debe provenir de la ciencia.

El yogi difícilmente consentirá el uso de sus facultades por parte de nuestra civilización racional y utilitarista: "No os dejéis atraer por el ejercicio de los poderes psíquicos. Ellos son interesantes pero no esenciales. Tened, por el contrario, fija la mente en vuestra meta de alcanzar la realización de vuestra naturaleza divina y en aquella aún más alta de vuestra unión con el todo", nos había dicho Shri Ramananda yogi antes de prestarse al experimento.

CUATRO PASOS SOBRE LAS BRASAS

En Bombay, el señor Raval dice que podría hacernos encontrar un hombre capaz de caminar a pie descalzo sobre el fuego. Esta es una práctica más popular que el sepultamiento y, de igual manera, podría ser una prueba del aspecto familiar que, a menudo, tienen en la India los prodigios más inexplicables. En realidad, el mundo mágico, o por lo menos ciertos prodigios que no tienen una explicación científica, y que, aún estando ligados con el hinduísmo o con el yoga, son ligados por nosotros, los occidentales, con los fenómenos mágicos, tienen una cierta dosis de naturalidad. Esto sucede quizás porque no ha ocurrido jamás aquella fractura entre racionalidad y magia, típica del condicionamiento de la civilización occidental.

El primer encuentro con el yogi capaz de caminar sobre el fuego, es largo y trabajoso. Su reacción ha sido de inmediato inesperada. Es alto, delgado, autoritario, irascible, venal. No transige, quiere que se le pague. La discusión duró bastante. No rehusamos darle la compensación requerida, pero igualmente surgen continuas e impredecibles dificultades organizativas. ¿Dónde efectuar el experimento? ¿Y quién debería cavar la fosa donde se encenderían las brasas? ¿Y quién se preocuparía del carbón, del petróleo, de la preparación del ambiente? En este punto entró en la

discusión otro personaje. Es el director de una escuela primaria. Nos permitiría efectuar el experimento y la toma fílmica en el patio de su escuela. Pero tiene necesidad de una compensación. Finalmente también con él se llega a un acuerdo. Luego se encuentra a un excavador. La fosa deberá tener un ancho de dos metros, una profundidad de medio metro y una longitud de doce metros: una caminata de doce metros sobre carbones encendidos. En la tarde siguiente, los trabajadores llegan a ser una quincena. Quién pica el suelo, quién maneja la pala, quién acarrea el carbón, quién lo vierte sobre la fosa, quién lo desparrama. Es una confusión vivaz y desorganizada que hace avanzar los trabajos con lentitud.

Al anochecer, finalmente, el trabajo de preparación está terminado. Comenzamos a disponer las luces para la toma cinematográfica. Apenas se encienden los reflectores, las ventanas de las casas vecinas se animan. Mucha gente baja, se acerca, se reúne cada vez más cerca, más apretada, atraída por las luces como mariposas nocturnas. Aparecen en la oscuridad hombres en camisa, mujeres cubiertas por coloridos velos, niños sorprendidos y curiosos. Cuando el yogi llega al patio de la escuela, lo recibe un murmullo de admiración. El yogi está viviendo un momento de gran popularidad. Lo acompañan algunos instrumentistas. Se sientan en un extremo de la fosa, tienen un tamboril, un organillo de fuelles, un instrumento de cuerda de forma extraña. Tocan y cantan nenias pintorescas y sugestivas.

El yogi observa los preparativos, verifica la longitud de la fosa, el espesor de la capa de carbón. Cuando está bien aplanada, se vierte encima petróleo, para hacerlo arder. Todavía será necesario esperar por un par de

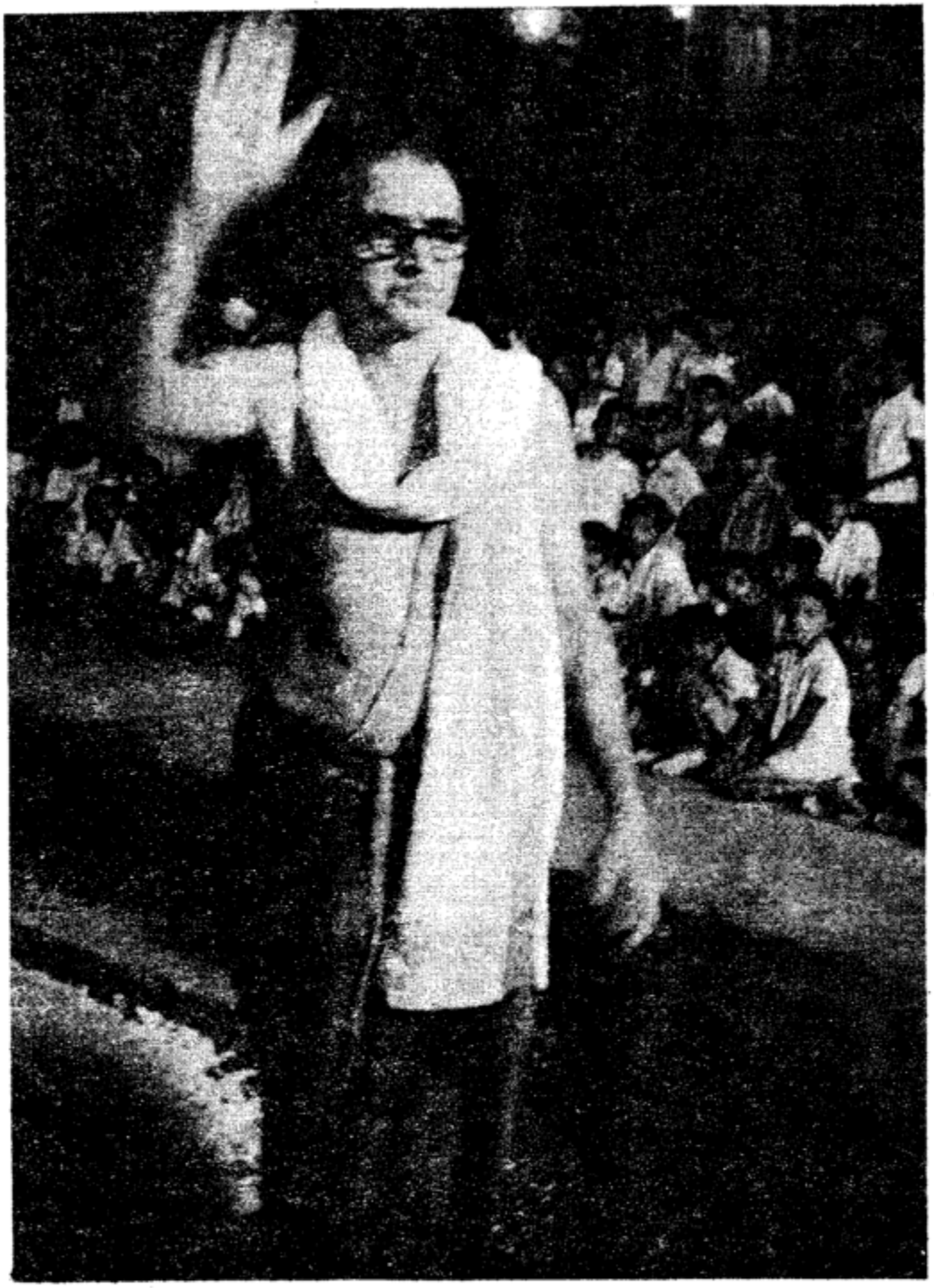
Bombay, India. Un paso tras otro, en las brasas, con la planta del pie bien apoyada, el yogi recorre la fosa ardiente de doce metros de largo. El calor intenso mantiene distante al público.

horas hasta que todo el corazón se haya convertido en brasas candentes, regándolo continuamente con petróleo. Ahora la fosa es una sola alfombra roja, ardiente, y el yogi anuncia que está listo. El calor es muy fuerte. Se logra resistir sólo a un par de metros de la fosa. En este punto se nos plantea un problema. Este hombre ha declarado poder caminar sobre la alfombra de brasas. Hacemos venir a un médico desde el hospital de Bombay. El yogi se mueve con breves saltos, nerviosos, habla con excitada impetuosidad, tal vez no le agrada la presencia del médico, quizás porque piensa que de nuestra parte hay una falta de confianza en sus poderes. El médico controlará, para nosotros, el resultado del experimento. Quiere también que se le proporcione un niño. Lo coge de un brazo, tratando de arrastrarlo hasta la orilla de la fosa: si camina por las brasas cogido de su mano, no sentirá ningún dolor ni sufrirá ninguna quemadura. El niño se suelta, la madre grita. Y el yogi debe dejarlo ir. Pero está molesto. Quisiera hacer cualquier cosa clamorosa, ante toda aquella gente, ante las cámaras filmadoras, ante nosotros, europeos, para dar una demostración de sus capacidades que, tal vez, dure más que todo el experimento y que le procure también en seguida, respeto y beneficios. La gente está dispuesta por tierra a dos metros de la fosa, esperando que las llamas terminen de devorar los carbones.

El yogi extrae quizás de dónde un agujón de unos diez centímetros de largo. Lo levanta ante la cámara, poniéndolo frente a la luz para hacerlo brillar ante los ojos de todos. Llama a un muchacho, sentado entre el público, que lo sigue sin reaccionar. El yogi se acerca al rostro y, repentinamente, le ensarta el agujón en una mejilla. El muchacho abre desmesuradamente los ojos.

Pero no ha sentido dolor. El yogi introduce un dedo en la boca para hacer ver mejor la mejilla atravesada. Y allí se ve el agujón, con la punta dentro de la cavidad de la boca. Luego, con otro movimiento rápido lo extrae. No hay ninguna señal de perforación ni presencia de sangre. El agujón está brillante, limpio. ¿Sugestión? Esta podría ser una explicación. Pero la escena está filmada.

Ahora el tapete incandescente está listo. El yogi se para delante de la fosa, sobre el borde de los carbones encendidos, se concentra un instante, se quita el manto y queda con el torso desnudo. Sostiene los bordes de la túnica blanca amarrada a las caderas, avanza un pie, lo apoya con tranquilidad y seguridad. Un paso tras otro, en las brasas, con la planta del pie bien apoyada, a menudo con el pie entero hundido en las brasas. Camina tranquilo, sin apresurarse y sin detenerse, hasta llegar al final. Le pedimos que repita el recorrido, más lentamente. Se da vuelta y recorre los doce metros regresando. Al final, levanta los pies y muestra las plantas al público y a la cámara filmadora. Están ennegrecidas pero intactas. Ninguna quemadura, ninguna llaga, ningún enrojecimiento. Se acerca al médico y le hace ver los pies más de cerca. Y el médico alarga los brazos, en un gesto de confirmación para el público y para nosotros. El yogi repite su invitación al público. ¿Hay alguien que quiera imitarlo? Promete que lo tendrá cogido de la mano y quedará inmune. Mientras hace esta invitación, tiene un aire divertido. Quizás prevé las reacciones del público, que ya casi está huyendo. No basta asegurar que el contacto con su mano será suficiente para transmitir al voluntario sus poderes: aparte del contexto estrictamente religioso, el yoga, también en la India, está rodeado de misterio, provoca estupor y quizás incredulidad, como cualquier



El yogi ha recorrido, para nosotros, más lentamente, de nuevo la fosa completa. Ahora saluda al público y levantará los pies ennegrecidos pero sin quemaduras.

fenómeno mágico. Un fenómeno que puede hacer discutir y asombrar, pero que es dejado, en lo que se refiere a su práctica, a un restringido círculo de "adeptos a los trabajos". Un culto aristocrático, en definitiva, que quizás encuentra más seguidores y sobretodo, más practicantes, en Occidente que en Oriente.

Ahora el experimento se puede considerar concluido, terminado de manera mucho menos espectacular de lo que se pensaba al comienzo. La gente se reúne para discutir, para comentar. El calor que proviene de la fosa todavía es fuerte; los corrillos de gente se mantienen a una distancia prudente, y parecen ignorar el fuego, que no obstante ha sido uno de los protagonistas principales de la jornada. El yogi está apartado de nosotros, rodeado por sus amigos. Habla siempre con un tono brusco, imperioso y a fin de cuentas desagradable. Ciertamente, como yogi, no tendría la aprobación del hombre que encontramos en una gruta de los Himalayas, y tampoco de Shri Ramananda. Pero ha proporcionado una prueba de haber sabido conquistar cierto poder en el dominio del propio cuerpo, aunque fuera luego de una paga. En el pasado, probablemente, su fe era más auténtica, totalmente desinteresada. Luego comercializó sus capacidades. Volvió a la ciudad, comenzó a exhibirse, a ganar dinero.

¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué cosa lo ha impulsado, en cierto momento, a volver atrás, a degradarse casi hasta el nivel del faquir que ofrece espectáculos en las plazas, ofreciendo al público sus modestos prodigios a cambio de una limosna? El yogi de Bombay había caminado sobre el fuego y sus pies habían permanecido intactos. Pero ante las interrogantes suscitadas por su ambigua

personalidad, estos poderes parecían menos interesantes. Ahí está: probablemente el aspecto de mayor valor que este hombre nos podía ofrecer para nuestra investigación, debía ser buscado en el momento en que había decidido renunciar a la vida del yogi auténtico. El suyo no era un caso poco frecuente: era parecido al de los faquires, de los que hay tantos en las ciudades y plazas de la India. Es un aspecto del fenómeno mágico, que probablemente, puede encontrar una explicación en las condiciones económicas y sociales de la población hindú.

A menudo un yogi puede ser distraído de sus meditaciones y apartado de su camino por las necesidades económicas de la familia. Shri Ramananda es rico, según nos han confiado los médicos del Instituto Panindio. Este hombre de Bombay ciertamente no tiene una situación tan acomodada: puede ser una primera explicación. En un país donde la miseria y el hambre son realidades concretas y auténticas para muchos, puede ocurrir que las prácticas yoga sean utilizadas para sobrevivir. Como ocurre en las plazas de nuestro países cuando es día de feria y junto a los puestos de venta se instala el hombre que come fuego. En la India, estos fenómenos de yoga reducido a magia popular, casi de mendicidad, se encuentran con frecuencia en los grandes centros urbanos, donde el proceso de occidentalización está más acentuado.

También en Bombay habíamos visto los carruseles, los vendedores de refrescos, de farolillos pintados, de girándulas, de chacales embalsamados, en las grandes plazas de la ciudad. Y mezclado con ellos, un sepultado vivo. Dos manos salían de la tierra, con los dedos entrecruzados en un gesto de oración. Parecían casi un

simulacro de invitación a la piedad. Junto a las manos, una alfombrita recibía las limosnas. Y, donde presumiblemente se encontraba el tórax, era fácil distinguir la tierra que se levantaba y bajaba, siguiendo el ritmo de la respiración. Ni sublimación del yoga ni magia, ciertamente, sino un modo dificultoso para ganarse el pan, ayudándose con la predisposición cualquier difícil, fatigoso, ejercicio de supervivencia soportado con estoicismo.

UN GURU A LA MODA

Dos medialunas negras, aterciopeladas, cortadas en la mitad superior por los párpados semicerrados, como si quisiesen disminuir la dulzura hipnótica y profunda de la mirada.

Ojos irresistibles, penetrantes, irónicos, inmóviles, parece que al mismo tiempo miran en todas direcciones sin mover las pupilas. Cejas arqueadas, unidas por un círculo dibujado en el ápice de la nariz, representación de la glándula pineal, el tercer ojo dirigido hacia las circunvoluciones oscuras del cerebro, capaz de escrutar las profundidades absolutas de la mente.

Largos cabellos negros, alisados, peinados hacia la nuca, fragantes de ungüentos, que luego se derraman en una cascada de desordenados bucles. Brazos largos, delicados, ambarados, y manos bien dibujadas, movidas apenas con gracia.

Labios carnosos, de un rojo oscuro, mórbidos y fuertes, fijos en una sonrisa invitante, abierta, irónica, y al mismo tiempo distraída, crítica, distante.

Tiene una tez hermosa; el conjunto del rostro, los brazos y el hombro derecho desnudo, sólo el izquierdo está cubierto por el manto blanco anudado de forma

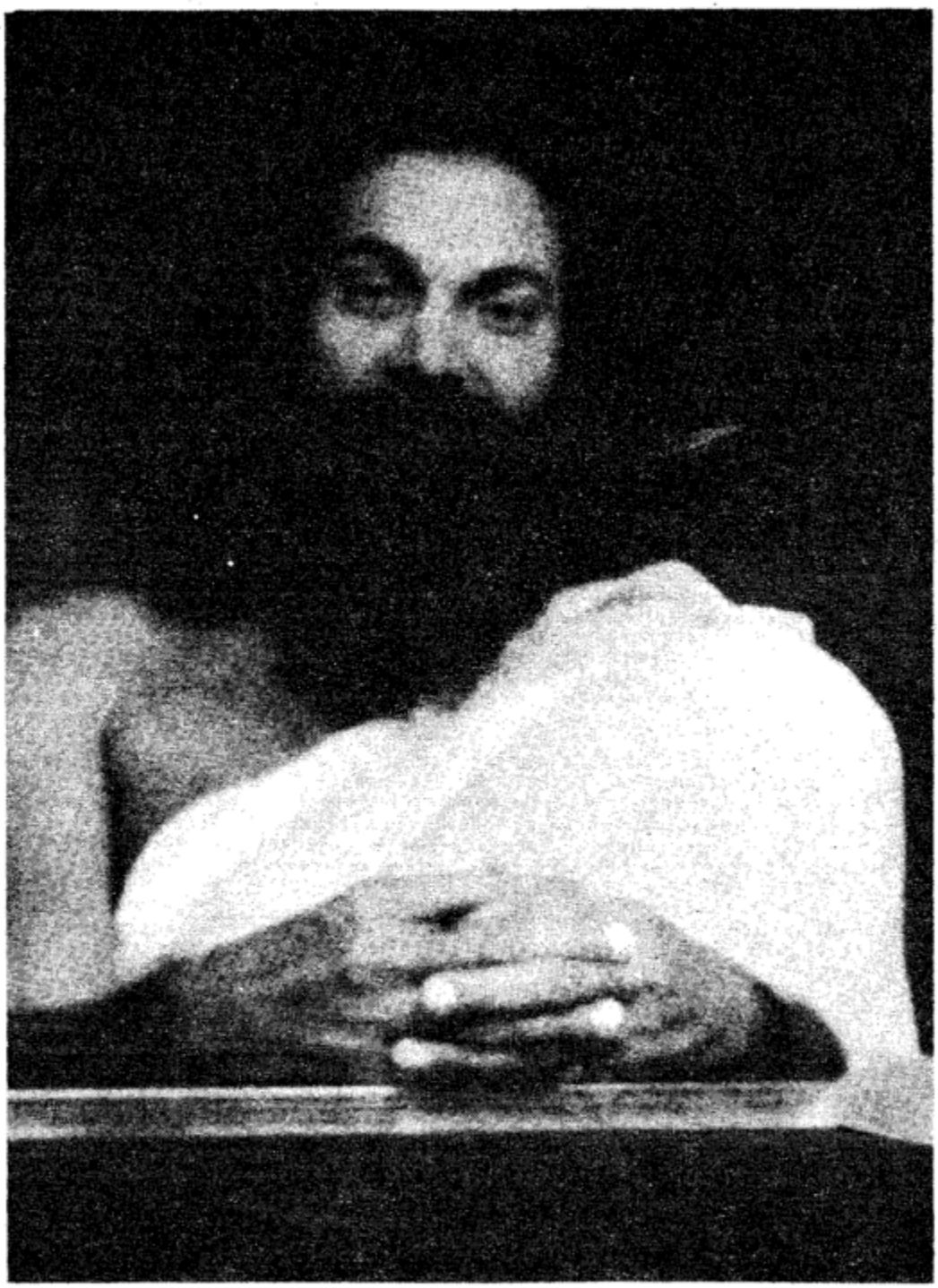
que lo hace parecerse a un sari, expresa seguridad, superioridad, fuerza, dulzura, sensualidad, inteligencia.

Es un hombre alto, poderoso, con la gran cabeza plantada sobre el cuello robusto, elegantísimo con su túnica blanca que lo envuelve hasta los tobillos. Es tal vez el yogi más importante de la India.

Dhirendra Brahmachari vive en Nueva Delhi. Ha sido maestro de yoga del Pandit Nehru, del presidente Shastri y actualmente lo es de Indira Gandhi.

Un libro junto a él, muy ostensible, tiene en la cubierta su retrato, pintado con un dibujo ingenuo y de colores delicados. Está sentado sobre una piel de tigre, en la posición de "flor de loto", sobre un fondo de árboles, cumbres y cascadas de los Himalaya, que corren hacia un improbable valle transformándose en un invitante lago. Quizás hace años, Dhirendra Brahmachari estaba verdaderamente en los Himalaya: el cuadro podría representar su historia pasada.

Ahora se sienta tras un moderno escritorio. Las manos están apoyadas sobre la cubierta de cristal. El mueble es elegante, precioso, y fue diseñado por un arquitecto. Acero blanco y terciopelo negro, teléfonos blancos, otro a la izquierda para la línea personal, ante él dos estilográficas de mesa, ensartadas en el portaplumas de acero, un portapapeles, y las secretarias, dos mujeres jóvenes, hermosas, sonrientes. Toman las citas, se ocupan de sus asuntos personales, despachan la correspondencia, y lo ayudan en las lecciones de yoga reservadas a las mujeres. Antes de convertirse en secretarias y ayudantes, fueron sus alumnas. **Moquette** negra sobre el pavimento y cortinas blancas en los



Nueva Delhi, India. Dihrendra Branmachari sentado ante el escritorio de su modernísimo estudio en el "ashram" que dirige. Ha sido el maestro de yoga del Pandit Nehru, del presidente Shastri y ahora de Indira Gandhi.

ventanales, aire acondicionado, ambiente anónimo de gran **manager** internacional.

Cuando Dhirendra Brahmachari llega al jardín de su "Ashram" de Nueva Delhi, los asistentes rodean el Toyota de lujo, de color blanco leche y lleno de cromados, del que desciende apresuradamente golpeando la portezuela. A los lados, de inmediato se colocan los dos alumnos más diligentes, regordetes, obsequiosos. Y detrás, los otros, listos para comenzar el trabajo de la jornada. Son las seis de la mañana. La ciudad aún está dormida, pero en el jardín del "ashram" ya hay un nutrido grupo de alumnos, que están realizando los ejercicios guíados por algunos asistentes. Tras una gran cortina colorada que divide en dos el prado a la inglesa, un grupo de mujeres está igualmente haciendo los ejercicios yoga. A un lado, junto a la construcción blanca y baja del "ashram", encogido frente a una fuente, con el tórax desnudo, hay un joven diputado. Observado atentamente por un asistente del yogi, realiza el lavado de la nariz, con un recipiente introduce agua en una fosa nasal y luego la hace descender por la otra.

El "ashram" está dividido en varias partes. Están las oficinas de la dirección, las salas para los alumnos, locales para recepciones oficiales, un pequeño hospital. Director del "ashram" es Dhirendra Brahmachari, guía espiritual, dispensador del bienestar físico, astrólogo, que tiene mucho ascendiente sobre bastantes personajes del primer plano de la vida política y económica: ha hecho de su escuela un centro exclusivo y prestigioso.

En las paredes de las habitaciones y de los corredores, hay muchas fotografías tomadas en diversas ocasiones.

Mientras da conferencias, en cordial conversación con el Pandit Nehru, con la señora Gandhi, durante una convención, rodeado por grupos de alumnos y seguidores. En cada foto, al centro de la atención, del respeto y del enfoque suele aparecer él.

"Me encontré con el Pandit por primera vez cuando vino a preguntarme si podía hacer yoga. Me dijo también que no tenía mucho tiempo. Podía dedicar a los ejercicios sólo quince minutos en días alternados. Yo accedí. Luego de dos meses, Nehru dedicaba al yoga media hora cada día. Había llegado a un buen nivel, y una vez me dijo que si un científico hubiese iniciado el yoga, naturalmente no aquel en la forma tradicional que conduce al aislamiento, sino éste más puesto al día, que practicaba él, posible para cualquiera, se habría convertido en un entusiasta. Después de él, tuve como alumno a su sucesor, Shastri.

En aquella época comenzaron a venir también una docena de ministros y miembros del parlamento. Shastri estaba muy interesado en los ejercicios de respiración. La señora Gandhi, actualmente, practica yoga diariamente por no menos de diez o doce minutos".

"¿Por qué considera que el sistema yoga pueda ser útil de manera particular para los personajes políticos? "

"Porque si un político practica el yoga, puede alcanzar la paz de la mente, y una mente tranquila y fuerte lo mantiene con una mayor capacidad de claridad y control".

"¿Es verdad que también aquí en la India la astrología ha asumido un papel importante para lo político, como

en los Estados Unidos? "

El yogi se molesta: "Las estrellas sirven para los horóscopos que se publican en los periódicos y revistas. Y no creo que entre nosotros nos dejemos influenciar por esas cosas".

"No nos referíamos a una astrología comercializada, sino a aquella que se basa sobre los reales poderes de adivinación del hombre. Por lo demás, usted también es astrólogo".

"Algunas veces los políticos hacen consultas. Pero yo no me preocupo mucho de eso. No creo que hagan caso de aquello que nosotros podamos decirles. ¿Pero por qué no me pregunta sobre los resultados de las prácticas yoga en nuestro hospital? Por ejemplo, nosotros curamos diabéticos, asmáticos, reumáticos y enfermedades gástricas. Y los enfermos no sólo son hindúes, sino que llegan también desde Estados Unidos y Europa. También curamos la tuberculosis y la peste, pero no en este hospital. Para la tuberculosis hemos obtenido curaciones en dos meses. También hemos curado infartos".

"Usted sabe que hay enfermedades que la medicina moderna considera incurables, al menos en determinados casos. ¿Piensa usted que el moderno sistema yoga pueda servir también, por ejemplo, para el cáncer".

"No he tratado de curar el cáncer porque es una enfermedad que tiene muchas manifestaciones, puede afectar a numerosos órganos, tiene distintas causas. Pero la razón verdadera es tal vez otra. He comprobado que

los enfermos, cuando llegan aquí, ya han sido visitados por muchos doctores, han emprendido bastantes tratamientos. Ya no creen en sí mismos, no pueden practicar el yoga. Están desesperanzados, desilusionados por el ir y venir por diversos hospitales, y yo ya no puedo ayudarlos".

La mescolanza entre magia, yoga y medicina, que para nosotros parece inconciliable, para la cultura hindú es casi una síntesis de fe y de razón. A pesar de las apariencias, la oficina gerencial, su influencia sobre los personajes más notables de la vida política, Dhirendra Brahmachari no es un hábil hombre de negocios. Probablemente es rico, pero esto no disminuye la autenticidad de sus convicciones. Su deformación de la práctica yoga es sólo aparente, probablemente. Su posición puede ser una renovación real del yoga tradicional, practicado en la soledad de las montañas, para responder a las exigencias del hombre contemporáneo. Esta versión moderna es un compromiso, tal vez el único posible en el mundo de hoy.

Los hombres y mujeres que están en el hospital, muchos ancianos, algunos seriamente enfermos, no se sienten engañados, no tienen la actitud resignada y exaltada de quien espera un milagro. Están seriamente dedicados a participar en la propia terapia, a obtener la propia curación respetando escrupulosamente las indicaciones del yogi, realizando los ejercicios yoga. Muchos salen curados realmente, todos con una nueva provisión de serenidad y de confianza que ciertamente los ayuda a soportar desdichas y dificultades.

Cuando salimos del "ashram", está avanzada la

mañana. Hojeamos el libro de yoga de Dhirendra Brahmachari. Ahí están las descripciones detalladas de las posiciones y de los ejercicios, de sus efectos sobre cada una de las partes del cuerpo y sobre los órganos internos. Las fotografías lo muestran joven, delgado, ágil, en calzoncillos y con un cinturón blanco, en las más complicadas posiciones. Pero sin el contenido religioso y filosófico, parecen las de un atleta posando para explicar los movimientos gimnásticos a realizar en la palestra, para que los practiquen los ancianos sedentarios.

EL HOMBRE QUE PREDICE LA MUERTE

Hasta aquel momento, la conversación con el profesor M. Kumaria, director del Instituto de Ciencias Astrológicas de Nueva Delhi, se había desarrollado en un clima cordial y optimista. Había sido pródigo en explicaciones históricas y técnicas sobre la astrología hindú, en la que se fundan ciencia y filosofía. En el mismo lenguaje usado por él, en sus descripciones, magia y medicina se intercambian con frecuencia significados y terminología. El profesor Kumaria, un personaje dulce, paciente, seguro de sí, estaba sentado en el balcón de la casa, en el que ha dispuesto un estante repleto de libros, carteles, cajas atiborradas de tablas quirológicas, una pequeña mesita, dos sillas. Allí está su estudio, colocado un poco más arriba del tráfico de Nueva Delhi, al aire libre, ante los ojos de los vecinos del lado y de los que viven frente a su casa que, a decir verdad, le prestan poca atención, si bien en la antecámara el ir y venir de personas que llegan a realizar sus consultas, es ininterrumpido.

Luego, con una sonrisa inefable, el profesor Kumaria comenzó a formular interesantes observaciones sobre nuestro carácter, sobre nuestra psicología, sobre los hechos más importantes de nuestro pasado. "Estimado señor —dijo en cierto momento— se puede fechar su muerte en el año sexagésimo tercero de su vida". Y así

fue cómo el clima de mágica cordialidad se estropeó, y y dejamos en la mitad la enumeración de las enfermedades presentes y futuras que tan benévolamente había comenzado a hacer.

Kumaria, en la India, es el astrólogo y quirólogo más famoso y frecuentado: sus respuestas, se preocupa de precisar, son en un setenta por ciento científicas. Su técnica de trabajo para esto es muy singular. Con un pequeño rodillo unta las manos de los clientes con una tinta especial. Luego, cuidadosamente fija las huellas sobre dos hojas de papel blanco. Absorto y con minuciosidad realiza esta ceremonia que para nosotros tiene cierto sabor a comisaría, a cárcel. Pero a él le sirve para poder observar con nitidez las líneas de ambas manos, y proceder, con lápiz, y regla, a su análisis. Comienza dividiendo la palma de la mano trazando numerosos triángulos que tienen como punto de partida la base del pulgar, comprendiendo cada uno una parte de la "línea de la vida". Son las distintas edades del hombre, diez, veinte, treinta, cincuenta años: todo lo que ahora dice el profesor recaerá inevitablemente en uno de los triángulos. Hechos y épocas coincidirán así.

"Este es el monte de Mercurio que indica las cualidades artísticas, éste es el monte de Saturno que indica la actividad, el monte de Júpiter que indica la inteligencia, el monte del Sol que indica honor y reputación en el trabajo. En lo que se refiere al sistema nervioso, aquí está el punto que indica su debilitamiento porque está influenciado por el sistema digestivo que no funciona bien, por lo que es necesario mucho equilibrio entre la mente y el corazón. Las vibraciones deberían fluir hacia adelante y hacia atrás con más facilidad, para no provocar un estado de tensión".

Nueva Delhi, India. M. Kumaria, director del Instituto de Ciencias astrológicas de Nueva Delhi. Además de predecir el futuro, sabe "leer" en la mano las enfermedades y sugerir terapias astrológicas. Señala también la fecha de la muerte, previsión que en la India no suscita terror como entre nosotros, en Occidente. Con un pequeño rodillo, embadurna las manos de los clientes con una tinta especial. Luego fija cuidadosamente las huellas sobre dos hojas de cartulina blanca.

Con los ojos fijos en la palma de la mano, apoyada junto a la huella trazada con la tinta sobre la hoja, y el lápiz que va continuamente desde la palma a la huella, el profesor Kumaria prosigue: "Es necesario que usted use un buen coral para mejorar la circulación de la sangre, porque el coral es una piedra que, regulando las vibraciones, condiciona la circulación. Funciona del siguiente modo: la piedra roza la piel y este leve contacto la hará sentirse mejor y la presión subirá".

Es una creencia típica de la astrología hindú el que las piedras pueden corregir los influjos negativos de los planetas. La de las piedras es una ciencia sagrada.

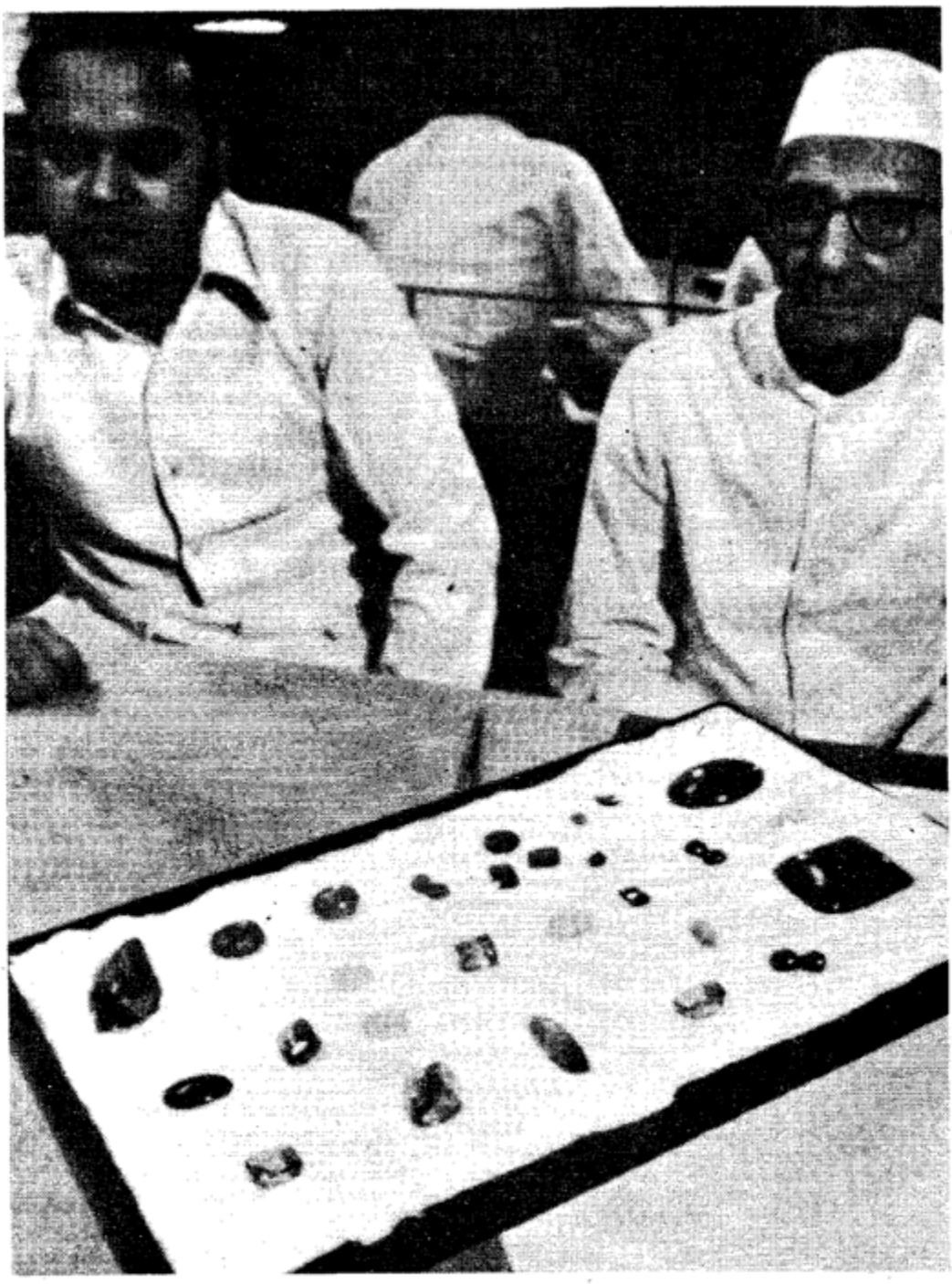
En la India es difícil encontrar a una persona sin su piedra montada sobre un anillo en contacto con la piel, o sobre el pecho, atada a una cadenilla de oro. La adquisición de la piedra es sugerida y vigilada por el astrólogo: es él quien indica la calidad, el peso, y luego verifica su eficacia. La nueva piedra es amarrada con una venda a la cavidad del codo y mantenida así durante toda la noche. Al día siguiente, la consulta con el astrólogo deberá verificar la exactitud de la elección. Eso ocurre en base a los sueños tenidos en el curso de la noche, que permitirán saber si hay que modificar o confirmar la piedra escogida, o bien si habría que agregar otra, como refuerzo.

En las antiguas culturas que conservan una impronta mágica, todo objeto tiene influencia sobre nuestro destino y más todavía, cada una de las piedras tiene un significado propio, una esfera de influencia mágica: "El rubí representa al Sol, la perla a la Luna, el coral representa a Marte, la esmeralda a Mercurio, el zafiro

amarillo a Júpiter, el diamante representa a Venus, el zafiro a Saturno. El oro representa la vida...". El astrólogo, en este contexto en el que la magia está ligada estrechamente, a la cultura y la estructura social, adquiere una importancia notable. Es raro que se celebre un matrimonio, por ejemplo, sin que haya sido consultado uno de fama y de prestigio; Si son dos personas de signos zodiacales contrastantes, es difícil que se unan en matrimonio.

El ritual de las bodas se realiza de acuerdo a una tradición que ha permanecido intacta a través de los siglos. El astrólogo escoge el día, la hora, el lugar, el color del traje de los esposos las alhajas que deben lucir para que todo sea propicio a un matrimonio fecundo y feliz. Por esto puede ocurrir con frecuencia, en las épocas faustas del año, que uno sea despertado en plena noche por los cantos y sones de un matrimonio.

Una experiencia singular es la visita a una joyería. Hay de todo tipo, adecuadas a cada posibilidad económica, desde la importante, con varios guardias privados en la puerta y una interminable vitrina repleta de piedras preciosas de notable belleza, hasta aquella modesta, para la gente humilde, con piedras de escaso valor comercial, pero que conservan intacto su valor astrológico. Tanto en los negocios importantes como en los modestos, no hay la atmósfera mundana de superficial exhibicionismo que es fácil encontrar en occidente. Más bien se encuentra la seriedad, la atmósfera grave y reflexiva que acompaña los momentos de las decisiones fundamentales de la vida. El joyero no sólo es una mercader de piedras preciosas, es un apasionado experto en astrología. La compra tiene el mismo sentido que una consulta médica: la elección no



Nueva Delhi, India. El joyero en la India, no es sólo un mercader de piedras preciosas, sino sobre todo un experto en astrología. Es una creencia típica de la astrología hindú el que las piedras pueden corregir los influjos negativos de los planetas. Y la ciencia de las piedras es una ciencia sagrada.

sigue los criterios de moda, de exhibición de símbolos de prestigio, de satisfacción de una vanidad. Coincide con un conocimiento más profundizado de sí mismo y del propio destino: el primer paso que ya ha sido cumplido, durante la visita al astrólogo, es la compilación del horóscopo, que consiste en una cinta de seda de cerca de tres metros de largo, decorada con colores vivos y escrita en sánscrito antiguo. Contiene la descripción minuciosa de los hechos de toda la vida. Predice los hitos principales, prevé las enfermedades, sugiere las terapias astrológicas. Indica, finalmente, la fecha de la muerte, una previsión que sin embargo no es acogida con horror en la India: la muerte tiene un significado filosófico y religioso positivo, el paso a un estadio superior, más cercano a la sublimación en la divinidad.

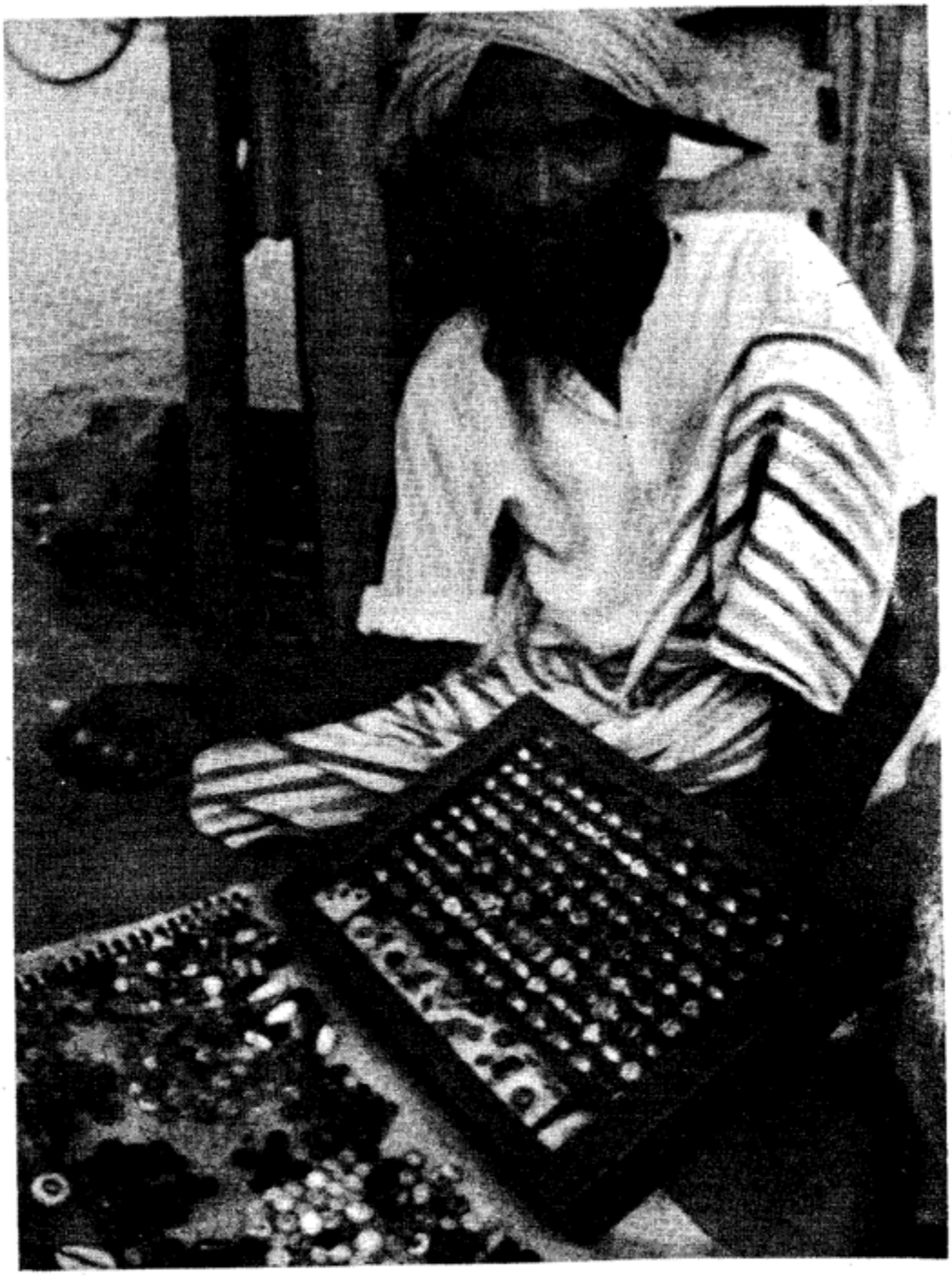
También el profesor Kumaria está lejos del astrólogo o del quiromante comunes en occidente: la suya no es una profesión extravagante, que limite con la estafa, sino casi un servicio social, y seguramente es una actividad basada sobre una rigurosa tradición científica. "La telaraña de surcos que tenemos en la palma de la mano —dice— es un complejo sistema de señales. Puede indicar ciertas tendencias hacia ésta o esa enfermedad". A sus espaldas, está la estantería abarrotada de cartillas desde las que asoman numerosas hojas con huellas de manos. Pertenecen a los enfermos que han recurrido a sus poderes. Un cartel vistoso, con una inscripción manuscrita, precisa dramáticamente: "Ulcera —Parálisis— Tumores— Enfermedades de la mente".

"El gobierno de la India no subestima nuestras investigaciones en este campo —dice el profesor Kumaria— y nos da la posibilidad de profundizarlas.

Tenemos encargados que van de lugar en lugar para tomar las huellas de numerosas personas, con fines de investigación. Por ejemplo, si tomamos las huellas de diez personas afectadas de úlcera, en ellas esperamos encontrar un signo particular común a todas las manos. Estas investigaciones han dado resultados positivos, confirman que estamos en un camino correcto. En los últimos quince años hemos continuado esta investigación y hemos llegado a la conclusión de que todas las vibraciones mentales, físicas y emotivas se sintetizan en la actividad de las manos y a través de las manos.

"Y usted, profesor, ¿puede ver en la palma de la mano también el momento de la muerte? ".

"Cuando el cuerpo está afectado por una determinada enfermedad, el tejido de la piel lo revela en un monte particular: monte de Venus para el estómago, y también para las arterias y el sistema nervioso, monte de Mercurio para el corazón y las vibraciones emotivas, monte del Sol para la línea del cerebro. Puedo predecir la muerte cuando las enfermedades están en la fase inicial, mientras que para las enfermedades crónicas no se puede predecir exactamente el momento. Hay una especie de círculo en torno a un punto, en el tejido de la piel, que me oculta la enfermedad. Ese signo, es signo de muerte".



Jaipur, India. Un vendedor de piedras en la calle de la antigua ciudad capital del Rjastan. En las antiguas culturas, que conservan una impronta mágica, todo objeto tiene influjo sobre nuestro destino y, más todavía, las piedras, que tienen cada una su propio significado, una propia esfera de influencia mágica.

UN VIDENTE EN LA HABITACION 110

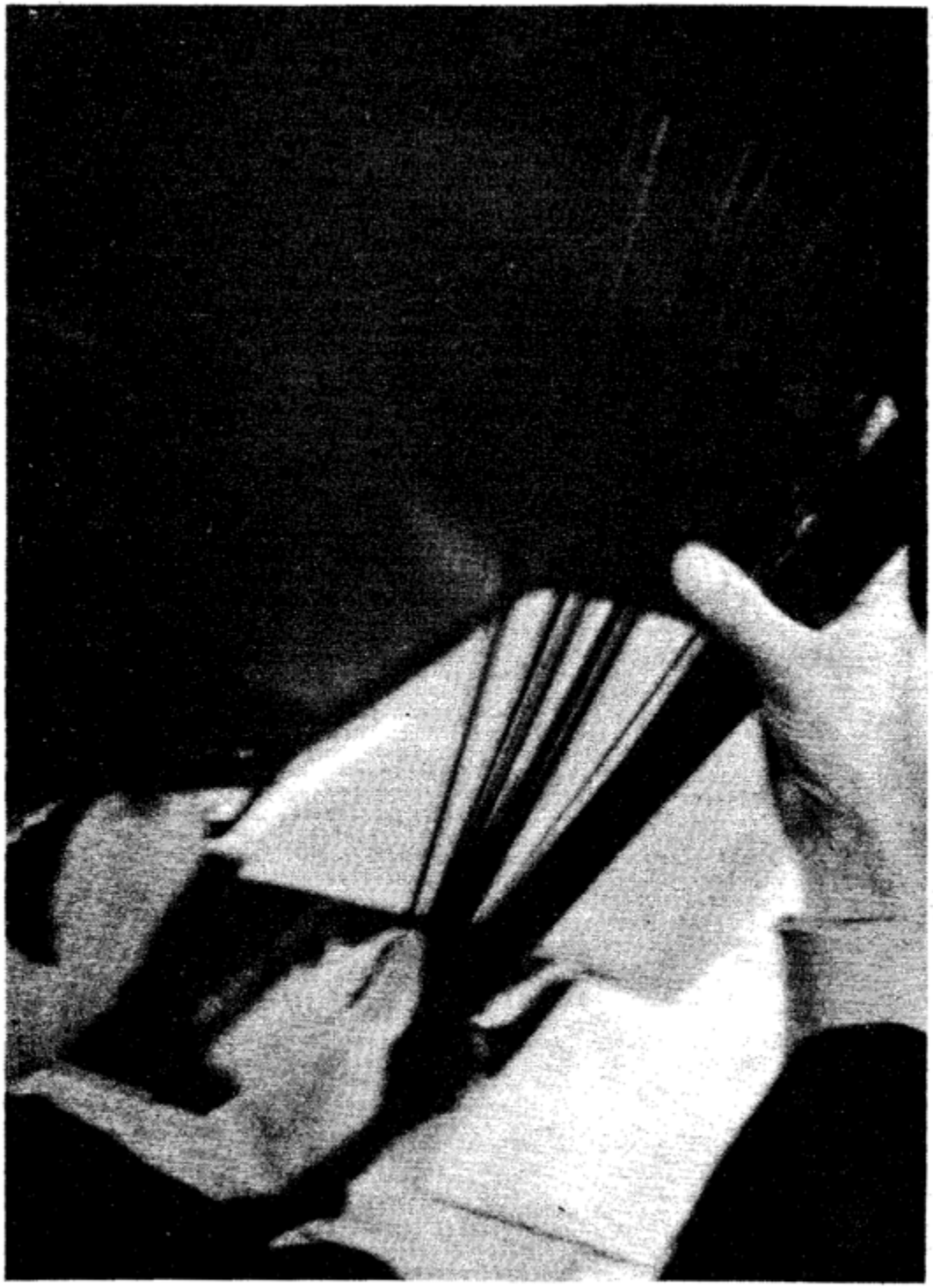
Recordando a un nido de abejas, formado por dos rectángulos macizos unidos por un anillo de cemento en la parte superior, a modo de fantástico sombrero astral, el extraordinario hotel New Hotani representa completamente la deshumanizada eficiencia tecnológica de futurismo nipón. No son suficientes para mitigar la impresión oprimente de la construcción, los diez acres de un tranquilo y espléndido jardín medioeval, propio de un señor feudal. Son los típicos contrastes de estilos, de concepciones de vida, que se encuentran a cada paso en Tokio, desmesurada metrópoli construida persiguiendo horizontes cada vez más amplios en el mundo de la técnica y de la industria.

Las habitaciones del hotel están provistas de todas las comodidades que permitan satisfacer al más exigente de los clientes. Sólo más tarde se explica aquel vago sentido de angustia que nos invade apenas entramos a la habitación; son sus dimensiones reducidas al mínimo, comprendido el cielo raso, para economizar espacio. Junto al radio, al televisor, al kimono obsequiado por el hotel, junto a las pantuflas de fibra vegetal, al botón para poner en funcionamiento el vibrador instalado en la cama y que facilita el sueño, hay un colorido **dépliant** con la invitación para utilizar todos los servicios que el hotel proporciona a los clientes: once restaurantes, tres

bares, trece salones para recepciones, dos farmacias, una florería, una piscina, baño turco, salón de belleza, masajes, oficina de correos, banco, dispensario médico, gabinete dental, estudio fotográfico, y en la gran galería de la planta baja, un número increíble de negocios que venden desde joyas hasta máquinas fotográficas.

Agotadas las indicaciones para satisfacer cualquier deseo, en el **dépliant** hay una pregunta imprevista: "¿Cuánto sabe de usted mismo? " y, a un lado, una gran foto. Un hombre delgado, de cabellos oscuros partidos al centro, con anteojos. Un tipo común de japonés, pero que se anuncia costosamente con una inserción publicitaria grande y vistosa, para ofrecer un servicio que tiene algo de extraordinario, un medio para exorcizar a los pasajeros del temor, de lo desconocido, de las preocupaciones que se han dejado atrás, despuntadas durante el viaje aéreo y surgidas por el encuentro con el mundo y la cultura japoneses. El señor Katsuro Uchida ofrece sus facultades de vidente, de quiromante, de parapsicólogo. Hay que telefonear por la mañana al 541-7909, o bien pedir una cita en la recepción del hotel.

Una fila continua, rapídisima, de taxis sube la rampa de hierro forjado que conduce hasta la entrada del hotel. Los carros se detienen, el chófer abre la portezuela, oprimiendo un botón; es una invitación a descender con toda prisa, y adelante. Con traje negro, portadocumentos negro, repleto, paso rápido y seguro de hombre de negocios, el señor Katsuro Uchida sube a la habitación 110. Entra, se inclina, abre el portadocumentos, rápidamente se quita el saco y se pone un kimono oscuro. Dispone sobre la mesa sus instrumentos de trabajo. Un libro y un lápiz verdes, una



Tokio. Katsuro Uchida, vidente y quiromante, se sirve de baquetas para descifrar el, porvenir de los clientes. Su astrología está basada sobre los Cuatro Pilares del "Kikkyo Handam", un sistema nacido en China hace 4.000 años.

lente de aumento, algunas hojas que extiende sobre toda la superficie y un vaso marrón, de cuello alto, en el coloca un paquete de delgadas baquetas de madera.

La sesión comienza con una detenida observación de las palmas de las manos y del rostro. El vidente escruta con atención los minúsculos pliegues de la piel, con la ayuda de la lente, durante largos minutos. Luego pregunta la fecha y la hora del nacimiento y sobre una hoja traza algunos signos con el lápiz.

Para profundizar su análisis, tiene necesidad de otras informaciones: la fecha y la hora de nacimiento de los padres. "Sobre todo –explica más tarde– mi astrología esta basada sobre los Cuatro Pilares del "Kikkyo handam", un sistema nacido en China hace 4000 años". El primero de los Cuatro Pilares está constituído por los Doce Animales del Año: el topo, el buey, el tigre, la liebre, el dragón, la serpiente, el caballo, la oveja, el mono, el gallo, el perro y el jabalí. El segundo está constituído por los Cinco Elementos: la madera, el fuego, la tierra, el metal y el agua, con sus cualidades positivas y negativas. EL tercero son los Siete Colores: púrpura, negro, blanco, azul, rojo, amarillo y verde. Finalmente los Números de las Estrellas, del uno al nueve.

"Los Cuatro Pilares, junto a los signos zodiacales de la astrología practicada en Occidente, permiten ver el bien y el mal en el futuro del hombre, con su antigua virtud dan un perfil más detallado y profundo del carácter, de las tendencias y del destino de cada individuo".

Un sistema que ha permitido al señor Katsuro Uchida, en los últimos diez años, predecir el futuro a veinte mil

japoneses y a más de tres mil norteamericanos y turistas de otros países: políticos, hombres de negocios y, especialmente, a los enamorados.

"Yo soy muy sincero. Aunque se presenten cogidos de la mano, cuando veo que su destino les es desfavorable, digo abiertamente que no están hechos el uno para el otro y les aconsejo separarse".

Después de haber observado las manos y el rostro y de haber trazado los signos, sobre las hojas que ha dispuesto sobre la mesa de acuerdo a las indicaciones anagráficas, llega el momento del **Gyooeki**: el arte de barajar las baquetas, en el que es un maestro: con la mano izquierda sostiene las baquetas, las agita, las mueve con una velocidad creciente, emitiendo un delicado rumor. Luego, con un movimiento rápido, coge con la derecha algunas baquetas. Es en este gesto que libera sus facultades adivinatorias. Del número de baquetas que quedan en su mano derecha, pueden depender muchas cosas: cada vez se determina un elemento de los Cuatro Pilares. Es un ritual similar al que realiza el cartomante, cuando invita a alzar el mazo de naipes. Aquí es él quien escoge, influido por el contacto que ha logrado establecer con la persona que le ha pedido la adivinación del futuro. Luego de cada barajada, coloca sobre la mesa una ficha con uno de los símbolos de los Cuatro Pilares: un animal, un elemento, un color, un número. Hay más misterio, más fantasía, más elegancia, en los gestos, sonidos, palabras y en las largas y bien calculadas pausas, del juego cartomántico de los naipes. Cuando el **Gyooeki** está terminado, al cabo de una hora, está sobre la mesa, dibujado por los pedacitos de madera, el porvenir de un cliente.

Tokio. Es fácil encontrarse en la ciudad con las tiendas de los magos. Son semejantes a los gitanos, anclados a lo provisorio, acampados entre un rascacielo en construcción y una antigua cada japonesa. El técnico de sonido de la "troupe" televisiva italiana, Claudio Ricordi, graba a escondidas las voces pesarosas, los susurros y los consejeros que provienen de la tienda en la cual ha entrado hace poco una cliente.

El señor Katsuro Uchida, mago de hotel para turistas deprimidos y pudientes, puede trazar el cuadro del futuro. Se atiene a las preguntas típicas que los clientes de todas partes del mundo dirigen a los astrólogos y adivinos: la fortuna en el trabajo y en el amor, el dinero, el éxito. La única diferencia con los cartomantes y los asfrólogos occidentales, es la frialdad profesional con la que da a conocer sus profecías, más parecidas a diagnósticos que a adivinaciones. Pero el resultado que obtiene es el mismo: una seguridad que debe ayudar a vencer la inseguridad, la soledad, la anulación de la personalidad. También aquí la gente corre hacia el astrólogo con el mismo flujo ansioso que en Europa y Norteamérica incrementa la demanda de magia.

En Tokio los magos trabajan toda la noche, hasta la mañana. Los más populares, que no pueden darse el lujo de una casa, o que aún no han alcanzado la suficiente notoriedad como para ser llamados fijando cita en los hoteles de lujo, ejercitan su arte en la calle, sentados tras bancas parecidas a las de nuestros vendedores de billetes para la lotería. A lo largo de la Ginza, la gran arteria del centro de Tokio, hay millares de ellos. Cuando llega un cliente, lo introducen en una tienda blanca, decorada con grandes inscripciones de propaganda. Luego del cierre del comercio, cuando se apagan los letreros luminosos, los magos de acera encienden una lámpara roja, que apenas ilumina las manos con la red de las líneas de la palma marcadas de negro, y los rostros ilustrados con números y jeroglíficos de sabor mágico, dibujados en las paredes. Inmediatamente detrás de los palacios de la Ginza, hay otros magos, más pobres y desafortunados. Están arrinconados bajo una tienda donde comen, duermen viven. Parecen gitanos, atados a lo provisorio, acampados entre un rascacielos en

construcción y una antigua casa japonesa, fabricada con frágiles paneles de madera, con el techo de paja de arroz. El flujo de los campesinos, atraídos a la gran ciudad por las perspectivas de trabajo ofrecidas por la industria, ha hecho aumentar el número de magos nocturnos. Los nuevos obreros llegados del campo descargan su malestar y su soledad recurriendo al adivino. Quien no puede recurrir a él, se contenta con un horóscopo escrito a máquina. Basta introducir una moneda en una hendija y sale una flecha con un número que indica el folleto que hay que coger en la caseta. Si el pronóstico es desfavorable, es abandonado, ensartándolo en las ramas de los árboles, para que el viento se lo lleve lejos. Los folletos con los horóscopos negativos son una nueva y melancólica floración, brotada junto a la entrada de los templos, en los arbustos descuidados de las modernas construcciones de cemento, donde el individuo que no se ha visto arrastrado por el flujo frenético de la ciudad, se siente más solo, más impotente.

En ciudades como Tokio, la capacidad deshumanizante de la civilización de masas produce los mayores efectos. La tradición ha perdido gran parte de su poder protector. La vía de escape más frecuente del japonés deshumanizado por la nueva sociedad de consumo es el refugio en la masa organizada: la secta, que recupera algunas características tradicionales de la cultura y de la psicología japonesas, las reanima con un nuevo sabor místico y mágico y las canaliza hacia objetivos también prácticos y utilitarios. De estas sectas, inspiradas en la tradición Zen, organizadas como auténticas sociedades de socorros mutuos, hay muchas. La que cuenta con mayor número de adeptos, más de dieciséis millones, impresionante por la riqueza de los medios con que cuenta, la organización de las

manifestaciones, la disciplina fanática de los seguidores y el aura mágica que la circunda, es el Soka–Gakkai. A sus adherentes se les llama "camisas blancas": los centros de reunión están diseminados por todo el mundo, incluso en los Estados Unidos, en Francia, en Alemania. Un programa de renovación religiosa, de compromiso ético–social, un peso político de tendencia moderada, en defensa de las conquistas y de la tranquilidad de la pequeña burguesía, son la fachada exterior del Soka–Gakkai. Pero junto a las manifestaciones de masas, en las que participan decenas de miles de adherentes en impecable orden, están las reuniones a puerta cerrada, secretas, rodeadas de reserva y de misterio, de un número restringido de grandes e influyentes personajes, jefes del movimiento o dirigentes de la industria o intelectuales y políticos de tendencia conservadora, afiliados al movimiento. La atmósfera en la que se desenvuelven estas reuniones es completamente distinta de la de las manifestaciones de masa. Aquí no se habla de programas sociales: una casa para cada familia, seguridad económica para todos, desarrollo de la pequeña industria para asegurar las fuentes de trabajo. Aquí, tras el ritual de sabor y derivación mágicos, se consolidan alianzas, se preparan planes financieros, se invaden nuevas áreas de influencia. El ritual exalta a los participantes, los proyecta en una dimensión distinta de la masa, da a los jefes, a los privilegiados, una sensación de poder que justifica todas sus acciones. Una especie de secta reducida en el interior de la secta, que hace recordar los rituales de las reuniones de los jerarcas nazis.

Indice

ELECTRONICA CELESTE. 9

UNA CENA CON EL CARNERO. 21

EL ASTROLOGO POBRE. 31

VUELOS CHARTER PARA EL PARAISO. 37

SAI BABA FESTIVAL. 47

EL EXTASIS DEL YOGHI. 79

EN LAS FUENTES DEL GANGES. 95

ENTERRADO VIVO. 113

CUATRO PASOS SOBRE LAS BRASAS. 143

UN GURU A LA MODA. 155

EL HOMBRE QUE PREDICE LA MUERTE. 165

UN VIDENTE EN LA HABITACION 110. 177

SERGIO GIORDANI

LUIGI LOCATELLI

Continuando la serie de alucinantes reportajes de increíbles experiencias, sobre temas tan disímiles cuanto apasionantes, como el Festival de Sai Baba, las, para muchos, inexplicables experiencias yoghis, las predicciones astrológicas, y sus implicaciones humanas, Giordani y Locatelli nos ofrecen en este volumen de ARIEL ESOTERICA, nuevas páginas vibrantes de emociones y, por qué no decirlo, revelaciones esotéricas, ampliamente documentadas, en un estilo ágil, ameno y veraz.

ARIEL
ESOTERICA